

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

15 DE ENERO DE 1898

Nº 146

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

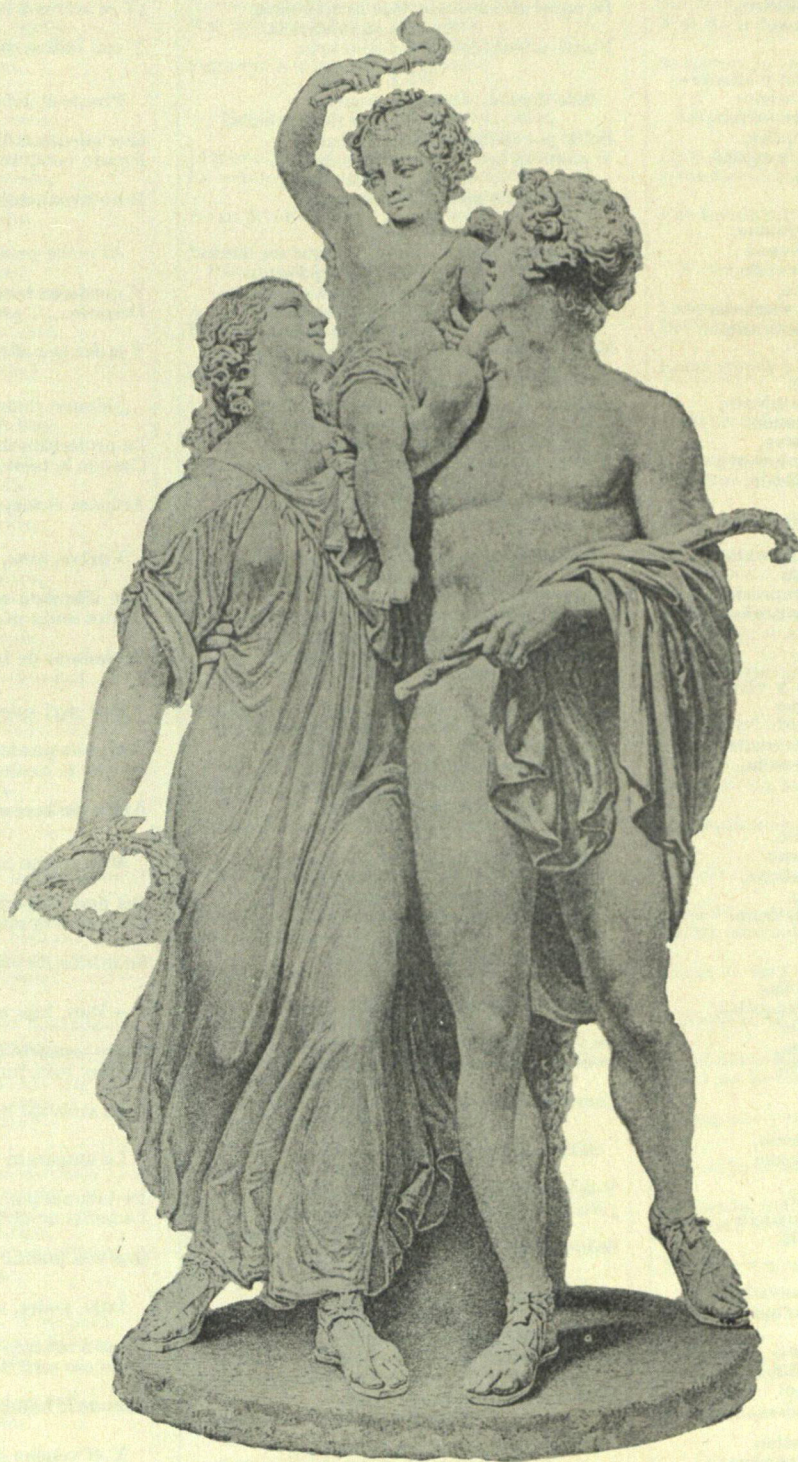
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL TRIUNFO DEL AMOR. — Grupo en mármol, de P. Mac Dowell

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

VENDIDA

I

¡Muerta! allí está, sobre el jergón estrecho
Que le sirvió de lecho
De su dolor en los postreros días:
Cayó por fin la combatida palma;
Por fin reposa el alma
Que lastimaron rudas agonías.

II

Era una noche lóbrega y lluviosa,
Cuando, enferma y llorosa,
Llamó á la puerta del severo hospicio:
Allí donde se ampara el indigente
Peregrino y doliente,
Y se refugia, gangrenado, el vicio.

III

—Prestadme—dijo—protección y aliento—
Con ese triste acento
Que el alma herida al querellarse exhala;
Mientras temblaba con mortal fatiga,
Como tiembla la espiga
Del huracán violento bajo el ala.

IV

Abrióle presto la piadosa Hermana;
Y lúgubre campana
Rompió el silencio del salón tranquilo,
Anunciando al celoso practicante,
Con su lengua vibrante,
Que un pobre enfermo demandaba asilo.

V

Acude aquí, solícito y atento,
Al noble llamamiento,
El libro en que medita abandonando,
Hacia ella el paso diligente mueve,
Y tras examen breve
—¡Venid!—le dice con acento blando.

VI

Y la infeliz, el ave maclenta
Que azotó la tormenta
Y sin piedad entumeció la lluvia;
La que sufrió del mundo agrío reproche,
Tuvo desde esa noche
Donde posar su cabecita rubia.

VII

Mas ¡ay! á su dolor punzante y vivo,
En vano lenitivo
Buscaba allí su corazón deshecho:
Como el buitre al coloso en la montaña,
Con implacable saña,
Pena cruel le destrozaba el pecho.

VIII

Así lo dijo, á la esperanza ajeno,
El anciano galeno
Que escudriñó su mal, por la mañana,
A la turba aprendiz del instituto,
Que provechoso fruto
Recoge allí, de su labor ufana.

IX

Y era verdad: cercaba sus pupilas
Profundas y tranquilas,
La palidez horrible de la muerte;
Y la sangre, otro tiempo generosa,
Matizaba de rosa
Su boca sin color y casi inerte.

X

Su faz, antes hermosa y sonriente,
Perdía lentamente
El fuego misterioso de la vida;
Y era su voz, quejosa y vacilante,
A cada breve instante,
Por un golpe de tos interrumpida.

XI

¡Cuántas veces, al ver su demacrado
Rostro, como extasiado,
Estuve ante su lecho silencioso;
Mientras, con funeral melancolía,
El corazón sentía
Golpeándose el pecho sin reposo!

XII

Pensaba en ella, en el fatal destino
Que le llenó el camino
De oscuras nieblas y ásperos abrojos;
Anhelaba guardar en mi memoria
La desgraciada historia
Que palpataba en sus azules ojos.

XIII

Una mañana del florido mayo,
Cuando el prístino rayo
Doraba apenas la empinada cumbre:
Rebosados de amor los corazones,
Por los vastos salones
Se extendió bulliciosa muchedumbre.

XIV

Blancas y transparentes colgaduras
Ornaban las alturas,
Y pórticos y plintos y ventanas;
Flores doquier, de profusión ejemplo.
Y en el cercano templo
Repicaban alegres las campanas.

XV

Había comunión: y los enfermos,
Como los campos yermos
Del almo cielo al bienhechor rocío,
De aquel rito de amor bajo la influencia,
Sentían su existencia
Nuevo aliento cobrar y nuevo brío.

XVI

Sólo lloraba, silenciosa, aquella
Que en otro tiempo bella,
Brilló por su inocencia y su alegría,
Y sobre un lecho miserable luégo,
Casi apagado fuego,
Bojo un soplo mortal se consumía.

XVII

—¿Qué te pasa?—le dije—¿á qué ese llanto?
De Dios el cuerpo santo
¿No te vuelve la paz que tu alma espera?—
Y me repuso:—Es que recuerdo ahora
De mi vida la aurora,
Mi fe, mi amor, mi comunión primera.

XVIII

Es que de nuevo á mi memoria asiste
De mi pasado triste
El punzador recuerdo que me mata.
¡Vos no sabéis, señor, mi desventura,
La calle de amargura
Que ha recorrido mi existencia ingratal!

XIX

¡Cuántas frases de amor y de consuelo,
Para calmar su duelo,
Le dijeron mis labios con ternura!
Y cómo al escucharme sonreía:
Un ángel parecía
Pronto á volverse á la dichosa altura!

XX

—No os afanáis—siguió—pues es en vano.—
Y me estreché la mano
Más de una vez la suya temblorosa;
Mientras se coloreaban sus mejillas
Entecas y amarillas,
En otro tiempo de jazmín y rosa.

XXI

—Si supiérais la historia de mi vida—
Me dijo entristecida,
No buscaríais calma á mi dolencia—
Y me mostró sus penas, sus deslices.....
Todas las cicatrices
Mal curadas aún de su conciencia.

XXII

¡Madres sin corazón, madres infias,
Que acibaráis los días
De vuestras hijas tiernas, inocentes,
Deberíais llevar con fuego escrito
Tan horrendo delito,
Como ludibrio eterno en vuestras frentes!

XXIII

Sátiros del honor, repletos de oro,
Que compráis el decoro
Y la virtud mancháis de las mujeres:
¿No sentís nada en la conciencia, nada,
Turba infame y menguada,
Sedienta de lujuria y de placeres?.....

XXIV

Fruto, no del amor, de llama impura,
Que ni bendijo el cura
Ni consagró la sociedad austera,
Del paterno calor bajo la égida,
La aurora de su vida
Miró correr dulcísima y ligera.

XXV

Con qué ternura el padre cariñoso
La miraba, y, gozoso,
Con sus gracias y encantos sonreía;
Y de amor en los plácidos excesos,
Cubriéndola de besos,
La apellidaba el sol de su alegría.

XXVI

Y ella también, pagando su cariño
Con el amor del niño,
Siempre en caricias y en bondad fecundo,
Estrechábase el cuello entre sus brazos,
Y con besos y abrazos
Le hacía olvidar el miserable mundo.

XXVII

¡Ay! no creciera nunca niña hermosa;
Nunca el botón de rosa
Dilatara su cáliz esplendente:
El monstruo vil que la llevó en el seno,
Para arrojara al cieno
La está asechando como vil serpiente.

XXVIII

¡Ay! y tan bella y pura se levanta!
¡Y la mirada encanta
Con su gallardo porte y su hermosura!
¡Y se acerca á la edad de las pasiones,
Con gratas ilusiones,
Y con sueños de amor y de ventura!

XXIX

Pronto el dolor despertará su alma
De la apacible calma
Que aliento infunde á sus ensueños de oro;
Pronto verá, so la inclemente mano
De su destino insano,
Roto y manchado su mejor tesoro.

XXX

Al noble protector, su escudo fuerte,
Arrebata la muerte,
Y queda en honda soledad sumida.
Después..... ¿á dónde va con su tristeza,
Rendida la cabeza,
Y la faz por el llanto humedecida?

XXXI

¿Mueve ¡infeliz! el diligente paso
Para buscar, acaso,
La protección del maternal afecto?
Cuándo le tuvo sierpe venenosa?
¿Cuándo á la flor hermosa
Ampara el torpe y miserable insecto?

XXXII

Vuélve, niña, la planta; huye el abismo
De infamia, de cinismo,
Que alimenta ese sér en sus entrañas:
¡Antes serán mejores compañeras
Las enconadas fieras
Pobladoras de bosques y montañas!

XXXIII

Mas ¡ay! que ella lo ignora..... su inocente
Y mal segura mente,
Forjar no puede la terrible idea
De que la madre, esencia de su vida,
En vez de luz y égida,
Antro de horrores y maldades sea.

XXXIV

Mas pronto lo sabrá; que apenas llega
Y á los brazos se entrega
Del fiero monstruo que en el alma adora
La madre impía, de placer radiante,
Comienza en el instante
Su misión de serpiente tentadora.

XXXV

—Dios, hija mía—al abrazarla exclama—
A esta infeliz que te ama,
Como consuelo bienhechor te envía;
De hoy más, juntas las dos, hasta que muera,
Te ampararé doquiera,
Y tú serás mi báculo, hija mía—

XXXVI

La amparará ¡maldita! y con promesas
Y halagos—sus empresas
De infamia por lograr—con voz aleve
Le habla de un hombre de riquezas lleno,
Noble, elegante, bueno,
Que ella podría conquistar en breve.

XXXVII

Lujo, poder, amor, ricos arcones;
Todas las tentaciones
Pintó á sus ojos con deleite y maña;
Todo eso será tuyo—dijo luégo,
De Satán con el fuego
Cuando le hablaba á Cristo en la montaña.

XXXVIII

Y el veneno sutil iba en las venas,
Antes puras, serenas,
De la infeliz causando mal profundo;
Y al fin triunfó tras infernal estrago,
El tentador halago;
Que no todos son Cristos en el mundo.

XXXIX

Y vino el torpe sátiro, sonriente,
En la niña inocente
Y saciar su satánico apetito;
Y no se despertó tremendo, airado,
A humillar al malvado
De la conciencia lastimada el grito!

XL

Y ese es aquel que, en la social tormenta,
A voces se lamenta
Del ya mortal desquiciamiento humano;
Ese es aquel cumplido caballero,
Con todo error, severo;
De porte humilde y corazón cristiano.

XLI

Ese el que acude ufano á la capilla,
Y dobla la rodilla
Para hacer oración, manso y devoto;
El que en suprema indignación estalla
Porque no tiene valla
Ni freno la razón, ni el vicio coto.

XLII

Podrá la sociedad, cobarde y vana,
Con el débil, tirana,
Finta infamia callar, tanta mentira;
Mas no mi maldición á los perversos,
Mientras palpiten versos
En las honradas cuerdas de mi lira.....

XLIII

Angel de puras y divinas galas,
Manchó sus niveas alas
La pobre niña en putrefacto lodo.
Cuándo, otra vez, levantará su vuelo
Por azulado cielo,
Si ya perdió con la inocencia todo?

XLIV

Del vil metal bajo el funesto influjo,
La envuelva rico lujo;
Dén á su afán satisfacción cumplida.....
Pronto al placer sucederá el hastío,
Y entonces el vacío
Se hará en redor de su azarosa vida.

XLV

El que empañó su virginal decoro,
Con sus montones de oro
Trá á amargar otra existencia pura;
Y la madre cruel, la insana harpía,
No harta todavía,
Querrá explotar de nuevo su hermosura.

XLVI

Mas no será..... Contra el peligro cierto,
Herido, mas no muerto,
Su corazón estallará en enojos;
Que ya la negra realidad desnuda,
Sembró en su alma la duda
Y arrebató la venda de sus ojos.

XLVII

¡Su madre!... ¡Y qué pavor le infunde ahora!
¡Ya su razón no ignora
Cuánto de oprobio encierra y de egoísmo!
¡Conque vendió su honor y su belleza,
Y ¡colmo de vileza!
Quiere arrojarla al fondo del abismo?

XLVIII

—¡No, no será jamás! Yo seré honrada—
En lágrimas bañada,
Murmuró con acento dolorido.....
Y abandonó el hogar..... ¿A dónde iba
Llorosa y pensativa,
Tierna paloma sin amor, sin nido?

XLIX

—No faltará—pensaba—quien me acoja
Y calme mi cógoja
En mis horas de duelo y de vigilia;
Tal vez al ser de mi aflicción testigo,
Me ofrezca honrado abrigo
De mi amoroso padre la familia—

L

Y demandó su protección..... Y en tanto
Que, en súplicas y llanto,
Expresaba su afán y su amargura;
A consolar su corazón herido,
¡Ay! no llegó á su oído
Una frase de amor ni de ternura.

LI

Sonrojo halló nomás y torpe insulto,
Allí do noble culto
Quiso al honor rendir y al sentimiento.
Y fue arrojada sin piedad:—Vendida,
Sin honra, envilecida,
Mancha—decían—con su impuro aliento.—

LII

¿A dónde irás ahora, ¡oh navicella!
Si en tu redor no brilla
Pálida estrella ni distante faro?
Del mar del mundo en el abismo ignoto,
Sin rumbo ni piloto,
Qué puerto amigo te dará su amparo?

LIII

En vano buscarás, alma doliente,
Quien tu vida sustente
Y á tu virtud maldiceha brinde escudo.
¿Te ganarás el pan? Intentos vanos,
¿Cuándo fueron tus manos
Acostumbradas al trabajo rudo?

LIV

Por dar contento y gusto á tus señores,
En medio á tus labores
No buscarás reposo ni un momento;
Mas ¡ay! por la fatiga lastimada,
Al fin de la jornada
Perderás la salud con el sustento.

LV

¿Mendigarás? Tan joven y tan bella,
Sólo por tu querela
¿Piensas que el mundo calme tus dolores?
La mano que se extiende á consolarte,
Querrá luego arrancarte,
De su favor en pago, tus favores.

LVI

Pues morirás al fin sin corromperte;
Preferirás la muerte
A tanto deshonor y á tanto cieno.
Ne morirás, no morirás..... te engañas:
Palpita en tus entrañas
Otro sér infeliz de vida lleno.

LVII

Alentarás por él, por ese hijo;
Que en tu dolor prolijo
Ya con amarga compasión le nombras;
Por él, entre tormentos y agonías,
Verás pasar los días
Como una inmensa procesión de sombras.

LVIII

Y al fin cedió tras tantas injusticias;
Y en cambio de caricias,
Pan un hombre le dio y abrigo y lecho
¿Cuántas veces la infausta criatura,
Al ver su desventura,
Se desgarraba el torturado pecho!

LIX

Era otro paso hacia el abismo hondo,
En cuyo negro fondo
Los males bullen en inquieto enjambre.
Pero ¿qué hacer? Su hijo naciera,
Y no se moriría,
Como otros tantos infelices de hambre.

LX

No era propio el hogar, ni honrado nombre
Le brindaba aquel hombre
Con quien vivía en maridaje impuro;
Pero tal vez por su bondad rendido,
Amante enternecido,
Le ofrecerá su mano en lo futuro.

LXI

Ella le pagará su amor sincero,
Y no habrá dolor fiero
Que el corazón entonces le taladre;
Ella será su gloria, su cariño,
Y del cuidado niño
El será tierno y amoroso padre.

LXII

Así desde risueña lontananza
La plácida esperanza
Le habló en acento misterioso y vago;
Mas duraron sus sueños de ventura
Lo que la niebla dura
Al sol naciente sobre manso lago.

LXIII

¡Alma nacida á soportar reveses!
Después de algunos meses
El hombre la dejó, también cansado;
Que cuando falta amor, que siempre aviva
La llama primitiva,
Viene el hastío del placer logrado.

LXIV

¡Ay! y es más triste su destino ahora,
Porque un hijo le llora
De hambre, de frío, en sus amantes brazos.
—¡Pues rodará por la fatal pendiente,
Ya que el mundo inclemente
Mi pobre corazón hace pedazos!—

LXV

Dijo, y de su hermosura un nuevo amante
Gozó por breve instante,
Y otro después tras el segundo vino;
Y así cruzó, oprimida la garganta,
Con presurosa planta,
De la abyección el lóbrego camino.

LXVI

Vedla en el lupanar, entre las heces
Del vicio. ¡Y tantas veces
Como tembló pensando en sus horrores!
Allí, del mundo entre la ascosa greda,
Por una vil moneda
Prodiga su hermosura y sus amores.

LXVII

Y en ese antro de infamias asfixiante,
Crecía el tierno infante
Sin noble educación ni honrado oficio;
Y al fin inficionóse su existencia;
Que siempre la inocencia
Se corrompe en la atmósfera del vicio.

LXVIII

Llegó á la alegre juventud, y apenas
Circuló por sus venas
De la edad juvenil el fuego ardiente,
Abandonó á la madre cariñosa,
Y en vida crapulosa
Fue hundiéndose en el fango lentamente.

LXIX

Y ella, otra vez herida y solitaria,
Sin que ni una plegaria
Entonces fuese á refrescar sus labios,
Del inmundo placer por la torcida
Senda, siguió su vida
Entre golpes y lágrimas y agravios.

LXX

Luégo más sombra en torno á su existencia:
Dormida la conciencia;
La sangre, corrompida; el cuerpo, laso;
Mientras la tisis, nuncio de la muerte,
Sin compasión le advierte
De su esperanza el tenebroso ocaso.

LXXI

Después..... la noche lóbrega y lluviosa,
Cuando enferma y llorosa
Llamó á las puertas del severo hospicio:
Allí donde se ampara el indigente
Peregrino y doliente,
Y se refugia, gangrenado, el vicio.

LXXII

¡Muerta! allí está, sobre el jergón estrecho
Que le sirvió de lecho
De su dolor en los postreros días:
Cayó por fin la combatida palma;
Por fin reposa el alma
Que lastimaron rudas agonías.

LXXIII

¡Ay! mas su cuerpo frío, macilento,
Como postrer tormento,
Rasgará la cuchilla exploradora,
La luz buscando, la escondida esencia
Que la fecunda ciencia
Hasta en las fibras muertas atesora.

LXXIV

Nervios, arterias, cuando guarda el pecho.....
Todo caerá deshecho
En el negro ataúd de tosco pino;
Así á las fuertes ráfagas de otoño,
Hojas, flores, retoño,
En confuso y revuelto torbellino.

LXXV

Y al fin la soledad, en el misterio
Del triste cementerio;
La tumba humilde, oculta, silenciosa;
Sin que á la luz postrera de la tarde
Hagan doliente alarde
Ni una cruz, ni una flor sobre la fosa.

LXXVI

¡Y ante ese cuadro aterrador, sombrío,
Nadie tiembla, Dios mío,
Ni el sátiro, de horror; ni la tirana
Madre de aquella víctima, de miedo;
Y el mundo se está quedo,
Y se está queda la justicia humana!

LXXVII

¿Por qué si eres tan fuerte y justiciero
¡Oh Dios á quien venero!
No das á todo corazón que llora
Consuelo y bienandanza, y en la frente
De todo delincuente
No descargas tu diestra vengadora?

LXXVIII

Misterios tuyos son, que no debiera
Ni escudriñar siquiera;
Misterios tuyos son, que nadie sabe,
Cual no se sabe por qué el hombre alienta,
Y ruge la tormenta,
Y perfuma la flor, y canta el ave.

LXXIX

Oculto, sí, tus juicios soberanos.....
Mas ya que entre mis manos
Una lira pusiste, aunque insonora,
¿Será para que halague con mis cantos
Tantos horrores, tantos,
Que surgen del abismo hora tras hora?

LXXX

Por eso ante el error y el vicio inmundo
Podrá callar el mundo,
La justicia callar si mal se inspira;
Mas no mi maldición á los perversos,
Mientras palpiten versos
En las honradas cuerdas de mi lira.

UNIÓN PEREZ.

Maracaibo.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

DE UN VIEJO MANUSCRITO

Quando en aquella fría y descolorida mañana invernal cerráronse para nunca más abrirse á la caricia de la luz los ojos del anciano, manos amigas, las mismas que piadosas y dolientes enjugaron su rostro en el mudo y doloroso drama de la agonía, encontraron entre un desordenado hacinamiento de papeles empolvados, un amarillento manuscrito de antiguas memorias.

De ese apollillado y vetusto legajo de las pasiones entresaco estos ingenuos párrafos, caldeados al fuego de esa hoguera que prenden en el corazón, las delicias sin nombre de un amor voluptuoso y los estallidos trágicos de la desesperación y el odio.

El sentimiento de carifio y de afecto que me inspiraba mi mujer era tan profundo, de tal manera y con tan inefable delicia empapaba hasta el más obscuro y recóndito repliegue de mi sér que, fuera del techo que nos cobijaba generoso, lejos de ella, en fin, me sentía vivir una vida extraña, sin ningún encanto ni atractivo, una vida cansada y fatigante, de sensaciones incoloras y desahucadas.

Cuantas veces, por cualquier motivo, sustraíame al misterio turbador de aquella atmósfera perfumada á toda hora con las azucenas de su aliento, experimentaba en mi sensibilidad y en mi conciencia, en mi naturaleza entera, un quebrantamiento extraño y penoso.

La noción que de antemano me tenía formada de los fenómenos y las cosas que llenan la existencia, oscurecíase gradualmente en mi espíritu, invadido á la postre por una especie de bruma sutil, entre la que flotaban con vagos é indecisos contornos, mis pensamientos y mis ideas; las impresiones del medio exterior dejaban de torturar con sus dulcísimos martirios la excitabilidad enfermiza de mis nervios; y lo que para la generalidad de los hombres es fecunda y rumorosa fuente de esparcimiento y de placer, bailes, diversiones teatrales, caprichos de la moda, produciárame la desolación gris del fastidio, al extremo de cobrarles ojeriza.

Sólo alguna que otra vez, esa ventanita policroma y misteriosa que llevamos en el alma, abríase al sideral resplandor de súgradas alegrías, cuando mi vista, extraviada y perdida entre la multitud que se apretujaba en calles y paseos, tropezaba al azar con algún objeto, igual ó parecido á los que usaba la mujer amada, la tela de un traje, la forma de un sombrero, ó bien, cualquier alhajilla de adorno y fantasía.

Entonces, y como tocado por la mágica varilla de prestigioso conjuro, el bello pájaro de los placeres radiantes rompía, allá, en las intimidades de mi espíritu, en una amable canción, la dulcísima canción de las miradas que tremulantes y amorosas se besan y se enroscan en el aire, estallantes de promesas y de joviales secretos.

En forma de nimbos rubios y de aureolas resplandecientes, la gloria de los ensueños azules desgajábase sobre la verde gruta de mi pasión, mientras el egregio rimador, que solo en la tibieza de olorosas alcobas y oculto en el follaje impalpable de penumbras discretísimas sueña y gorjea, vibraba la excelsa y ardiente melodía de sus luminosas embriagueces.

La fugacidad de la visión traía, en el vertiginoso y desalado correr de un segundo, á mis labios, sonoridades intensas de largos y ruidosos besos; á mis entrañas, un helado calofrío como de susto; á mi cuerpo, contacto sedoso y blando de otro cuerpo, forjado en el molde de la belleza suprema, y á mi mente, ¡oh! á mi mente, un glorioso poema de colores: la púrpura de su boca, el armifio aterciopelado de su tez, el tono victorioso de su cabellera de oro, el suave fulgor esmeraldino de su pupila vivaz.

Y cuando en la hirviente y bullidora masa de mi sangre apagábase el último espasmo de aquellas atormentadoras crisis de mi sensibilidad nerviosa, quedábame como preso en las gélidas redes del desmayo, sin aliento, sin anhelos y sin orientaciones espirituales de ningún linaje, en tanto que á mi redor, el entusiasmo de la multitud reventaba en explosiones jubilantes y por sobre mi cabeza, en la dianfanidad del aire transparente, las ramas de los árboles que orlaban la avenida murmuraban rumorosas amables confidencias.

*

El tiempo que todo lo agosta, no ha sido poderoso á deslucir del terso cristal de mis recuerdos, el ingenuo rincón de naturaleza montaraz, donde delicadamente aprisionada por los mil brazos de fragantes madre-selvas, levantaba sus frágiles techos la casita que nos abrigaba en la cercanía del bosque.

Mientras trazo estas líneas, escucho de nuevo la clara sinfonía de aquella corriente de agua que refrescaba en los días calurosos del estío, los tórridos ardores de los vecinos campos cultivados, y, torno á ver, al sereno fulgurar de blondos crepúsculos, el estremecimiento fugaz de los sembrados al sentir los tempranos agasajos de la luz.

¡Ah! las flores y los perfumes de todos los jardines descendían sobre el callado cementerio de mi alma, cuando tú, ¡oh! reina adorada de aquellos parajes! como divinidad bienhechora te levantas refulgente en el mundo sin rumor de mis pasiones dormidas.

Aquel día, y cuando la campana de los rebaños principiaba á poblar de alegres sonas la frondosa pradera, inundada por la creciente irrupción de la claridad, embarcóse mi mujer en la próxima estación ferroviaria, camino de la ciudad.

Desde nuestra instalación á la vera solitaria de la espesura, estos viajes eran asaz frecuentes, pero, sinceramente confieso que jamás llegaron á despertar en mi pecho la más mínima inquietud. En la ceguera de mi pasión yo la creía impecable, incapaz de romper en infames aventuras las rosas primizas de nuestros férvidos amores.

Quedábame solo, pero tan tranquilo y tan feliz, como cuando juntitos los dos, á la fresca sombra de los tupidos ramajes, rompíamos la serenidad de las calladas ondas de la acequia con piedrecillas lanzadas en medio de sonrisas tiernas y amorosas.

Antes bien, estas breves ausencias yo las deseaba casi con impaciencia febril.

Durante ellas, mi corazón enamorado descubría regiones vírgenes en la zona fulgu-

rante y misteriosa de las emociones plácida-mente enervadoras.

Sin temor de ser atisbado, entregábame luego que partía, á las más minuciosas investigaciones en la soledad augusta de su alcoba silenciosa.

Abría gavetas, estuches, cofres, examinaba todas sus prendas de vestir, y cuando sorprendía algún detalle íntimo de honestas y adorables coquetorías ¡qué arrobamiento tan plácido iluminaba mis sentidos! ¡Cómo apuraba hasta embriagarme la miel de exquisitas y delicadas voluptuosidades, cada vez que ante mí surgía algún precioso encanto femenino oculto é ignorado!

Fue en una de estas pesquisas que mis trémulas manos tropezaron con aquella pulida y primorosa cajita de ébano luciente.

Me era desconocida, y esto explica el intenso y ruidoso regocijo que sacudió todas las fibras de mi corazón. Anhelante, aturrido y de prisa levanté la bruñida tapa, donde la claridad prendió una fúlgida apoteosis de lampos y reflejos diminutos que parecían llamitas triunfadoras danzando en la tiniebla....

Sobre el mármol del tocador, rotas y en desorden, yacían las pruebas acusadoras de su infidencia. Eran ellas un pafuelo que ostentaba bordado en sedas de colores las iniciales de un nombre, unos cuantos manojitos de heliotropos y pensamientos marchitos y, por último, varias esquelas.

Allí estaban, hablándome á grito herido en la grave y solemne inconsciencia de las cosas, su lenguaje aterrador, corto y cruel como asesina hoja de puñal.

Terrible, abrumadora fue la impresión sufrida, y, en medio á las explosiones de mi cólera, simulando agudos toques de clarín en la batalla, juramentos y blasfemias resonaban rugientes en el aire. Pero la nota vengadora de aquella epopeya brutal de mis desesperaciones sombrías, reventaba sin cesar, victoriosa, en este oprobio sangriento: ¡Miserable! ¡Pérfida!...

Pasados ya tantos años, no puedo ahora precisar el tiempo que, con andar agitado, estuve recorriendo la estancia de mi esposa, pero lo que si se conserva vivo y palpitante en mis recuerdos es el encono, el furor con que me lancé sobre el retrato de la culpable.

Cuando entre las tenazas de mis crispados dedos quedé convertido en aficos, la tromba de odio que incendiaba mi sangre echóse afuera gritando sordamente en la sonoridad siniestra de una carcajada feroz....

Luego... no hago memoria... Mi vida cerebral y sensitiva desaparece en un extraño enervamiento de mis energías, en las vaguedades de un profundo sueño, al término del cual desperté blanda y acariciadamente oprimido por unas delicadas manos de mujer.

¡Oh! esta confesión enrojece mi cara de vergüenza. El más leve reproche no brotó de mis labios, ni una sola frase injuriosa formularon, ellos, que horas antes, en los lívidos paroxismos de la ira, habían prorrumpido en imprecaciones y amenazas espeluznantes.

Enojos y enconos si aún latían en las honduras de mi ánimo, desvanecieronse al suave fulgor que fluía de sus esmeraldinas pupilas y, vencido, subyugado de nuevo por el sortilegio prestigioso de sus gracias y de sus formas raudas, parecíome un sacrilegio romper la regia túnica odorante de su carne, hecha de albura de lirios y purpurinos resplandores de rosa.

*

Hasta entonces, mi vida de casado había sido un ardoroso idilio en la fresca generosa de las arboledas lujuriantes, una eterna peregrinación al ara reluciente y sacratísima de los éxtasis supremos.



LA PANDERETERA. — Por P. de Coninck

Empapado en las picantes delicias de una serena languidez, tenuemente melancólica, llegué á tomar asco á la acción, á la saludable actividad, generadora de fuerza y de salud, relegando al olvido las perversidades humanas y las crueles ironías del destino. Al fin, cuando más olvidada las tenía en aquella esplendorosa mañana de primavera, llamaron á mi puerta, anunciándose con espantosas brutalidades de avalancha que se despeña rugidora de la cumbre.

Después... oh... después, los suplicios más atroces, compártense mis días con las felicidades luminosas y vibrantes...

...Para que se vea en toda su desnudez el horror que profesé á la ciudad después que las liviandades de mi mujer dejaron de ser un secreto para mí, baste decir que pasaba horas enteras inventando subterfugios y pretextos, por lo común fútiles y mentirosos, á intento de eludir ó al menos aplazar en una fecha que no llegaba nunca, el cumplimiento de mis obligaciones sociales y mis deberes de familia.

Invariablemente, mis dudas y cavilaciones resolvíanse al fin en esta breve reflexión formulada en alta voz:

—Todo, sí, todo lo haré, menos exponerme á las sarcásticas burlas de esa ciudad murmuradora y banal.

Promesa vana, que á poco, sucesos inesperados superiores á mi voluntad, impulsárame á quebrantar más de una vez.

Con el vago temor de un próximo peligro, inquieto y conturbado, abandonaba mi amado albergue del bosque, y, á medida que en la diafanidad del horizonte aclarábanse las aristas de los edificios metropolitanos, aquel vago temor trocábase, por dolorosos sobresaltos, en la desolada agonía del hombre que conduce al suplicio.

Ingeniábame hasta donde no es decible por evitar el encuentro de las personas conocidas y, cuando con ellas me avistaba de improviso ¡qué tortura tan impía desgarraba mi alma! Pequeñeces, trivialidades, futilidades eran para mí otros tantos semilleros de sufrimientos infinitos, al extremo de que gestos, ademanes y sonrisas por inocentes que fueran, ponían en mi espíritu una negra montaña de terrificas desesperaciones.

Caminaba de prisa, automáticamente casi, con la horrible sensación de un ojo que por todas partes me seguía, el ojo inmenso de la gran murmuradora, cargado de hirientes y menguadas irrisiones.

Era durante estos cortos pero infernales martirios, que mi dignidad de hombre gritaba desafortunadamente en el obscuro fondo de mi conciencia exaltada: ¡Mátala!

Tornaba al hogar y... ¡por qué no decirlo en esta confesión de mis debilidades! al distinguir en la arena de la calle de árboles las huellas ligeras de su pie, experimentaba el blando halago de un soplo de brisa arrulladora.

Momentos después, reclinada la cabeza sobre su seno tibio y bien oliente, en la quietud íntima de las habitaciones abiertas á las embalsamadas emanaciones de la florista, sentíame tan inmensamente venturoso, que las desdichas y sufrimientos de enantes se me aparecían como las extravagantes creaciones de un sueño poblado de quimeras.

Por doquiera, en el cálido abrigo del recinto, la infiel contaba con sumisos servidores en la obra de mantenerme fascinado y rendido. Cómplices suyos eran, todo lo que tocaban sus nevadas manos, el aire que respiraba, hasta el polvo que pisaban sus plantas.

Y así, imperturbable, corrió el tiempo entre las fruiciones divinas de un amor satisfecho y las inmisericordes torturas de la ciudad frívola y banal.

Una ocasión manifestó el deseo de acompañarme á ésta.

Salimos, y á poco nos hallábamos en un vagón del ferrocarril.

Libre de penas y quebrantos estuvo mi ánimo al franquear la puerta del coche, pero á segundas principié á sufrir la ponzoñosa mordedura de una angustiosa desazón.

—Qué te pasa? me preguntó ella adivinándolo al instante.

—Nada—le contesté en tono seco y desabrido.

Su boca se contrajo en un gesto de altivo y soberano desdén y, dándome la espalda, se puso á mirar por la ventanilla abierta el espléndido paisaje de las montañas y los valles dorados por el sol. Entretanto, la pesadumbre, el disgusto aumentaban sordamente.

El único pasajero, un hombre de faz grave, impasible, severa, no apartaba de mí su mirada hoscá, dura, implacable.

Y en medio de su agria dureza vi, ó creí ver, el sarcasmo y la irrisión, como en aquella otra que, por las calles de la ciudad, perseguíame tenazmente.

Furiamente golpeado por la ira me vio la infame cuando se retiró del ventanillo.

—Pero tú estás enfermo!... que tienes? dime!

No le contesté.

A mi silencio repuso con una irónica y perversa sonrisa.

Vuelvo la cabeza y me encuentro con la fisonomía del pasajero siniestramente iluminada por su áspera y socarrona mirada.

Ya no pude contenerme y, temblando de coraje, con acento que parecía rugido de irritada fiera, le dije: ¡Pérfida, qué has hecho de mi honra!

Presa de la mayor angustia, lívida y convulsa de pavor, repuso:

—Tú estás loco!...

...Mátala! clamó de pronto, vengadora, mi dignidad herida.

Súbito, la densa tiniebla de un túnel nos envolvió en un plélagos de sombras.....

En fúlgidas oleadas, la claridad de oro cayó sobre un cuerpo derribado, en tanto que una voz acusadora, terrible, airada, gritaba fieramente:

Asesino! Villano!

ANTONIO R. ALVAREZ.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

CUENTO NEGRO

Una campiña muy alegre, llena de ruidos y de verdores, de murmurios de fuentes y de risas de pájaros; todo allí es alegría, todo belleza, como el alma de las niñas que no han amado. Aquel pedacito de naturaleza exuberante y joven, engalanado como una doncella, de flores y de cintajos, posee en la parte central, un hermoso palomar que sobresale en medio de aquella verdura, como si fuera un templo donde seres invisibles irían á implorar reverentemente ante la diosa naturaleza. Aquel palomar es el alma de aquella campiña.

En las mañanas, cuando el sol dora los campos, y las flores se apresuran á abrir sus broches y embalsaman el aire con sus perfumes, el palomar despierta y toma vida propia. Toda una muchedumbre de palomas asoma por las puertas de sus casillas, unas, perezosas, tienden el ala y se tiran voluptuosamente á recibir los rayos del sol, otras, acarician maternalmente á sus hijuelos, y uno que otro palomo hace la corte á alguna desdichosa que se esquila y se incomoda cual si fuese una verdadera doncella ofendida en su pudor. Digno es de admirar el palomar en una de esas mañanas, cuando todas

las parejas, como puestas de acuerdo, están fuera de sus casillas contemplando arrobadas la naturaleza y bañándose con sus emanaciones. A veces parece que se embriagan con aquel hálito de selva virgen, y abismadas se sumergen en la contemplación de las lejanías azules, cual si fueran poetas inspirados; luego plegan las alas y recorren ansiosamente los espacios, como sintiendo sed de lo desconocido, anhelos de lo infinito.

Entre toda aquella muchedumbre de parejas unidas por lazos de amor, había una que llamaba la atención. El, era de color aplomado, raquíto, enfermizo; siempre le faltaban plumas en las alas y en el dorso; siempre desaseado, caminaba defectuosamente; era ya de alguna edad y su color aplomado empezaba á enturbiarse, á cambiarse en un color terroso, sucio: parecía uno de esos hombres avejentados por los placeres y la crápula.

Ella, era altiva, delgada pero llena de carnes; nerviosa, no estaba quieta un momento en un solo punto, caminaba con coquetería, remirándose en la sombra que proyectaba su silueta, se bañaba al sol abriendo las alas y tendiéndose patas-arriba, luego se volcaba y se estiraba nerviosamente á manera de una mujer voluptuosa; era blanca completamente, no tenía ni una mancha de otro color, el pico sonrosado, que abría y limpiaba con monería, como si fuese verdaderamente una boquita humana, los ojos azules parecían dos gotitas de cielo condensadas, las patitas de un blanco pálido, muy aseadas, semejabán manos de virgen: parecían reclamar los guantes. Era muy joven, casi una adolescente, el único amante que había tenido era aquel compañero ya viejo, sucio y enfermizo. Por una de esas fatalidades del destino, cuando abrió los ojos al mundo, se halló sola y desamparada, y no encontrando á nadie, se unió á aquel viejo palomo que la había compadecido. Hacía algún tiempo vivían en completa paz, siendo ella fiel compañera y madre amorosa.

Una mañana, como de costumbre el palomar estaba animado y tomaba el sol. No se oía otra cosa sino ruidos de alas y la especie de quejido particular con que el macho llama á la hembra. De repente se oye como un toque de alarma, las casillas se desocupan todas en un momento, una multitud alza el vuelo. ¿Qué sucede? Un nuevo huésped, un extraño ha invadido el palomar y todos tratan de arrojarlo de allí. Era un palomo hermoso, alto, negro, con el pecho azulado, que con el sol tomaba tintes brillantes; erguido, altanero, como quien se halla siempre vencedor, jamás humillado; la mirada viva, inquieta: parecía un calavera escapado del gran mundo quien sabe por qué truhanada. Al posarse en el palomar la emprendió con la paloma blanca que como una princesa estaba tendida voluptuosamente bañándose con los rayos del sol; ella esquivó la galantería con desdén y admiración al mismo tiempo; al fin el palomo negro viéndose acosado, alzó el vuelo y partió; pero ella quedó pensativa, aquella hermosura y aquella audacia la cautivaron; ella que jamás había sentido otras caricias que los fríos besos de su viejo compañero, estaba admirada de aquella juventud y aquel garbo de palomo elegante.

En ese mismo día cuando ya la noche se aproximaba, y la campiña empezaba á cubrirse de tinieblas y de sombras, todas las casillas se iban ocupando, menos una en cuya puerta se veía parado al viejo palomo color terroso, que esperaba con inquietud á su amante idolatrada; á aquella á quien había recogido en un nido abandonado y dedicó los mejores días de su vida, y á quien había servido de padre alimentándola con sus entrañas; pero la noche llegó, y todavía la aurora lo sorprendió en el mismo sitio, entristecido, con la mirada perdida allí, en el horizonte. Por fin alzó el vuelo, y con

el alma desgarrada de dolor se lanzó en busca de su bien perdido.

Largo tiempo después volvió, cansado, fatigado, y con las alas colgando se puso de nuevo á esperar. Era una tarde muy bella, el sol se había ocultado ya de un todo, la campiña estaba alegre como nunca, el cielo límpido, sin una nube, parecía un inmenso espejo azul. De pronto allá, muy lejos, aparecieron dos puntitos que se separaban y luego volvían á unirse, poco á poco iban agrandándose, ya están muy cerca, ya se divisan, ¡oh perfidia! son ellos, el palomo negro y la paloma blanca, que juntos, muy juntos, con los picos casi unidos cruzaron velozmente por delante del palomar, luego recorrieron toda la campiña y se perdieron en un confín del azul.

El viejo palomo lo contempló aterrado largo rato; luego haciendo un esfuerzo, en medio de un arranque desesperado, se sumergió en los espacios, y se elevó, arriba, muy arriba, descendía y avanzaba con furor, como queriendo recorrer todo el firmamento de un solo vuelo; por fin se vio muy lejos y quiso descender á buscar descanso, pero empezó á divisar una cosa horrible, algo desconocido para él, ruidos inmensos que lo atormentaban, una mezcla indefinida de cosas nunca oídas; en aquel instante la luna apareció iluminándolo todo, estaba en pleno mar, sintió vértigos, el abismo lo atrajo, y de una gran altura descendió rápidamente sepultándose en el Océano.

A la mañana siguiente el palomar despertó lleno de animación y de contento. Era una mañana de primavera encantadora, saturada de perfumes y de esencias de flores recién abiertas. Toda la muchedumbre aquella se embriagaba de vida, de alegría, al mismo tiempo que las olas arrojaban un palomo muerto, allá, á orillas de un mar lejano.....

P. M. QUEREMEL.

Coro.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

EL NIDO DEL ÁGUILA

I

En la montaña que se divisa desde la aldea y en el seno de abrupta roca cercana á las nubes, el águila, señora del espacio, criaba sus polluelos.

Nunca la planta humana osó escalar el alto nido, ni llegaron hasta allá las miserias de la tierra.

A veces el agua caía á torrentes, el trueno retumbaba en la llanura, y el rayo describía entre la maleza parábolas de fuego.

El águila, desde el vértice de la abrupta roca, contemplaba con sus penetrantes ojos la rugiente tempestad.

Cesaba la lluvia, callaba la voz del trueno, serenábase el ambiente, y aparecían tierra y cielo ataviados con resplandecientes galas de zafiro y de esmeralda.

El ave salía de su vivienda, azotaba con sus poderosas alas el ether, y avecinaba el rubio encendido de sus plumas con los dorados rayos del destructor de las sombras.

Oh! cuán majestuosa se cernía por sobre cumbres y valles, ciudades y mares! Cómo la contemplaban los de abajo entre admirados y pesarosos!

Con qué indefinible expresión murmuraban: Quién fuera águila para elevarse tan alto!

*

La ignorancia y la envidia en vergonzoso contubernio idearon apoderarse de la reina de los aires; y como no alcanzaban hasta ella las flechas y las balas, resolvieron acosarla en su cueva.

Por qué tan feroz la lucha entre lo que vuela y lo que anda?

Un día, cuando la fimbria de colores de la aurora apareció en el oriente, los habitantes de la aldea abandonaron la atempera en busca de la altura.

Arrastrándose entre las breñas, trepando afanosamente por cima de las rocas cortadas casi á plomo, llegaron á la región donde se forman las tormentas.

Allí, grande y profunda como el pensamiento, aislada como la desgracia, irónica como el destino, pavorosa cual la esfinge que en el camino de Tebas proponía á los hombres el enigma de la vida, estaba la gigante caverna, abiertas las fauces sobre el dilatado espacio.

La multitud sintió el vértigo y se detuvo sobrecogida; pero no retrocedió.

Habían asaltado la morada del águila y era necesario bajar con ella y confundirla con el vulgo.

Asomáronse á la cueva y miraron dentro: confiada en su terrible grandeza el ave reposaba cubriendo á sus hijuelos.

Acostumbrada á contemplar faz á faz las claridades de la altura, no vio la alevosía en su tenebroso trabajo, ni tuvo tiempo de apercibirse á la defensa.

Y el valor fue vencido por la astucia y quedó lo excelso bajo el dominio de lo rufín.

II

Hubo fiestas en la aldea cuando llegó la real prisionera; y formáronle acompañamiento los hombres ignorantes, las mujeres curiosas y los muchachos vagabundos.

Todos querían contemplar de cerca la formidable contextura del bípedo montaraz.

Aspiraban unos á darle muerte; querían otros reducirla á perpetua servidumbre; reclamaban los niños para que les sirviera de acémila: referían los más, que cuando contemplaban los cambiantes de la luz, á la hora del crepúsculo, el ave interceptaba con su enorme silueta el azul y rojo de la tarde moribunda.

—Mírale las plumas!

—Cuán grande las alas!

—Qué ojos tan penetrantes!

—Vaya unas garras!

Murmuraciones del átomo en presencia de la mole.

Después de largo paseo por calles y plazas, el águila, con las alas cortadas, fue reducida á estrecho corral donde se albergaban humildes gallináceas.

Y como si la maldad cupiera también en el corazón de los irracionales, se ensañaron con la pobre cautiva cual si tuviesen todos ofensas que vengar.

Así pasó mucho tiempo, media docena de años quizás, durante los cuales sufrió ultrajes, dolores, desventuras inenarrables. Nadie se acercó á consolarla; que antes bien desde el mirlo burlador hasta la inofensiva paloma fueron á echarle en cara la inutilidad de su poder.

Entonces comprendió cuán inmensa desgracia es ser águila en el mundo de los cuervos, y saber volar donde se arrastran los reptiles!

Aferrada al tronco de añosa encina pasaba el día contemplando las altas montañas que lucen en el horizonte el claro-oscuro de su fronda. Allá su nido; allá el torrentero donde dejó la avenida abundantes alimentos; allá la soledad de la naturaleza, la cercanía de las estrellas, la proximidad de lo infinito.....

La serpiente se enroscaba alrededor de Laoconte!

III

Al beso del sol abandonó la aurora su lecho de sombras luciendo donosamente arrebolada tónica. Era un día de mayo y aura de vida pasaba desentumeciendo los cuerpos y las almas. A la sombra de los sauces babilónicos sembrados en hilera lucía un jar-

dín sus ardientes coloridos; ergúfase la rosa ufana de su hermosura; verbenas y claveles alzábanse altaneros; sensitivas y violetas ocultaban entre el musgo sus perfumados pétalos; y caían de las hojas las gotas de rocío, lágrimas vertidas durante la noche por las madres que murieron dejando sobre la tierra pequeñuelos sin ventura. El campo vestía de gala, trayendo á la memoria los versos del lírico italiano:

“Oh primavera, juventud del año!
juventud, primavera de la vida!”

El águila había percibido con más intensidad el voluptuoso estremecimiento de la naturaleza: el ether la atraía, los aromas le embriagaban, y susurrábale la brisa algo ininteligible para los demás mortales. Habita dora de los cielos, entendía lo que hablan los melancólicos pinos y las esbeltas palmera á la hora en que el sol dirige su roja pupila hacia las altas crestas del lejano monte.

Con las alas medio extendidas contemplaba la bóveda azul, cuando descubrió á 11 lejos tres manchas imperceptibles á la mirada del hombre, que se movían bajo el ardiente disco del sol; manchas que fueron creciendo, creciendo, hasta tomar forma: eran tres águilas que se acercaban á la tierra quizás en busca del festín preparado al aire libre, sobre el verde césped de la llanura que riega y fertiliza el juguetón riachuelo.

La prisionera sintió fuerte conmoción a ver á sus hermanas recorrer majestuosas la comba azul de los cielos. Recordó que la al tura le pertenecía, que hija de lo infinito, lo infinito debía volver, rompiendo para siem pre su vergonzoso cautiverio: hizo un esfuerzo supremo, sacudió sus miembros atrofiados por larga inacción, tendió el ala, y primero lentamente y luego con la rapidez de una flecha, se perdió tras blanca nube que jugueteaba traviesa acariciada por el sol.

Por resarcirse de su largo encierro el águila la atravesó durante el día llanuras y montañas, mares é islas.

Y tornó á su nido á la hora en que se encienden las estrellas y el ave plega el cuello bajo el plumón de su ala.

La cavidad que le sirvió de vivienda había sido destruida por súbito sacudimiento.

Truncada en su vértice, la montaña se asemejaba al cuerpo de un gigante cuya cabeza hubiera sido cortada á cercén por formidable epada.

Aquí y acullá, piedras calizas, iluminadas por pálido rayo de luna, parecían mudas fantasmas que guardaran vigilantes la losa de un sepulcro.

El águila lloró duras lágrimas al contemplar aquellas ruinas.

En su dolor se preguntó: ¿Adónde iré? Prisionera de la tierra y proscrita del hogar sólo me resta mi propio infortunio.

El infortunio sin nombre de los que ha visto desaparecer padres é hijos, compañeros y patria, cual hojas secas que arrastra el gélido viento de otoño.

Todo está agotado, todo está vacío, menos n cáliz que de nuevo rebosa la hez.

IV

Ahora sin rumbo volvió á emprender el vuelo por aquel universo en donde no hay orientación posible.

Otra vez la tempestad rugía poderosa con moviendo los ejes de la tierra.

De nuevo brillaba el relámpago abriendo surcos de fuego en la noche tenebrosa.

Gemía el viento como el inmenso clamor de seres invisibles.

Levantaba el mar sus ondas en furioso remolino.

El águila iba lejos, y más lejos, cabalgando sobre el infinito.



LA SERPIENTE OCULTA. — Por J. Reynolds

V

Los habitantes de la aldea levantan en vano la vista á la azulada esfera.

Ya no hay águilas en el seno de la abrupta roca cercana á las nubes.

Ni se mira á la hora del crepúsculo proyectarse en la tierra la enorme silueta de la reina de los cielos.

Que tiene ahora su vivienda en un país lejano á donde no llegan las iras de la impotencia, las tristezas de la envidia, ni las arbitrariedades de la fuerza.

Allá se está, diciendo como el ave de Agripina extraños y melancólicos cantares.

En tanto, acá en la tierra, la estulta muchedumbre se pregunta:

¿Dónde habrá fabricado el águila su nido?

JOSÉ E. MACHADO.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

UN SARGENTO LISTO

Tengo el gusto de presentar á ustedes las siguientes personas:

Don Nicomedes Urquía, capitán retirado y bebedor en servicio activo;

El sargento Piñate, asistente de don Nicomedes desde tiempos de la guerra magna, y tan listo que.....ya verán ustedes;

Don Facundo Rosas, jubilado profesor de lenguas con cátedra actual de intemperancia; y

Don Facundo Topete, calaverón de antaño y borrachín de ogaño.

Y absuélvannme ustedes de haberlos pues-

to, sin previa anuencia, en relaciones con personas de malas costumbres, ya que, en acabándose este cuento, bien pueden mandarlas á paseo sin temor de que ello me disguste.

Don Nicomedes, don Patricio y don Facundo son amigos, y, como se ha visto, corregidos en el culto de Baco; y se reúnen todas las noches á practicar los ejercicios espirituales de la devoción, en casa de don Nicomedes, quien vive á kilómetro y medio del pueblo de C***.

No porque crea que ninguno de mis lectores se considere, después de mi presentación, obligado por la cortesía á visitar á don Nicomedes, ni menos porque me figure que haya alguno á quien seduzca la idea de acompañar á los tres próceres en sus piadosas prácticas nocturnas, sino por requisito de la

buena inteligencia de este cuento, voy á enseñarles el camino del que no oso llamar templo sino humilde capilla del dios coronado de pámpanos en trono de tonel.

El camino que lleva de C*** á la casa de don Nicomedes es variado y pintoresco. Al salir del pueblo se cruza un llano alfombrado de menudo césped, y que se conoce con el nombre de "La Sabanita"; luego se sube por suave pendiente á la cima de una colina coronada con bosque de mangos, lugar á que dan los habitantes de C*** el pomposo nombre de "El Parnaso"; de allí, enuesta abajo, se llega al riachuelo de "El Araguato," pasado el cual, se toma la estrecha y tortuosa senda de "La Culebrita," la cual va ondulando hasta la puerta misma del señor capitán don Nicomedes Urquía y otras hierbas.

Es de noche y en la sala de la casaca están delante de una mesa coja, sentados en un banco también cojo, los tres nombrados sacerdotes de Baco, oficiando á obscuras con una botella de ron recién empezada, la cual se tambalea á cada movimiento de las personas, que entonces hacen decir al banco de qué pie cojea, y á la mesa, tocada por el banco, que cojea del pie contrario. La botella baila, y tres manos la sujetan á tientas para evitar el desastroso derrame del preciado contenido.

Verán ustedes como sobreviene al fin el temido accidente.

Habla don Nicomedes.

—Sí, mis amigos: por eso me designaba siempre el Libertador para el desempeño de ciertas comisiones. Nadie como yo tan rápido en las marchas. De ahí que Piñate saliera tan listo. Es mi asistente desde que tomé servicio; me acompañó en todas las grandes marchas, y con todo, ni él pasó de sargento ni yo de capitán!—; Paf!: un tremendo puñetazo en la mesa derriba la botella, que rueda por plano inclinado y cae haciéndose añiscos en el suelo.

Piñate, que dormitaba acurrucado en un rincón, se levanta desfavorido gritando:—Presente, mi capitán!

Don Patricio y don Facundo se echan á gatas en busca de aquel casco de botella donde pueda aún quedar un trago. Pero la voz de don Nicomedes restablece la calma dominando la escena con un "orden en las filas," que recuerda el "ténganse todos" de don Quijote en el que se le antojó campo de Agramante; y el ánimo se recupera cuando con mayor énfasis, y con el arranque de Sucre al lanzar en Ayacucho al bravo Lara, concluye el capitán:—Al combate la reserva! Sargento Piñate!

—Presente, mi capitán!

—Tome usted esta peseta; busque otra botella, lávela muy bien, vuele al pueblo y traiga ron.

—Al momento, mi capitán.

Piñate sale, y don Facundo, volviéndose á sus amigos, les dice:

—Verán ustedes qué rayo de asistente. No hay nadie como él en estos momentos comprometidos. Por eso, como el Libertador á mí, designo siempre á Piñate para el desempeño de ciertas comisiones. Nadie más rápido en las marchas. Me parece verlo correr ya, botella en mano, por "La Culebrita." Tiene pasmosa agilidad: de un brinco ha saltado "El Araguato." ¡Qué piernas!..... Ahora está subiendo "El Parnaso"; ahí tiene que disminuir la velocidad de la marcha porque la cuesta es algo pendiente; pero ese tiempo lo gana en la bajada, estoy seguro, ¡y tan seguro! Cuidado, sargento, con alguna emboscada en los mangos!..... Vamos: pasó sin novedad y ya emprende la bajada, y lo que yo decía: ahí gana el tiempo perdido en la subida. No les quede duda de que en este momento va cruzando "La Sabanita" con velocidad vertiginosa. ¡Es "mucho hombre!" ¡En dónde comprará el ron? En

casa de Agapito; es la primera venta que se encuentra al entrar al pueblo. Supongamos que Agapito hace demorar algo á Piñate mientras llena la botella. También Piñate es muy capaz de pedir la "ñapa" y Agapito de negársela. Esto puede traer una discusión. Démosle tiempo á todo.

Don Nicomedes hace, en efecto una pausa mayor que todas las demás cuya oportuna indicación he omitido y seguiré omitiendo en obsequio de la brevedad. Entre tanto don Patricio y don Facundo siguen con la imaginación los pasos del sargento hasta que el primero, á quien ya devora la impaciencia de darle un tiento á la botella, exclama con lengua pastosa:

—Despache pronto, Agapito.

—No hay qué impacientarse—prosigue don Nicomedes. Piñate ya sale, y repondrá en el camino el tiempo perdido. Apuesto lo que ustedes quieran á que en tres brincos cruza "La Sabanita." ¡Como si lo viera! Estén ustedes ciertos de que en este momento emprende la subida de "El Parnaso." La cuenta de ese lado es muy suave y la hará en un dos por tres. Y la bajada no se diga; ahí volará: debe de tener en cuenta nuestra impaciencia. Por supuesto que la tiene, siendo tan listo. No me queda duda de que salta en este instante "El Araguato" y echa como un venado por "La Culebrita." No tarda ya ni dos minutos. ¡Qué digo dos! Un minuto á lo más!

—A lo más! repite don Patricio.

—No tanto! exclama don Facundo relamiéndose.

—Tiene usted razón, repone don Nicomedes, ya debe de estar muy cerca, ya está llegando á la puerta; vean ustedes como responde al llamarlo:

—Sargento Piñate!

—Presente, mi capitán!

—El ron, sargento, el ron!

—Estoy lavando la botella, mi capitán!

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.



CANCION DE OTOÑO

(DE PAUL VERLAINE)

Para "El Cojo Ilustrado."

Los sollozos largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.

Todo lívido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas con llanto.

Y á un viento malo, sin rumbo
voy marchando, tumbo á tumbo,
por mi existencia desierta,
como al hálito glacial
de la ráfaga otoñal
la hoja muerta.

DARÍO HERRERA.

1898.

LA GUIÑA

¿En dónde reside? En la sangre? en la armazón ósea? en el sistema nervioso? En dónde se cría el microbio que le sirve de agente? Es hereditaria la guiña?

De la guiña sólo se sabe que es contagiosa.

El simple saludo de un "guiñoso" le entuerta á usted por veinte y cuatro horas, cuando menos.

A más de los medios de contagio patentados, dispone la guiña de la vista y de la imaginación.

Antes que los buenos deseos de un "guiñoso" respecto á usted, debe usted preferir la lepra, ó la tuberculosis. En cambio, si quiere usted salir airoso en todo lo que emprenda, hágase de la mala voluntad de una víctima de la "guiña."

En cierta ocasión, y por consejo de un "guiñoso" que me quería mucho (Dios lo haya perdonado) entré en una evolución política que, según él, debía conducirnos al mayor grado de prosperidad y auge; y nos llevaron á la cárcel.

La guiña no azota á determinadas clases sociales, ni distingue gremios ni profesiones.

En política, por ejemplo, nadie quita al "guiñoso" la primacía á la hora de "las verdades." Es el primero á quien el Gobernador cita, al asomar los síntomas de descomposición del cotarro.

Por donde cualquiera llega á ser Ministro, va el "guiñoso" derecho á la Rotunda.

Ni el favor, que obra milagros, le saca de abajo.

Como "guiñoso" Mengáñez.

Es inteligente, simpático, dúctil, adulador, servil, asimilable, en fin, á los hombres del éxito. Ha sido admirador de todos los Presidentes, de Guzmán para acá, y odia á los godos. Pero, donde él meta la pata, fiasco seguro. Las gangas le huyen.

Un día le llamó el Ministro de Hacienda y le dijo:—Mengáñez, alístese para que salga mañana.

—¿Para dónde?

—Para La Guaira, de Administrador de la Aduana. A las ocho viene usted por el nombramiento, y en marcha.

Mengáñez salió del Despacho con el corazón en el "gaznate," devoró la escalera, ganó la calle, y contrajo todo género de compromisos para hacerse de maletas y demás chismes de viajes, y para remojár con legítimo Hennessy el nombramiento; invitó á comer á varios amigos cuya estimación por él había crecido ese día extraordinariamente. Se comió bien, se brindó de sobremesa por la acertada elección, reinó la mayor cordialidad en el acto, y á la mañana siguiente, al punto de ocho, penetraba Mengáñez en el Despacho ministerial con el desenfado de quien se considera de la familia.

—¿Adónde va usted?—le preguntó el portero.

—Estoy citado por el Ministro.

—¿El Ministro!

—¿Y qué?

—¿No sabe usted que el Ministro murió en la madrugada?

—¿Cómo!

—De una congestión.

—Lo mataste, le dije á Mengáñez, cuando me refirió lo sucedido.

—¿Yo?

—Tú. Ese hombre no podía sobrevivir á la intención de protegerte.

Desengañado Mengáñez de la política, pensó en la agricultura, y se hizo nombrar administrador de la hacienda de un amigo.

Tomó Mengáñez posesión de su cargo, como el lunes, y el martes cayó sobre la finca una nube de langostas que no dejó nada verde.

El día que Mengáñez decida hacerse médico estará asegurada la salubridad pública. Porque así es la guiña.

JABINO.



ANOTACIONES

De *Mis Romerías* por M. Díaz Rodríguez.—Tipografía El Cojo.—1898.

Manuel Díaz Rodríguez, que de manera tan palpable mostró en su primer libro con cuanta facilidad y elegancia se sirve para la obra artística de los datos suministrados por los viajes, viene á dar hoy, con la publicación de su reciente volumen, mayor firmeza al dictado de viajador insigne y estilista delicado con que lo ungiera en ese entonces la crítica del continente.

De mis romerías es evidentemente, en cuanto al asunto, un libro de viajes. Fue, sin duda alguna, de sus correrías por la tierra europea, de donde el autor trajo, conservándola por mucho tiempo en urna riquísima, la materia preciosa con la cual debía construir más luego esta nueva y encantadora mansión de espíritus escogidos. Mas si se atiende al tema que sirve de base á cada uno de los cuadros del volumen, el cual es en veces un simple detalle, al modo como están observados y al género de análisis que en ellos domina, se concluirá que no es propiamente lo que todos conocen bajo la denominación general de libro de viajes. Tal vez, cuando el autor nos ofreció en *Sensaciones de Viaje* el espectáculo viviente y grandioso del mundo por él recorrido, guardó para hacer con ellas un libro, estas preciosidades diminutas, cuyas bellezas, para ser bien sentidas debían lucir por sí solas y no en compañía de cosas grandes. Con sobra de razones temió Díaz Rodríguez que, al presentarlas con las otras, iba á cercenarles gran parte de sus bondades. El ojo educado ama tanto la estatua de proporciones naturales como el anillo de oro donde el orfebre cinceló una historia galante; la soberbia catedral de construcción maciza como esos palacios vaporosos que fingen las nubes; el océano inmenso y tormentoso como el lago risueño de cristalin linfas.

El recuerdo fugaz, la sensación de un día luminoso, la escena de barrio, la confianza de un camarada hallado al acaso, la silueta de un guardador de ruinas, sirven á menudo para animar con maestría suma un capítulo bellísimo. Todas las bellezas del país visitado han sido olvidadas por el artista, y de propósito deliberado, á intento de realzar el interés del incidente sobre el cual gira el estudio á él dedicado. Mas ese incidente—historia de amor, confianza sincera, procesión religiosa, sensación primaveral—ha sido intensamente pensado y de idéntica manera vivido y escrito.

El psicólogo de *Confidencias de Psiquis* alterna fácilmente en el libro con el pensador á la

moderna que trazó en *Sensaciones de Viajes* aquellas páginas dedicadas á Roma.

Y es tanto más loable la labor realizada en esta vez por Díaz Rodríguez, cuanto que, el profundizar un objeto despojado al parecer de todo interés para la mayoría, el descubrir y embellecer el alma de esos mismos objetos, pide al escritor, además de cierta sutileza de inteligencia, una costumbre inveterada, cuando no una disposición especial para estos estudios.

La tarea del escritor que para sus estudios aviene gran acopio de materiales es relativamente más fácil que el trabajo de estos enamorados del nimio detalle. Estos necesitan, al acometer empresa de tal naturaleza, como en realidad lo es el crear con un mero dato una obra artística, poseer un número inmenso de energías; y estas mismas energías, al ser puestas en juego, han de ser conducidas con mucha habilidad. Por otra parte, como el artista ha logrado fijar la imagen con inmensas dificultades, el momento de la creación se hace en extremo doloroso. Entonces, el artista, al comunicar á sus sentidos cierto grado de movilidad y á sus nervios tal género de vibración, experimenta en su alma tormentos inefables. Y esos tormentos llegan á su colmo, cuando el artista no alcanza á vencer una dificultad cualquiera en el lenguaje, pues éste, como nunca, ha de revelar en esta clase de trabajos los más imperceptibles movimientos del alma, las armonías más suaves, como si fuesen arrastradas de lejos por el viento, reproducir los más tenues matices, y sugerir, más que exponer, algún capricho, alguna esfumada sensación del artista.

El escritor cifra todo el mérito de uno de estos trabajos en poder comunicar al lector una determinada sensación, que si en verdad él la ha sentido, le es también sumamente difícil explicarla. Hélo aquí, pues, comprometido en una obra que se podría llamar maestra: darle forma á lo inexplicable. Y sólo es permitido á los grandes artistas llevarla á término con brillo y suceso.

De una multitud de circunstancias que fácilmente no llegan á reunirse, depende sólo el último término mencionado; y muchas veces, conseguido todo esto, quizá no logre el artista fijar indoleblemente el sueño que, por tanto tiempo, lo ha atormentado. Hay que sorprender, y esto mismo no es bastante hacedero, un momento apropiado, uno de esos estados de alma tan fugaces, tan frecuentemente engañosos, bajo cuya presión inmediata realice el artista la tan anhelada ejecución. Un defectillo cualquiera es suficiente, en casos tales, á destruir la obra, á arrebatarle su encanto, y por ende, á sumir al autor avisado en la más negra de todas las desesperaciones.

Quizás *De mis romerías* no haya de procurrarle á su autor inmensa popularidad en la mayoría del público, como le aconteció con su primer libro. Esto es en extremo natural: sólo los que pueden por este ó aquel motivo descubrir la esencia íntima de las cosas—y por desgracia son escasos—podrán gustar intensamente los diversos capítulos del libro. La mayor parte de los lectores, no encontrará en el libro de Díaz Rodríguez nada que consigamos hacer vibrar sus espíritus. Es tan sutil y tan delicada el alma que se agita en esas páginas que se hace necesario para asirla, una cultura adquirida sólo en la lectura asidua y concienzuda de cierto género de literatura.

Habré por esto de condolerme con el autor. Lejos estoy de ello y más bien quisiera felicitarlo. Ciertas obras no se escriben sino para un número reducidísimo de lectores; y cuando desgraciadamente la multitud llega á interesarse por ellas, pierden todo su encanto y sufren una especie de profanación que es conveniente evitar. Satisfacer las exigencias de un mayor número, iliterato siempre y sin nociva alguna del arte, es tarea de espíritus medicos que luego de haber alcanzado gran renombre, van indefectiblemente á ocupar puestos de honor en el vasto depósito de lo inservible. A la vuelta de algunos años, de George Ohnet, por ejemplo, hoy muy leído y celebrado por ese mayor número, no quedará en el recuerdo; mientras que Barbey d'Aurevilly, conocido sólo de pocos, tal vez de aquella docena de personas para las cuales se propusiese escribir, vivirá á no dudarlo, mientras existan alguien que ame y sepa comprender lo bello.

En cuanto á la tristeza del libro, excuso ocuparme de ella en estas líneas una vez que el autor, con penetración admirable, se ha encargado de explicárnosla en *Alma de viajero*, capítulo éste, que viene á ser, por otra parte, una manera de psicología del volumen.

Lo que sí me ha llamado la atención es ver cómo la tristeza del artista no alcanza á contagiarse al lector, al menos á esos lectores que no han experimentado las sensaciones de alegría ó de dolor por los viajes suministradas.

Existe en el alma de cuantos no han contemplado durante su vida sino el mismo reducido horizonte donde les tocó ver la luz primera, la tendencia á leer con deleite todo lo que á países extraños se refiera. Hablo de esos individuos que, á poder de una conveniente ilustración, llegan á formarse una idea del mundo para ellos desconocido. Esas lecturas comunican tal viveza á la imaginación de esos seres que para su exaltada curiosidad, un libro de viaje, viene á ser algo así como un manjar exquisito, anteriormente no gustado. La parte



“LES GLANEUSES.”— Cuadro de Millet — (Museo del Louvre)

exterior de las cosas adornará la ciudad maravillosa que el recuerdo de las lecturas, mezclado á los caprichos de la imaginación, han construido en su alma; y lo interior, las aventuras, las deas, las impresiones del viajero, llegan á la postre á convertirse en aventuras, ideas é impresiones del propio lector. Cada historia delicada, cada objeto precioso, cada espectáculo suministrado por el viajador, es para ellos motivo de alegría sin límites. Hay una como misteriosa atracción en todas estas cosas lejanas, que encadena las almas y les comunica aliento poderoso. Quizás á la larga consigan producir cierta nostalgia más desastrosa que la sentida por esos afortunados que en un tiempo sufrieron, y tal vez para siempre, la dominación irresistible de las bellezas del mundo.

Para que la tristeza del escritor logre anidarse en el alma de tales seres sería menester que ellos hubiesen palpado la realidad. Como es natural, de estas lecturas, ellos no recogerán sino la parte amable, lo que endulce sus labios y diga á su alma bellos y encantadores secretos. Y si el libro leído resulta ser como *De mis romerías*, en donde la pasión amorosa retoza deliciosamente en pechos jóvenes de mujeres diversamente hermosas, en donde las flores, la luz, los colores y los cielos muestran todo su mágico esplendor, y en donde, por último, el artista ha derramado la más rica esencia de su alma, entonces, la alegría es inmensa, la imaginación vaga más y más en alas del ensueño y la sensación recibida tendrá de la música de los arroyuelos, de la frescura de las primeras hojas y de las primeras flores, del azul de los cielos andaluces y de las ondas del Bósforo, y en manera alguna de la tristeza, del hondo sufrimiento que los viejos procuran.

Como en un caleidoscopio, aparecen en este

libro las diversas imágenes concebidas por el autor; y la vaguedad, el tenue velo que las envuelve nos las presenta más adorables. La luz en que rebosan muchas de estas páginas y el estilo brillante y sonoro en que están escritas contribuyen grandemente á realzar el mérito del libro. Y cuando hemos concluido su lectura, se nos antoja decir de Díaz Rodríguez lo que un alejandrino dijo de Eurípides: “que todo cuanto escribe no es sino miel y canto de sirenas.”

ANGEL C. RIVAS.

EL ÁRBOL DE M. TAINÉ

Con singular emoción acabo de encontrar en el último libro de Maurice Barrès, *les Déraçinés*, una anécdota relativa á Taine, que pronto será legendaria. Durante los últimos años de su vida, el célebre escritor, que ya conocía cuán poco le faltaba por vivir, tenía por costumbre dirigir sus paseos del lado del *square* de los Inválidos, y durante largos minutos se detenía, en imperturbable contemplación, delante de un árbol entonces adolescente, hoy bastante robusto y grande. Su vigor encantaba á M. Taine.

Era la época en que componía su admirable *Historia de los orígenes de la Francia contemporánea*. Las conclusiones á que lo conducía aquel trabajo sobre el porvenir del país, despertaban en su alma un patriotismo tanto más profundo cuanto menos lo mencionaba. Decía á menudo, con un movimiento de cabeza que me parece ver aún: “Estoy midiendo las cavernas de un tísico,” y, cuanto más tenazmente, cuanto más amargamente estudiaba el error francés, tanto más suave era para su pensamiento duramente distendido el espec-

táculo de aquel árbol, joven y bello. “Vamos á ver á ese sér pleno de vida . . .” me decía cuantas veces me encontraba, y juntos íbamos al diminuto jardín, á donde después, solo, ¡cuántas peregrinaciones he hecho! . . . Ya no seremos más nosotros, los pocos fieles que conocíamos aquella particularidad de sus últimos paseos, los que volvamos á los Inválidos; y mi gratitud habría quedado empañada con el novelista de *Déracinés*, por la sola pintura al público de aquel jardín y aquel árbol, si antes no la hubiese estado por las nobles páginas en que evoca la efigie del más venerado de nuestros maestros. ¿Pero cómo no hacerlo así, M. Barrès que debe á Taine, como le debemos todos, la esencia de sus ideas y el secreto de su método? Es lo que más me ha llamado la atención, á medida que avanzo en la lectura de tan notable romance: la profunda huella impresa por M. Taine en la juventud francesa que cumplía veinte años para 1880 y que llega hoy á la plenitud de su virilidad. Trataré de definir esa influencia y demostrar qué consecuencias tenemos el derecho de esperar de una de las más fuertes modificaciones intelectuales de nuestra edad.

**

El tema de estos *Déracinés* de M. Barrès es ya conocido. Es la historia de siete jóvenes de Lorena, nacidos hacia 1860, y que, educados juntos en el liceo de Nancy, se encuentran inmediatamente libres en París, á donde se han dirigido empujados por la fiebre de la propia energía, que tiende al centro de toda la energía nacional. Son inteligentes, sensibles, ambiciosos y han abandonado el terruño porque París es el único campo abierto á todas las iniciativas y porque en cualquiera otra parte el francés no es sino un súbdito,—

súbdito de la política, porque la omnipotente máquina gubernamental montada por los Jacobinos y Napoleón tiene aquí su centro único;—súbdito de la idea, porque aquí reside el punto de intensidad de todo el arte, toda la ciencia y toda la literatura del país;—súbdito del sentimiento, casi diría, porque las piezas de teatro, las novelas, los versos, todas las obras de imaginación que difunden la manera moderna de gozar y de sufrir, se elaboran también aquí. Fuera de París, los jóvenes loreneses no serían ni siquiera provinciales,—hace cien años que no hay provincias,—sino departamentales. "París, dice su historiador, el punto de cita de todos los hombres, el ábside de la humanidad! La patria de sus ansiedades, el lugar predestinado. . . " Y agrega: "Su educación les ha suprimido la conciencia nacional, esto es, el sentimiento de que ha habido un pasado de su cantón natal y el gusto de adherirse ó ligarse á ese pasado más inmediato. . . "

Hé ahí el punto en que M. Barrès se muestra superior y en donde más se advierte la enseñanza de Taine: en lugar de tomar, como Balzac, como Stendahl, como Flaubert, como Vallès, ese arranque hacia París como una mera obediencia al reclamo de las pasiones de los veinte años, el novelista de *Déracinés* busca sus causas en donde efectivamente residen, en la educación por una parte, y por otra en las nociones generales de la existencia del país. Para convencerse de ello no hay sino traducir en hechos concretos las fuertes páginas del quinto volumen de su grande obra, intituladas por M. Taine *La escuela* y en las cuales ha demostrado, son sus palabras "el atentado de la educación por el Estado." La Revolución primero, luego el Emperador, consumaron ese atentado con toda la lógica de un sistema que se proponía precisamente destruir el pasado del cantón natal, suprimir esa conciencia local, unificar el alma francesa y hacerla idéntica á sí misma, en el Norte como en el Mediodía, en Oriente como en Occidente. Esta centralización intelectual, prólogo y medio de la vasta centralización administrativa, no podía llevarse á cabo sino apartando de la escuela y del liceo hasta el más pequeño elemento de tradición regional, haciendo profesar por funcionarios, venidos de todos los puntos del país, un programa idéntico. El resultado lo había formulado ya M. Taine en una página que es como su testamento, puesto que es la última del último volumen de los *Orígenes*: "El efecto principal y final es la desproporción creciente entre la educación y la vida. . . En efecto, la entrada del joven en el mundo y sus primeros pasos en el campo de la acción práctica no son á menudo sino una serie

de caídas dolorosas. . ." Me habría gustado que M. Barrès hubiese colocado esas líneas en la primera página de los *Déracinés*. Ellas resumen toda la materia y precisan todo su alcance.

**

Esas caídas dolorosas que relata la novela, son la historia de una larga serie. Es demasiado apasionado para dejar de apasionar. Quiero decir, que ha sido, que será discutida

nesí. Para unos, la Revolución inauguraba un período de renovación absoluta, era una época casi histórica, de la que databa una regeneración del mundo. Víctor Hugo habría sido el profeta de aquella religión. Para otros, la misma Revolución era un cataclismo abominable, una obra de desalmados, de los que bastaba aceptar las ideas para hacerse cómplice. Fue M. Taine quien, científicamente, fríamente, estudió el fenómeno revolucionario, como había estudiado la literatura inglesa, la

pintura italiana ó holandesa, las leyes de la inteligencia; y fue el primero que con fuerza singular estableció la solidaridad del antiguo régimen y de 1789. Ha señalado, en el exceso del poder central que representaba la monarquía comprendida no á la Enrique IV, sino á la Luis XIV,—en la disminución de las energías cívicas de la nobleza, que no ha sabido como en Inglaterra, tomar el puesto de protectora de las provincias frente á ese poder central,—en el empobrecimiento de la vida local producido por el absentismo de los grandes propietarios territoriales,—en el extremo desenvolvimiento del espíritu oratorio á costa del espíritu de la realidad, las causas complejas que produjeron la catástrofe de hace cien años. El vio no una reacción, sino un resultado. Así, el fin del antiguo régimen y la Revolución aparecen como dos momentos conexos de un mismo error político que continuará minando el país en sus vitalidades profundas si no lo reparamos. Ese error es un abuso de la idea del Estado. Se puede preferir personalmente que este abuso se llame Luis XIV, Robespierre ó Napoleón, según que se sea monarquista, jacobino ó cesarista. Pero siempre será el mismo error y la misma certidumbre de decadencia para el país que lo adopte.

**

Así expuesto, el problema político exige soluciones completamente nuevas y que las generaciones jóvenes empiezen á buscarlas. La fiebre de esa investigación, todavía incierta, anima, levanta, inflama toda esta novela de los *Déracinés*. Incierta? En su forma, pero no en su fondo. El remedio que M. Taine ha indicado cien veces,—después de M. Le Play, después de Balzac, esos otros dos videntes de la Francia del siglo diez y nueve,—el avivamiento, la resurrección de esas energías que no han muerto, pero que dormitan: nuestras viejas provincias francesas. De ese despertar de las iniciativas y de las energías locales depende todo el porvenir de la patria común. A demostrar esta verdad tiende la grande obra de Taine. De nuevo la traen al tapete polemista, hombres de Estado, novelistas. . . Cuando se encaminaba hacia el hermoso árbol del jardincillo de los Inválidos,



A TU SALUD! — Por Carl Reicheldort

con todas las parcialidades de la simpatía y la antipatía más violentas. Nadie le negará el interés único de ser un documento absolutamente nuevo sobre las crisis de ideas que atraviesan nuestros jóvenes contemporáneos y es en ese punto en donde se revela, definitiva y dominante, la influencia de M. Taine. Me refiero al juicio que esos jóvenes y el autor que relata sus aventuras, hacen de la sociedad actual. Ese juicio puede resumirse en una palabra: son la antípoda de las ideas de la Revolución sin ser reaccionarias. Semejante actitud es tan nueva, que es preciso insistir sobre ella y precizarla. Hasta la época en que comenzó á publicarse la *Historia de los Orígenes*, la opinión media francesa se dividía, para todo lo concerniente al 89, en dos grupos muy distintos: se era blanco ó azul, con fre-

raciones jóvenes empiezen á buscarlas. La fiebre de esa investigación, todavía incierta, anima, levanta, inflama toda esta novela de los *Déracinés*. Incierta? En su forma, pero no en su fondo. El remedio que M. Taine ha indicado cien veces,—después de M. Le Play, después de Balzac, esos otros dos videntes de la Francia del siglo diez y nueve,—el avivamiento, la resurrección de esas energías que no han muerto, pero que dormitan: nuestras viejas provincias francesas. De ese despertar de las iniciativas y de las energías locales depende todo el porvenir de la patria común. A demostrar esta verdad tiende la grande obra de Taine. De nuevo la traen al tapete polemista, hombres de Estado, novelistas. . . Cuando se encaminaba hacia el hermoso árbol del jardincillo de los Inválidos,

me figuro que nuestro gran maestro se hacía esta melancólica reflexión: "Me taltarán fuerzas para concluir mi libro y vano habrá sido mi esfuerzo por mostrar la verdad á mi país." Y que al encontrarse en presencia de aquella federación rumorosa volvía en sí y renacía en su espíritu la confianza. La unidad de la sávia vital de aquel tronco, que circulaba en el follaje resonante, le parecería como el símbolo de esta otra unidad, la de la savia pensante, si así puede decirse, que hace que un mismo espíritu circule á través de muchas almas de una misma época. Solamente que la hoja deja que en ella se efectúe ese gran trabajo de la savia común, y el hombre quiere el trabajo de sus pensamientos. Ninguno de nuestros mayores ha practicado como Taine ese noble esfuerzo y á ninguno con más amor puede rendírsele un homenaje como á ese gran corazón de que tan bien ha hablado el analista de los *Déracinés* en el capítulo más elocuente de su elocuente y patética novela, en que muestra al filósofo frente á frente de un joven: "Espero trabajar hasta el fin," le hace decir al escritor. Y agrega: "Soberbia expresión de la unidad de una vida toda formada para consagrarse á la verdad! Y de pronto ligado á aquel extranjero por un sentimiento santo, el joven sintió en todas sus venas el calor de una sangre nueva, transmitida por el corazón de aquel anciano! . . ."

PAUL BOURGET.

Á CUMANÁ

SUS EJECUTORIA

Puerto el mayor del mundo te brindará
Mar que te ciñe en pavoroso anhelo:
Desde que á Humboldt enamoró tu cielo
No es el más terso y limpio el de Bockara.

Cuanto á la ibera gente fuiste cara
Dirán los que pregonan hoy tu duelo
Ruinas que cubren tu plutonio suelo
Y el heredado ingenio en muestra rara.

En tí nació el varón de alta memoria
Que del mundo inventado entre dos mares
Es la más pura inmaculada gloria:

Igual es tu infortunio á tu fortuna:
Sacras ninfas del nuevo Manzanares
Corred diciendo al mar cual fué mi cuna.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

A UNA DESCONOCIDA

A mis ojos aún te encubre un velo;
Solamente tu imagen pudibunda
Ha cruzado mis sueños errabunda,
Como una vaga aparición del cielo.

Fuerza me das cuando me agobia el duelo,
De luz á el alma tu recuerdo inunda,
Sin que comprendas mi pasión profunda,
Sin que adivines mi insaciable anhelo.

Sin conocerte, el alma te presiente:
De luz de aurora la pupila llena,
Ardiente el labio, el corazón ardiente;

Y en contraste, en tu rostro peregrino,
La vaga palidez de la azucena,
Y el rosicler del caracol marino.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



EL SECRETO DE IPSSIPYLA

(FRAGMENTO)

III

Ippisylla tiene la blancura regia,
El fulgor de la Luna hiperbórea,
Cuando extiende su velo argentado
En las soledades de las muertas zonas.

Parece una suelta plumazón de cisnes
Sembrada, al acaso, sobre agudas rocas,
Que erigen sus calvas cabezas de monstruo
Bajo el beso helado de las nieblas foscas.

Parece una estrella caída del fondo
De los vastos cielos... Una misteriosa
Libélula errante de un país de Ensueño,
En pos de los lirios de una extraña flora.

(¿Tal vez un Querube, que persigue el Odio,
Le tocó los labios con sus alas corvas,
Y como el estigma de un terror sagrado
Estampó ese pliegue trágico en su boca?)

Le dieron su suave palidez las algas—
Las algas exangües que el témpano brota
Allá en los confines lejanos, que alumbran
Los halos sangrientos de Thules remotas...

Graves sus pupilas son como el misterio
De los mares glaucos de pérdidas ondas—
Y su cabellera profusa es un negro
Bajel silencioso bogando en la sombra.

Y su cabellera—cual muda caricia
De ala taciturna—cae en lenta comba
Sobre su cabeza de bajo-relieve,
Formando en las sienas fugitiva orla...

Una tenue bruma sideral envuelve
La traza indecisa de su esbelta forma,
Y sutil exhala su cuerpo de Virgen
El perfume vago de la centifolia.

¿De qué Mundo extraño cayera en la Noche?
¿Qué mágicos filtros le dieron las Rosas?
¿Nenáfar dormido de un lago de Ensueño—
De un lago de Ensueño dormido en las olas!...

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra—1897.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERRARIA CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

"*Corazonadas*," tomo de poesías de Eusebio Blasco.—
Conferencia de Leopoldo Alas sobre "Teorías reli-
giosas en la filosofía novísima."—Cursos de la Es-
cuela de Estudios superiores, en el Ateneo.—Velada
literaria en el Ateneo de Madrid en honor de Cánova
de Castillo.—Temporada cómica.—"Antiguas-
llas," por Ricardo Sepúlveda.—"Naderías," por Ji-
meno Agius.—"Filosofía cristiana," por Ramón To-
rre Insuza.

Eusebio Blasco, acaba de publicar un tomo de poesías, y me es grato hablar de él en esta crónica. Decir que, de treinta años á esta parte, Blasco es uno de nuestros literatos más populares y más leídos, sería redundancia casi pueril: lo saben cuantos conocen algo las cosas de España. Así como hay mujeres, y aun hombres, de los cuales se dice que son siempre jóvenes, de Blasco se puede decir que es siempre un literato de actualidad. Pasan los años: las tendencias y las modas se suceden, y Blasco nunca aparece fuera de las corrientes de la opinión, sino dominante é influyente en aquel momento, en política, en arte, en literatura, en ideas filosóficas en todo. Nunca llega tarde ni se detiene más de lo debido en el sitio en que provisionalmente acampa. Propiedad del verdadero talento, posee el dón de la oportunidad. Y hace sus cambios de postura con cierto desenfado gracioso que trasparencia su honrada intención: en esos cambios se ve siempre al hombre sincero y aun el pensador que se determina por motivos racionales y justos. Nadie le censura agriamente, muchos le aplauden, algunos le siguen y todos le queremos bien.

Así le hemos visto en sus mocedades, revolucionario, en política y en arte. Sus sátiras en *El Gil Blas* y sus folletos: *Los curas en camisa*, *la Farsa religiosa* y otros, respaldaban al estado de ánimo del pueblo español en la década de 1866 al 76. El creó, ó cuando menos, importó del extranjero por aquel tiempo, el género dramático llamado *bufa*, que fue una reacción, exagerada, pero oportuna y necesaria, contra el género anodino y manso que privaba entonces en nuestra escena.

Fue monárquico y aun cortesano después de la restauración, y por algún tiempo dirigió sus pasos en toda clase de literaturas, hacia lo pulcro, lo aristocrático y lo fino: vino luego la reacción hacia el misticismo de buen tono y Blasco tuvo también sus veleidades místico-aristocráticas: relanpaguean ahora en el horizonte ideas de reivindicaciones sociales, que no son nuevas sino en la forma de exposición, y allá va Blasco ejerciendo de socialista cristiano, á la manera de Tolstoi, y arrepentido de sus devaneos conservadores, nos recuerda que en el fondo de su conciencia, ha sido siempre demócrata y que, por carácter y temperamento, no puede ser otra cosa. Y, puesto en la corriente de las nuevas ideas, Blasco, hasta aparece regionalista.

La mejor crítica que puede hacerse del tomo de poesías que, con el título de: *Corazonadas* acaba de publicar, es la que el mismo autor expone en la carta-prólogo del libro. Franco y leal, dice que sus versos "no son más que impresiones de un poeta independiente que detesta la mentira. Algunos serán tachados, y con razón, de incorrectos" porque lo que me sobra—dice—de facilidad en el trabajo, suele faltarme de corrección, algunas veces, pero en cambio soy sincero, digo lo que siento. Versos tristes—dice en otro párrafo—son éstos, como de hombre que ha sufrido mucho y no se lo han creído, y ha tenido que vivir siempre y vive aún, con la risa en los labios. Las penas y los años cambian el carácter, pero no el criterio, y ya no vivimos en tiempos de cantar las flores, los arroyos y el sol y la luna. Hay que decir algo y como observa Renán "dada la hipocresía reinante, la mejor manera de combatirla, es decirlo todo."

Así lo hace Blasco: cada una de sus composiciones es un reflejo exacto del estado de su alma en el momento de escribirlas: si son ellas tristes y desconsoladoras unas veces, y otras

revelan esperanzas indeterminadas, hijas más del sentimiento que de la reflexión, es porque Blasco lleva, desde muy joven, la herida de la duda en el alma, y no se le ha cicatrizado todavía, y, por más que quiera cerrarla, no es fácil que lo consiga. Yo no he de negar que Blasco quiera de veras ser creyente, y aun que lo parezca; pero no afirmaré que, en realidad lo sea.

Lo mejor que tiene es la sinceridad con que dice lo que siente: hombre impresionable, se fija á menudo en la multitud y se deja arrastrar por ella, por sus prejuicios y olvidando que el escritor ha de ser, en lo posible, siempre reflexivo. Así en sus *Corazonadas*, al llorar la pérdida de nuestro buque de guerra: *Reina Regente*, parece querer que el embajador moro que fue la causa de que el barco fuese á Tánger, no se hubiese librado de la catástrofe de que al volver fueron víctimas nuestros marinos, y todo porque el moro es enemigo de nuestra fe. En sus líricos desahogos, piensa mucho en la muerte, dice no temerla y lo dice sin afectación, con la naturalidad que en este punto, constituye el fondo del carácter de nuestro pueblo. Tiene palabras de consuelo para todas las desgracias, acentos de amarga protesta contra todas las injusticias y preocupaciones sociales. Es hermoso el pensamiento dominante en la composición titulada *juicio oral*: el sentimiento desarmando el rigor, á menudo bárbaro, de las leyes. La composición titulada *Vejez* es para mí la mejor del libro, la más original y bella.

Hay en *Corazonadas* reflexiones de puro carácter individual que encierran pensamientos contradictorios: el autor aparece ya creyente, ya escéptico, ya enamorado de la idiosincrasia de nuestro pueblo, ya zahiriéndole por su falta de virtudes cívicas. En sus desalientos, hasta llega á decir que la España de hoy es la misma que la de hace un siglo. Ya he dicho la causa: Blasco escribe impresionado por el efecto del momento; debe apreciarse en él más la sinceridad del hombre que la convicción del pensador y del filósofo. Sea ó no duradera esta impresión desconsoladora acerca nuestro estado actual, cuantos creemos haber hecho algo para sacar á nuestra patria de sus tradicionales errores, debemos aplaudir á Blasco cuando en la composición con que termina el libro, dice tristemente á la juventud de ahora:

“Nosotros al menos
ejemplos os dimos
allá en otros años
luchando con fe
¡Ay! quien nos dijera
que incautos vosotros
morir dejaríais
La España que fue!”

Corazonadas están escritas en métrica corta y ligera; Blasco no busca efectos plásticos ni ostenta preceas retóricas: no le importa, y hace bien, que al hablar de sus versos no pueda decirse que en ellos hay todos los colores del iris, todas las gradaciones de la gama musical y otras cosas que ya entran en muy poco en la racional apreciación de la belleza.

En el Ateneo de Madrid se han reanudado los cursos de la Escuela de Estudios Superiores, con tanto éxito empezados en el pasado invierno. Uno de los conferenciantes que atrae más gente, es el ilustrado catedrático de la Universidad de Oviedo y renombrado crítico, don Leopoldo Alas. Atento al deseo manifestado por el Presidente del Ateneo acerca de la conveniencia de que á uso de los de Madrid ocupen aquella cátedra profesores de las Universidades de provincias, se ha decidido á hacerlo, deseoso de que en la ciencia se manifieste también el espíritu regionalista que es—dice Alas—algo muy noble. Enunció

á este propósito el deseo de que, así como el movimiento científico puede venir de provincias á Madrid, vaya, á su vez, de Madrid á provincias, como hacen los artistas especialmente los del teatro, y como se practica en Alemania donde grupos de profesores y estudiantes recorren el país popularizando las verdades científicas de que creen haberse posesionado.

El tema escogido por el señor Alas es *Teorías religiosas en la filosofía novísima*, y empezó á desenvolverlo hablando del idealismo en la filosofía, pero del idealismo no como negación del materialismo sino como manifestación de la conciencia del sí: como sistema de no afirmar más que á sí mismo y admitiendo el mundo exterior, sólo como en nuestro interior le vemos y apreciamos. Juzga el conferenciante indispensable creer en algo para hablar de algo, pues los escépticos absolutos no pudiendo afirmar nada no pueden hablar de cosa alguna. Opina que la humanidad es idealista: las tendencias hacia el ideal, si parecen declinar y aun á veces morir, renacen. Renacen especialmente en literatura, pero es casi siempre en sentido empírico, como cosa personal, y fácilmente degeneran en amaneramiento y decadencia. El señor Alas no aboga por el idealismo bajo el punto de vista estético, ni siquiera para llegar á una afirmación moral ó religiosa: lo quiere para sentar las bases de una filosofía real y racional. Duélese de que el lenguaje sea deficiente para la comunicación de las ideas, pues de esta dificultad de expresión, se origina la proverbial oscuridad de la filosofía.

Propónese en estas lecciones que la juventud literaria funde sus conocimientos en la sólida base de las ciencias filosóficas: es la única manera de conseguir que esa juventud no caiga en decadentismos y extravagancias hoy en moda y á los cuales se empieza ya á pagar tributo en España y, más aún, en las Repúblicas hispano-americanas influidas más que nosotros por el cosmopolitismo francés.

Las lecciones del señor Alas, á juzgar por la preliminar que brevemente he reseñado, prometen ser muy interesantes. El renombrado escritor, se nos presenta en ellas bajo un nuevo aspecto.

El señor Azcárate, en el presente curso, explica un plan y método convenientes para el estudio de la sociología. En su lección inaugural, disertó sobre la naturaleza de la sociedad, haciendo un profundo juicio crítico acerca de las diferentes teorías reinantes en esta materia. Habló de los autores que consideran la sociedad como un compuesto regido por leyes físicas de la materia inorgánica: de los que ven en ella no solo leyes físicas sino también biológicas, dividiéndose, los que esta teoría profesan, en dos ramas: una de los que suponen la sociedad un simple agregado de organismos, y otra de los que la conceptúan un solo organismo.

Habló también de los sociólogos que, no explicándose la existencia social por las simples leyes biológicas, recurren á la psicología, suponiendo que la sociedad debe su origen al sentimiento ó á la voluntad individual; y aludí á los que, en este último punto, van más lejos todavía: á los que en el hecho de existir la sociedad, ven algo que no encuentran en el hombre aislado y que constituye la psicología social.

Habló además el señor Azcárate de un autor que explica la formación del vínculo social mediante cuatro fenómenos del individuo, *apreciación del mundo exterior; utilización del mismo, haciéndole servir á nuestros fines; caracterización, amoldándose á él, y socialización, dirigiéndonos á nuestros semejantes.*

Y aún para ilustrar más el asunto, el sabio profesor, formuló la división de los individuos con referencia á la sociedad hecha por no recuerdo qué autor, el cual ve hombres so-

ciales (los que cumplen todos los deberes, y ejercitan los derechos): no sociales (egoístas y misántropos) pseudo sociales (vagos y mendigos) y antisociales (los criminales). De todo lo cual no se deduce que tras mucho estudio de la sociología, se pueda llegar á otra conclusión fuera de la ya por todos sabida: á la sencilla de considerar la sociedad como resultado de la propensión natural del hombre y de casi todos los seres creados, á vivir en reunión para protegerse mutuamente y mejor cumplir los fines de la especie.

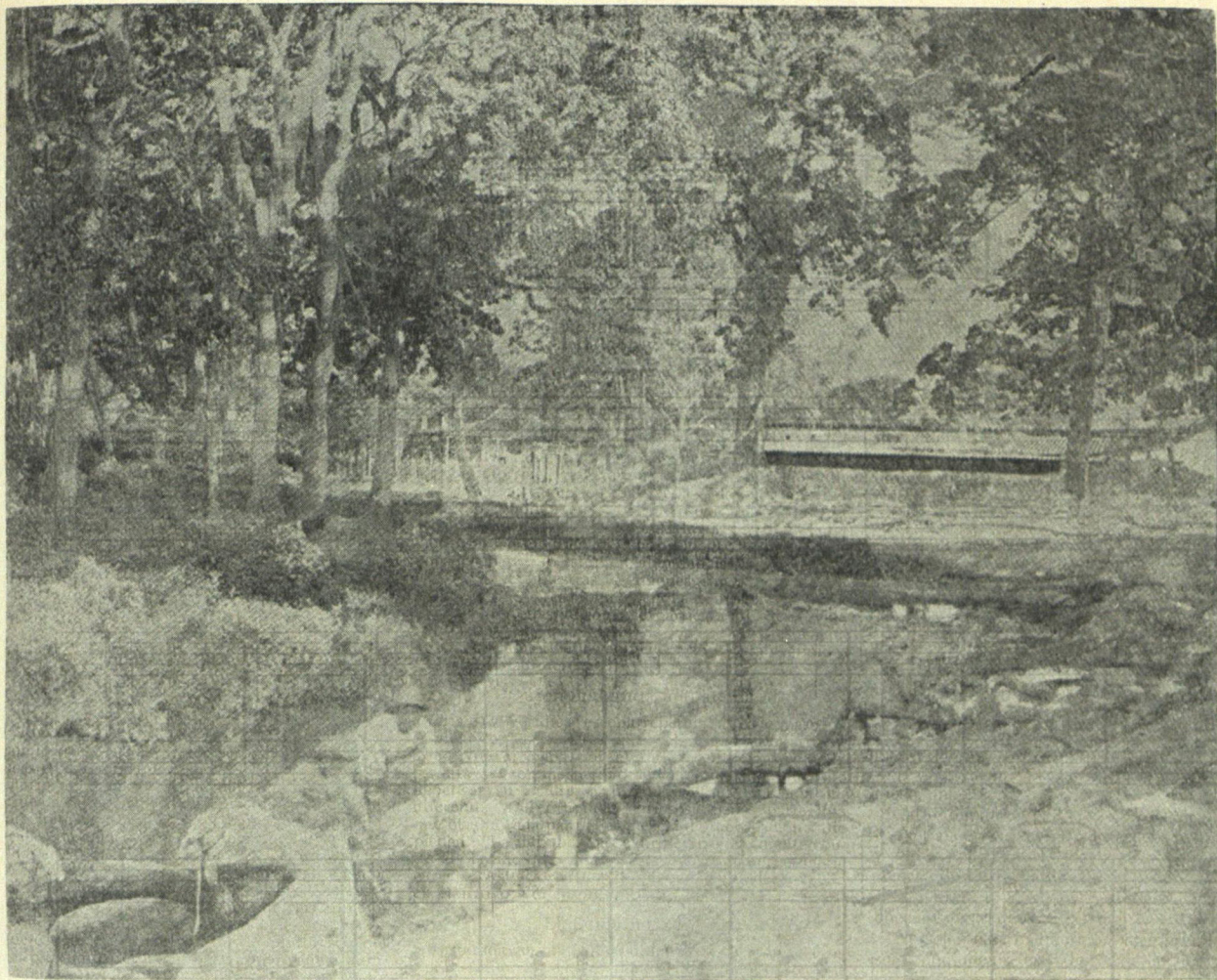
Sobre la elocuencia, aplicada á la lectura, la declamación y la oratoria, el señor López Muñoz ha disertado dos días, con notable acopio de razonamientos que revelan en él profunda observación y además erudición muy escogida. El señor Menéndez y Pelayo, continúa este año sus lecciones sobre los grandes polígrafos españoles.

En ciencias naturales, los señores Rodríguez Carracido y Rodríguez Mourello disertan sobre química moderna, y el señor Cortazar sobre “Evolución general de los reinos orgánico é inorgánico.” Otro día reseñaré brevemente estas lecciones.

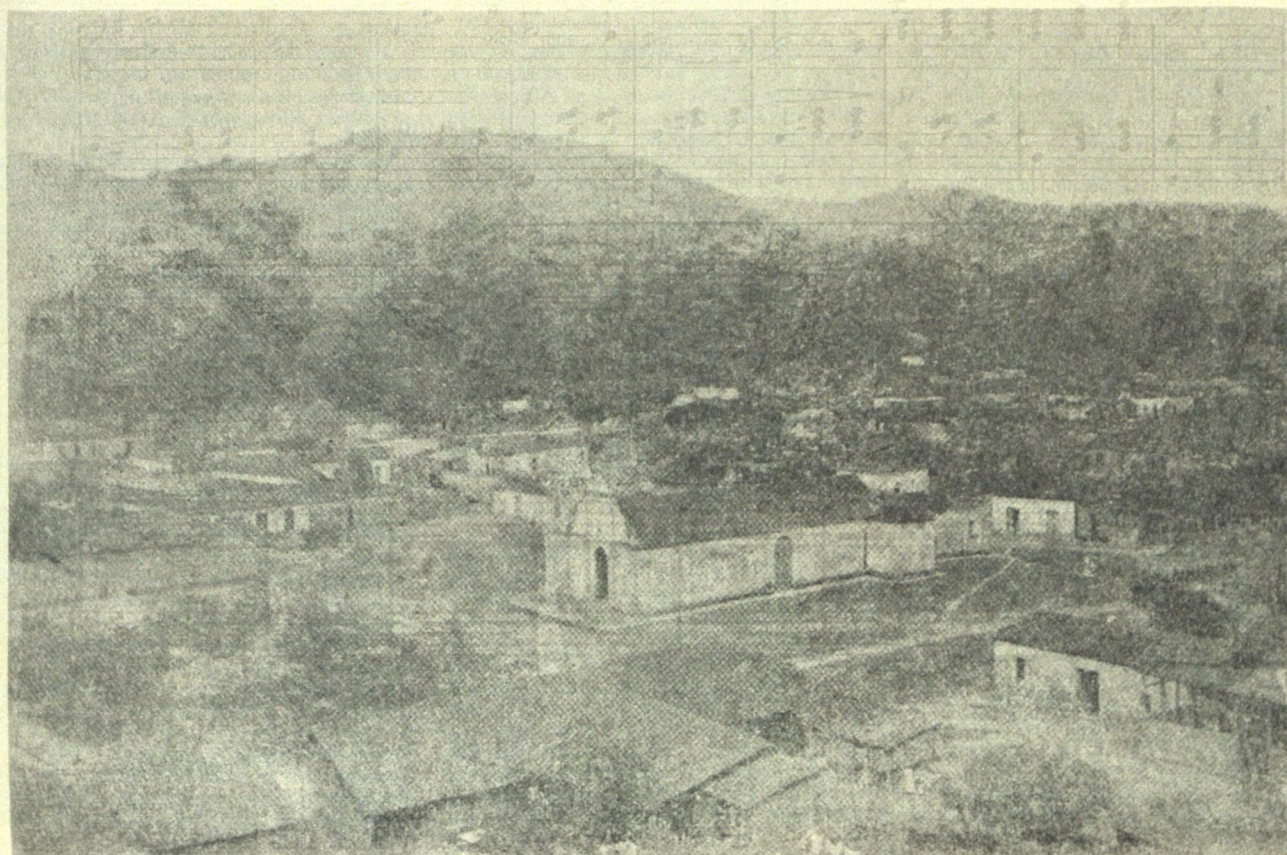
Cánovas del Castillo fue, durante algunos años, Presidente del Ateneo de Madrid: por esto y por los méritos literarios y científicos que concurren en aquella personalidad ilustre, le ha dedicado la docta corporación una velada. Tomaron parte en ella sólo tres oradores, á cual más distinguidos: los señores Azcárate, Pidal y Moret. El primero, concretó á manifestar el objeto de la solemnidad y á describir, á grandes rasgos, la figura moral del señor Cánovas. El segundo, hizo lo que se llama honores de la fiesta; su discurso fue un brillante y entusiasta panegírico del muerto, considerándole bajo todos los aspectos: como literato, como político y como hombre en el hogar y en la sociedad. Pidal apareció en esta ocasión grandilocuente, como siempre, y quizás más que en ningún otro de sus discursos. Moret, con la magia de su estilo, entretuvo un buen rato á la distinguida concurrencia, hablando de lo mucho que el Ateneo debe al señor Cánovas, y de las excepcionales dotes de político y literato que en él concurrían.

Ha empezado, hace un mes en Madrid, la temporada cómica pero todavía no se ha estrenado obra alguna de importancia. En el Teatro de la Princesa, el día de la conmemoración de los fieles difuntos, en vez del *don Juan Tenorio*, de Zorrilla, se ha representado este año el *Don Juan de Moliere*, muy bien traducido, creo por vez primera, al castellano, por uno de nuestros mejores escritores dramáticos, don Jacinto Benavente. El traductor cuidó bien de decir que presentaba su trabajo como mera curiosidad literaria, sospechando que la obra del celebrado autor francés, escrita hace dos siglos, no había de agradar ahora y menos aquí donde el legendario tipo español y eminentemente teatral de *El burlador de Sevilla*, creado por nuestro Tirso de Molina, es tan conocido. La crítica se ha fijado más que en apreciar los méritos del traductor, en comparar la obra de Moliere con la de Tirso, de donde aquel tomó el pensamiento capital, y con el *Tenorio* de Zorrilla, tan popular en España y América. De este trabajo de la crítica, resulta que el *Don Juan*, de Moliere no ha gustado porque no se ve en él al galán seductor, irresistible que nos presenta Tirso, ni al que además de esta cualidad, tiene la del valor temerario que le atribuye Zorrilla.

El don Juan de Moliere, resulta un calavera de mal género, un tramposo, un libertino vulgar cargado de vicios y sin virtud alguna. Ciertamente no tiene nada de moral el don



RÍO CARIBE.—Lugar denominado "Los Jabillos."—(De fotografía de Avril)



RÍO CARIBE.—Parte Sur de la población.—(De fotografía de Avril)



UNA CALLE DE RÍO CARIBE. — (De fotografía de Avril)

Juan de Tirso, y menos aún el de Zorrilla; pero estos autores han sabido presentarlo tan gallardo y caballeresco, sienten tan bien el honor como, por fortuna ó por desgracia, tradicionalmente se comprende en España, que sólo un don Juan como el creado por los dos poetas españoles, hiere la imaginación del pueblo, aun la de la gente ilustrada que acudió ha pocos días al Teatro de la Princesa á ver la obra de Moliere.

En esta obra, lo mejor es el elemento cómico, y se comprende, puesto que esta era la cualidad principal del gran autor francés. En este punto aventaja á las de nuestros célebres dramaturgos, pero en la interpretación del verdadero carácter del protagonista todos los críticos convienen en que Moliere sufrió una gran equivocación.

En el mismo Teatro se estrenó *Currita de Albornoz*, un drama calcado sobre la novela: *Pequeñeces* del P. Coloma. Es un trabajo cuidadosamente hecho por don Ceferino Palencia, en el cual muestra este autor sus dotes de escritor castizo y, sobre todo, su conocimiento de la escena. Sabido es que en la novela aquella no hay apenas argumento, y que todo se reduce á una serie de episodios, reproducción de las costumbres ó, mejor diré, de las malas costumbres de nuestra sociedad aristocrática, hace veinticinco años. De aquí la dificultad con que habrá tenido que luchar el señor Palencia y que le dispensa de no haber hecho un drama propenso á vivir mucho tiempo. Todos los cuadros de la novela aparecen

aun con más vigorosa expresión que los que pintó el P. Coloma: la obra, por consiguiente, resulta en general interesante y entretenida; le falta únicamente enlace lógico y argumento dramático tal como hoy se requiere; pero esto último ya he dicho que no es culpa del autor. Lo que sí puede censurarse es la verbosidad con que aparecen casi todos los personajes grandes y chicos que en la comedia figuran. Con menos elocuencia, muchos de ellos estarían más en carácter. La crítica conviene unánime en que el señor Palencia ha sacado todo el partido posible del argumento de la novela, y en que si el drama no ha tenido más aceptación, es porque parte del público creía que el señor Palencia iba á retratar á la aristocracia de nuestros días á la manera que lo hizo el P. Coloma con la de hace treinta años, y otra parte no gusta de que se ridiculice á la alta sociedad madrileña de entonces ni á la de ahora.

En los escaparates de nuestros librerías, vense estos días algunos tomos nuevos. Don Ricardo Sepúlveda, uno de nuestros mejores escritores, leído siempre con gusto porque siempre es bueno y, en su género, nuevo lo que escribe, ha publicado *Antiguallas*, colección de anécdotas históricas, para lo cual tiene el señor Sepúlveda cualidades especialísimas. La prensa periódica ha acogido muy cariñosamente este nuevo trabajo del autor de *Madrid viejo* y de otros libros muy notables.—Han aparecido también algunos tomos de poesía de poca importancia.

Los partidarios de la reforma en la ortografía castellana, tienen en España un nuevo campeón, el señor Jimeno Agius, escritor y periodista de reputación bien sentada entre nosotros.

Su libro *Naderías* que se refiere á asuntos gramaticales, ha aparecido escrito con la nueva ortografía y en él se defiende ésta con argumentos incontestables ó que solo pueden ser impugnados acudiendo á la razón, no despreciable de las dificultades que ofrece toda reforma que lucha abiertamente con la costumbre inveterada. La de que trata ahora consistente en escribir todas las palabras de nuestro léxico tal como se pronuncian, puede hacerse poco á poco: quererla implantar de una vez, pareceme trabajo perdido.

Con el título de *Filosofía Cristiana*, publicóse hace algunos meses el primer tomo de una obra escrita por don Ramón Torre Insunza, y ahora se ha publicado el segundo y último.

El libro según dicen nuestros periódicos ultramontanos, es de un mérito sobresaliente, pues abraza todos los aspectos de la filosofía bajo el punto de vista cristiano, examinando con extraordinaria lucidez y gran erudición todos los errores en que han incurrido las escuelas contrarias á la filosofía cristiana. El Renacimiento y el Protestantismo; el menos precio de la filosofía tradicional; la filosofía moderna; el escepticismo y el criticismo; las escuelas y los resultados escépticos de la ciencia contemporánea, todos esos temas constituyen lo esencial de la obra del señor Torre-



GRUPO DE LOS JEFES Y OFICIALES DEL CUERPO DE POLICÍA DE CARACAS

REFLEXIONES

SOBRE LAS CORRIENTES CONTEMPORÁNEAS

Un estudio sobre "Blanqui y la energía actual" publicado en el *Mercure de France*, correspondiente al mes de setiembre me ha valido varias cartas de escritores jóvenes.

Yo exponía allí mi sentir de que á nuestras inteligencias les falta carácter; yo hablaba de la energía activa; yo expresaba hasta qué punto pesa sobre mí la atmósfera de mi generación y el propósito firmísimo de abandonar los caminos que trilla esa generación.

Es necesario creer que puse el dedo en la llaga. La convicción profunda que me ha dado la práctica de las letras desde hace siete años, por una parte, y por la otra mi inclinación á las ideas morales, han contribuído sin duda á hacerme pensar cómo es inseparable de sus obras la personalidad de un escritor. No hay inteligencia, ni siquiera la más cultivada, que no sea vana sin la elevación paralela de las cualidades del corazón, sin el mejoramiento incesante del hombre privado.

Este segundo trabajo, por todo extremo íntimo, es, á mis ojos, la ratificación del primero, por poco que la obra justifique la indigencia de carácter del autor.

A mis ojos no existe obra de arte de verdadero mérito fuera de ciertas condiciones; por lo menos, al presente, los juegos del talento, por ingeniosos que sean, han dejado de emocionarme. Una reflexión de Milton que me había parecido arbitraria, se revela ahora á mi alma, como una grande evidencia: "El verdadero poeta se distingue por cuanto su vida es su mejor poema." Diversos acontecimientos me han persuadido de que el hombre debe ser el signo viviente de sus preceptos, y me han hecho despreciar á aquellos propagandistas de moral que no contribuyen al engrandecimiento de su doctrina con la belleza de su

conducta, é invocan cómodamente para sus faltas personales, la excusa de la fatalidad. Quizás después de haber cedido algún tiempo á una simpatía benévola hacia sus exposiciones doctrinales, he aprendido yo sistemáticamente á restringirme una fe más estrecha, menos enfática. Es que nosotros nos pagamos todos de las palabras, y vivimos muy mal. Gracias á esto se puede tomar todo por el lado trágico ó por el lado ridículo, indistintamente; pero no se piensa seriamente en nada. Se despierta uno con la cabeza zumbante y el corazón vacío. Ya es tiempo de encontrar los dos ó tres preceptos sólidos si no brillantes que basten á sostener una existencia moderna. No es indispensable poseer un gran genio para adquirirlos. Ellos están quizás muy cerca de nosotros; bastaría buscarlos de buena fe y sin sutileza. Pero esto es lo difícil, pues la buena fe y la falta de sutileza es lo que nos abandona todos los días.

¿Será porque multitud de jóvenes comienzan á sentir imperiosamente la necesidad de estas modestas cualidades de mi estudio,—que sólo atiende á los reclamos de una laxitud personal,—por lo que se han resuelto á escribirme? Yo dudo que ellos lo hubiesen hecho si yo no hubiera tocado sino una cuestión literaria. En el fondo tanto hemos abusado de la literatura que hoy apenas si nos interesa; bien pronto será á la fuerza cuando hablemos de ella. Nos hemos divertido tanto con las palabras que ellas tienen necesidad de descansar por algún tiempo, y nosotros también. Sabemos demasiado *comment c'est fait*. Creo que es á causa de este mismo exceso de talento, puesto que usamos demasiado para lo que tenemos que decir,—por lo que estamos prontos á pedir á la obra literaria, más que solaz, una significación moral. Crítica y ética, son los signos del tiempo. Yo he sido vivamente interesado al ver que á una simple declaración aislada otros seres se han sentido interrogados á sí mismo, y se de-

Insunza, con la cual se ha acreditado de buen católico y excelente escritor. En traducciones de buenos libros extranjeros, hay que hacer constar la de la obra *Prehistoria de los Indoeuropeos*, trabajo póstumo del gran escritor alemán Rodolfo Ihering que ha vertido al castellano don Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo, muy aficionado á los estudios jurídicos y propagandista tenaz de cuanto bueno en esta materia se publica en el extranjero. El objeto del sabio alemán fue restaurar las ideas que sobre el derecho público y privado tenían los pueblos arios de los que descienden los europeos, no contaminados por las invasiones de los pueblos de raza semítica. El autor del libro, en su erudito estudio, parte de los tiempos anteriores á las grandes emigraciones de la raza aria; supone que los pueblos de esta raza se establecieron primero en la antigua Bactriana, y marca luego las emigraciones y los caracteres que han distinguido entre sí á los distintos vástagos de aquella gran familia; los griegos, los itálicos, los celtas, los germanos y los eslavos.

Entre las novedades que aporta á estos interesantes estudios—dice un comentarista del nuevo libro—se halla la teoría de que antes de dividirse en aquella rama, hubo un largo período de tiempo, quizás de siglos, en que permaneció en la parte oriental de Europa casi todo el pueblo emigrante. El fin principal de la obra, admirablemente cumplido—parece ser presentar la influencia que sobre los sentimientos y carácter de los indoeuropeos ejerció el elemento ario.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid.



tienen un punto á responderme:—"Respiráis difícilmente. Nosotros también. Sufrís. Nosotros lo mismo. Pero ¿qué hacer?" A la verdad yo no esperaba que se llegase tan pronto á esta pregunta. Es ya un gran resultado el verla proponer seriamente. Es ya muy incómodo evadirse de un laberinto: pero el laberinto de donde no se quiere salir es el más terrible.

Si yo tuviera todavía inclinación hacia la poesía alegórica tendría aquí una bella ocasión de comparar la literatura reciente á una isla de Lotófagos perdida en la extremidad de las rutas de Dédalo. Pero yo cedo á cualquiera de nuestros colegas esta admirable materia, buena para puesta en verso libre, muy contento con haber escapado de tales mitologías.

Me parece bien que diciendo:—"Muchos saben escribir; pero pocos saben vivir," yo he puesto el dedo en una de las heridas de nuestro tiempo. Al menos sobre una herida propia mía. Yo he escuchado como gritan otros jóvenes: parece que al fin ellos también se notan heridos y encuentran el punto donde lo están. Como tantos otros yo he creído aprender la vida en los libros. Después, cuando he sido obligado á constatar la pobreza de esta experiencia; después que todo lo he derivado directamente de la Naturaleza, he aprendido á no aconsejar á nadie; habiendo llegado á saber, muy á duras penas, aconsejarme y dirigirme á mí mismo. A lo más puedo decir á qué expedientes he recurrido. Pero ¿es mi caso parecido al de algún otro? ¿No debe cada uno descubrir lo que le conviene? Sin embargo, me parece que si tuviese delante de mí algunos de esos jóvenes que me han escrito, y si la hora fuese propicia á las reflexiones y á las confidencias, pudiera decirles, más ó menos, esto:

—Comenzáis á comprender, no es verdad? que el simbolismo, el naturalismo y otras prácticas, lo que yo llamo "amores de cabeza," no nos conducen á gran cosa. Es claro que un hombre que ve la vida actual con órganos sanos, y que entra en sí mismo, no encuentra por toda conclusión sino escribir versos, acaso, acaso un poco débiles. Esto es por consiguiente lo que ha ocupado desde hace quince ó más años las tres cuartas partes de nuestros camaradas; y cuando les hemos hablado de otra cosa, apenas se han dignado oírnos. Ellos se han preocupado mucho de la prosodia, de los versos puestos en prosa, de la prosa puesta en versos, y probablemente la existencia es más grande que todo esto. Ellos continúan la educación del colegio; como buenos latinistas, se erigen pronto en gramáticos. Esto no basta: las decoraciones medioevales, las baladas, los sonetos, inspiran hastío. La expresión del yo por medio del estilo está muy por encima de tales diversiones, y la literatura es una carrera. Pero vosotros no sabéis sino trabajar baratijas y cuentos de nodrizas.

La portada moral de un libro os atrae y os espanta, y yo os turbo mucho cuando os hablo de "carácter" y os exhorto á salir de esta atmósfera irrespirable. ¿No sentís, por ventura, que lo esencial es llegar á este disgusto, pero sinceramente?

Os ruego que no me irrespetéis; ante todo os detengo aquí para deciros que no incrimino á ningún escritor. Yo estoy lejos de este pensamiento, pues yo no retengo de los hombres sino los principios que los determinan, y me parece injusto condenar otra cosa que estos principios. Bien sabéis, como yo, que cada cual hace lo que puede, y no puede sino obedecer al magnetismo de su tiempo. Así, pues, cuando digo que abomino mi generación, no quiero hablar sino de sus inspiraciones, de ningún modo de sus figuras, algunas de las cuales siempre me serán queridas.

Además si yo tratase de las personalidades no sería más duro con ninguna de ellas de lo que he sido con la mía; yo no estaría tan enfadado si yo no hubiese sufrido más que nadie la alucinación del artificio que nos rodea.

Pero me parece que es tiempo de pasar á otros ejercicios. Imagino fácilmente que se me zaherirá. Poco me importa que se reduzca mi pensamiento á consideraciones mezquinas, una vez que comprendo como está por encima de los individuos el principio vital del grupo del cual me separo. Uno de nuestros amigos me escribe:—"Los periodistas se aprovechan de esa crítica para anonadar una vez más á aquellos que, en suma, pertenecen á vuestra nave!" No formo ya parte de "la nave," y cuanto á los periodistas, son incapaces de apreciar tales escrúpulos. Por otra parte hablo expresamente de estos "entre nosotros," con toda franqueza, porque nuestro asunto no les incumbe. No busquéis entre mis palabras ataques disfrazados, que en manera alguna me interesan. No me ocupo sino de las falsas ideas, y son ellas, y no los hombres las que nos oprimen.

Hay entre ellas una, digámosla inmediatamente, —pues éste es el fondo de nuestro carácter;—es la idea que nos hicimos de un arte restringido, al oponer por medio de una vaga religiosidad nuestra obra, nuestra moralidad, nuestras personas, á la vida corriente. Nos encerramos de buen grado en estrechos moldes, y no osamos ocuparnos de nuestra época. En este ruido que altera nuestra convalescencia todos los hombres viven y obran, sin embargo. Mientras más tardemos en enfrentarnos al desconcierto primitivo, más presto nos estrellaremos. El lecho debilita al enfermo después de haberle dado reposo. La vida va muy de prisa. Si persistimos en no quererla será ella quien no nos querrá á nosotros. ¿No ha comenzado ya, por ventura, este fenómeno en nuestra generación?

Ella ha tenido cuando menos tantos talentos como cualquiera otra generación; más, si se quiere, y de muy diversas categorías. Ella ha inventado muchas teorías, abierto vías, donde se desarrollará la sensibilidad de los jóvenes que ya la atropellan con un irrespeto cruel y edificante. Ella ha salvado tal vez por el extremo cuidado de la pureza de la forma el tesoro de las letras francesas. Ella ha pagado bien caramente el haber dado entrada en la Francia á las corrientes de la ideología internacional. Sin embargo ella muere, los mejores de entre sus representantes nos producen hastío. La energía ha sido completamente mental, no ha sostenido sus principios con una conducta pública igual é inflexible; ha desdeñado explicarse y al presente este desdén aparece como una impotencia. Qué cosa no ha circulado en este mundo de revistas no leídas, de publicaciones reducidísimas, de doctrinas aisladas, de tentativas individuales? El carácter. ¿Y qué he indicado con esta palabra que os desconcierta? La revelación constante del hombre en la afirmación de sus escritos, su presencia muda pero dispuesta á establecer por sí mismo su sér puesto en juego como prenda de su personalidad.

¿La personalidad se ha afirmado, decís? No; no lo suficiente, puesto que respiráis una atmósfera asfixiante. Ellos han contemporizado, han sido irónicos, se han inclinado, y hasta declinado. No se han afirmado absolutamente. Hijos del criticismo, no creen nada. Y en sus retenciones, sus frases veladas, sus elegancias escépticas, su desprecio de la vida ordinaria, su diplomacia delicada, su restricción á *l'élite* y al *snobismo* mundano, ¿qué apercibimos hoy? Una inmensa burla, una falta de carácter y la caducidad inminente puesto que la hora ha pasado para los que dicen:—"yo hablaré á tiempo"; creed que ellos lo saben y se lo dicen á sí mismo, pero intelectuales como son, habituados al crepúsculo de los cuartos, á la luz de las lámparas, ellos no se resuelven á salir á luz meridiana. Era inevitable que una generación que padeció la crisis de 1870, crisis que ha desconcertado el alma rutinaria de la vieja Francia, fuera quien pagase el rescate. La sangre transfundida hace aparecer una erupción de la vieja sangre

antes de traer la vida á las arterias exhaustas. La erupción en el pensamiento francés, es la generación infortunada que la simboliza. Respetemos su destino, pero esquivémosla. Sobre ella se cierne el olor de la muerte. Sí, aquellos de quien hablamos, traen ese olor de muerte desde el albor de su existencia; al mismo tiempo no han tenido valor para renunciar á la vida, aun conociendo lo vacío que ésta es para ellos. Hay entre ellos un hombre de carácter; no lo nombraré por que no quiero mezclar ningún nombre á estas reflexiones generales; pero bien sabéis á quién me refiero. Este ha probado su arte de renuncia ó de negación por su apartamiento de la vida; hegeliano puro, figura, entre todas, excepcional, él se ha enclaustrado en las letras, se ha enclaustrado en sí mismo, no ha esperado nada del porvenir, y tiene cierta grandeza indisecable en su aislamiento voluntario. Al menos este ha unificado sus principios y su sér; ha probado carácter de una manera concluyente cara á cara de la opinión, que hoy lo respeta.

Pensáis que su ejemplo haya sido seguido? La mayor parte, aun rindiéndole homenaje, se apartó de él por grados insensibles. Ha vuelto á la aceptación oficial, ha entrado de nuevo, si bien fortivamente, en la gran mayoría; y ya sabéis que nuestros poetas son gente bastante experta para abrirse camino en el mundo, la ductilidad los caracteriza. Con la ductilidad no se imponen las ideas; no se hacen agradables sino las personas. Ellos todos han tenido un temor extremo de la energía, y han inventado una política exquisita y encantadora para pasarse sin aquella.

Las dos cosas de las cuales se tiene más miedo hoy son la energía y el carácter. Nadie osa comenzar á mostrarse fuerte.

Es necesario cesar de hacerse los disgustados ante las humildes tareas de la vida. Ciertamente esto no es halagador para el principio de una vida de artista. Pero es que nosotros hemos sido demasiado mimados. No encontramos la vida grosera sino porque hemos refinado mucho las cosas. Vosotros me escribís:—"Cuales son las pequeñas acciones que es necesario llevar á término para ser digno de las grandes?" Pues todas, todas las que se os presenten. Si tenéis un carácter, afirmado en toda ocasión. No hay acciones pequeñas en moral, como tampoco hechos pequeños. Es cierto que sería una imprudencia si os arrojarais de lleno en el apostolado ó en la tribuna pública; ensayad primeramente la conquista de vosotros mismos; os espantaría la magnitud de vuestra obra; os arredraría cuánto tendrías que hacer; asimismo veríais cómo los poetas refinados son incultos en su existencia moral.

La degeneración del carácter es universal: envenena todas nuestras amistades desde su comienzo. Quién es el hombre moderado que puede acostarse una noche diciéndose que no ha mentado en el día; que no ha faltado á la dignidad personal? No me digáis que exagero, pues es la verdad; sino que el hombre moderno no se da cuenta de esto porque él se interroga á sí mismo, cada día menos; además él arguye en su vida exterior ó sutiliza en sus escritos. Cuando yo os digo:—"Cumplid todas las acciones que se os propongan, por pequeñas que sean," me parece responder á una pregunta que me proponéis en términos impropios. "Cuales son las acciones pequeñas," decís. No hay sino las grandes, aquellas que os parecen tales porque tienen un efecto visible y público; pero de las otras, el primer punto es que las discernáis vosotros mismos en vuestra existencia privada. Hay alrededor de vosotros, en vosotros, ocasiones especiales de afirmaros que no son las mías, que son especialísimas para vosotros. Basta que querráis verdaderamente descubrirlas. Lo esencial es de hacer de vuestra persona moral, y de su enriquecimiento, el objeto primordial de vuestros cuidados. Los libros no



TENERÍA DE LOS SEÑORES J. BOCCARDO & CA.

deben venir sino después. Lo que mata á la generación actual es que ella lo comunica todo al libro. Un libro no es sino el signo de un perfeccionamiento interior; pero qué decir de un hombre que no se ocupa sino en perfeccionar un libro? El toma el signo por la causa misma; él se inmola á un fetiquismo.

Considerad la conducta de nuestros intelectuales en toda ocasión pública y decid si sus manifestos, por ejemplo, no os han parecido siempre redactados por hombres sin educación, privados del sentimiento de la medida. La lectura de estos documentos hace enrojecer, por lo ridículos; por la pretensión, la hinchazón, el tono de gritería que los caracteriza. ¿Son manifestos de artistas estos papeles colectivos? No: prospectos. Y sin embargo, los que se reúnen para elaborar estas escrituras tienen cada uno de ellos más ideas, más sentimientos, de los que aparecen bajo su firma. Les falta carácter público porque no tienen suficiente carácter privado. La falta de carácter público ha sido la marca del simbolismo; hasta él se ha esterilizado.

Nosotros todos sabemos lo que su título significa. El simbolismo no ha sabido tener siquiera la vitalidad aparente de una escuela. El no ha existido, puede muy bien decirse, por que ninguno de sus adeptos no lo reconoce particularmente; y sin embargo, ellos se han agrupado en torno de esta nada, hasta por deseo de asociación, por flojera, para darse el tono de presentar la garantía de una existencia pública, de ocupar un lugar en la opinión. El simbolismo, personaje mudo, ha dado lugar á eso que jurídicamente se llama la "persona moral" de una sociedad.

Es cierto que ya es tiempo de encontrarla en vosotros mismos, porque ya la sociedad se

disuelve, y no respiráis bien en ella. Sí, en vosotros mismos, y no fuera, como decís. Ya buscáis maquinalmente otra hermandad, tanto así está en vosotros arraigada la idea de neutralizar vuestra responsabilidad. En vez de apoyaros en el brazo de alguien, tratad de dar, solos, vuestros primeros pasos de convalescientes. Y para esto cesad un momento de ingeniaros en perfeccionar vuestro estilo, y ocupaos de librar vuestro pensamiento individual de los clichés de la solidaridad.

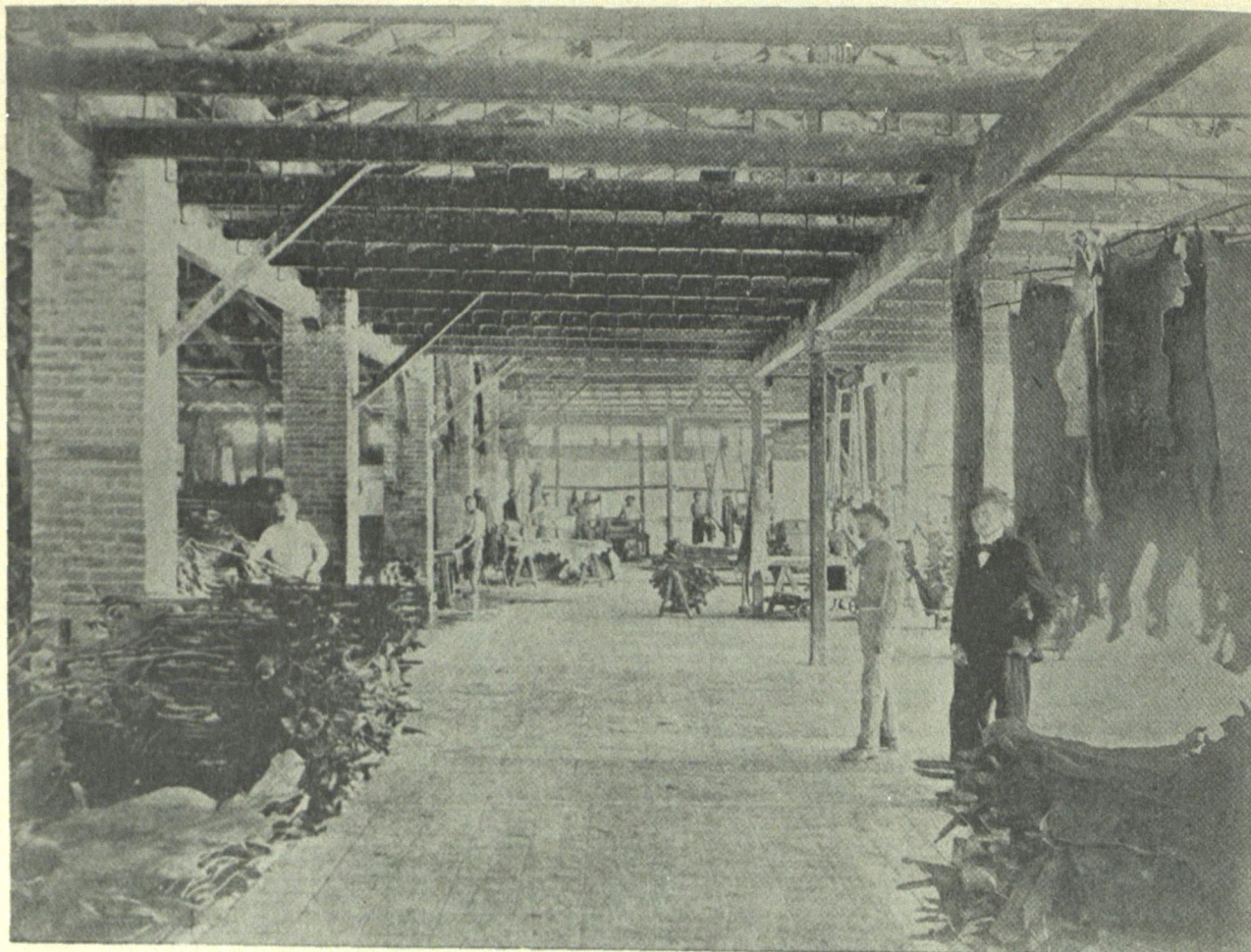
Siempre tendréis bastante tiempo de divertirlos con las palabras. No es el talento lo que falta. Hay mucho talento. Lo que hace falta es el carácter; el carácter, la sal del hombre. Apercibiréis bien pronto que lo que hace falta son aquellas cualidades de la inteligencia que contribuyen á la creación del carácter, las expansiones del corazón, pues todo el mundo teme sufrir. Si tenéis miedo de sufrir, no haréis nada; y no sacaréis partido de vuestro sufrimiento si no depende éste de alguna confianza de vuestro corazón.

Las decepciones de la inteligencia no dan sino un dolor frío, esterilizado por el orgullo, atenuado por el sofisma que permite el engaño de una como verdad que no hemos sabido encontrar. Las decepciones de las inteligencias no tiemplan el carácter. Comenzad por enunciarlos con franqueza en todo. Hé ahí la primera de las "pequeñas acciones." Es muy duro; no lo hacéis sin pena, ni yo tampoco, ni nadie; pero es necesario hacerlo. Además, ésta es la mejor de las políticas morales. Yo he comprobado cómo jamás las gentes admiten que los otros obren un móvil de verdad. Contra la evidencia misma se protesta. Y cómo será la injusticia de algunos juicios!

Se teme al que dice francamente lo que piensa. Digáis ó no la verdad no por ello dejarán de injuriaros secreta ó abiertamente. Despreciadlo todo y pasad; con esto ganaréis en ciertos casos cuando menos el respeto, la fórmula de exterioridad. Esto os dará alguna confianza en las propias fuerzas.

Aumentad esta confianza buscando en toro no vuestro otros caracteres. Huid toda coleccionidad; dejad todo mundo especial; obra como un extraño; fijaos un momento en aquellos que os han emocionado por sus obras sus actos; buscad hombres en los mayores como en vuestros camaradas. Ved cara á cara las individualidades, y siempre con las cualidades del corazón, tanto como con las cualidades de la inteligencia. No se acerca uno á ciertos seres humanos sino proponiéndoles amarlos. Muchas gentes hablan bien, hasta de moral; sabéis cómo con el juego mecánico de las palabras se puede dar la ilusión de nobleza exterior. Olvidad las palabras, ved los actos, tantead las intenciones con el corazón que vale tanto como la inteligencia. Esayad todos los caracteres como ensayaría un amor; nueve veces sobre diez sufriréis. La décima vez tendréis un amigo. Y las nueve decepciones habrán dado á vuestro carácter un método especial cada uno para ver fondo de los hombres.

Mientras estéis en estos preliminares, estas "pequeñas acciones" interiores, en esta probanza del carácter, apartaos de toda sociedad, rehúsad insignias, etiquetas, manifestos, funciones, no pongáis vuestra firma pie de ningún acto colectivo. No tenéis nada que hacer con aquellos disgustosos con vuestra conducta, que empequeñecen vuestra personalidad en vez de engrandecerla ó sos-



INTERIOR DE LA TENERÍA DE LOS SEÑORES J. BOCCARDO & CA.

nerla. No séis gran cosa; pero sed vosotros mismos en este casi nada. No hay sino una colectividad donde vosotros podéis entrar: aquella de los caracteres semejantes al vuestro, aunque aparezcan ellos en personas completamente desemejantes por sus profesiones.

Yo he conocido cuatro hombres cuyas almas estaban en relación entre sí y con la mía. El uno era herrero; el otro novelista; el tercero gentil hombre; y el último médico. Y yo tengo ciertamente muchas más afinidades con ellos que con casi todos los colegas de mi generación á quien estrecho la mano en las oficinas de redacción. No os limitéis al roce de los literatos: os marchitaríais. El movimiento artístico y moral que tenéis deseos de dejar se ha descolorido viviendo entre augures, las ventanas cerradas; y si habéis penetrado en las reuniones de estos augures habréis visto allí la miseria. Allí ellos hablan de procedimientos, ó denigran al ausente ó dicen tonterías que repugnarían los burgueses menos emperifollados.

Hay muchos comerciantes que son verdaderos hombres, de corazón y espíritu rectos, y poetas simbolistas que no valen ni como poetas ni como individuos. Salid y buscad. Cuando os sintáis bastante fuertes acometed entonces las "acciones" mayores, es decir, para abundar en vuestra acepción, visibles. Decís que "es difícil entrar en contacto con la multitud." Pensad si queréis que esto sea más peligroso que enregimentarse en una congregación literaria. Es más instructivo y menos limitado, en todo caso. Aunque disgustados, de él no queréis abandonar vuestro medio.

Preguntáis: ¿que hay que hacer? Nunca hay nada que hacer sino para aquellos que desean obrar. Y estos encuentran siempre alguna cosa. No me preguntaréis nunca:— "¿Qué debe escribirse?" por qué os pagáis

mucho de las palabras. Y nuestros poetas se han repetido desde hace quince años sin tener la modestia de proponerse esta pregunta, por que las combinaciones de palabras y frases pueden durar infinitamente. Las tres cuartas partes de entre ellos no pueden sino callarse después del primer volumen: lo han vuelto á escribir de derecha á izquierda, con otro título, mientras que, cuanto á hombres y caracteres han permanecido los mismos. Esto es lo que os produce el hastío que sentís al presente, pues en fin, tienen tantas maneras como antes, y están más diestros á fuerza de ejercicios de estilo, y sin embargo, ellos os desagradan. No me preguntaréis qué hay que escribir. Ellos no se lo preguntan antes de darse á la tarea. ¿Y creéis que si se estimase la energía cerebral gastada en sus alegorías se hallase gran cosa? No hagáis como ellos. Decís bien que si el hecho de escribir es vuestro modo de expresión, debe ser convertible en valor activo. "¿Qué hay que hacer?" Nada. Nada en efecto. La época que espera que se trabaje; nada pide ni indica, pues si ella pudiese esto sería ya un principio de ejecución. El mismo planteo de un problema es ya comienzo de solución. Los que obran en una comunidad, son aquellos que al mismo tiempo que aportan una resultante, muestran la necesidad de algo nuevo, de algo en que nadie pensaba.

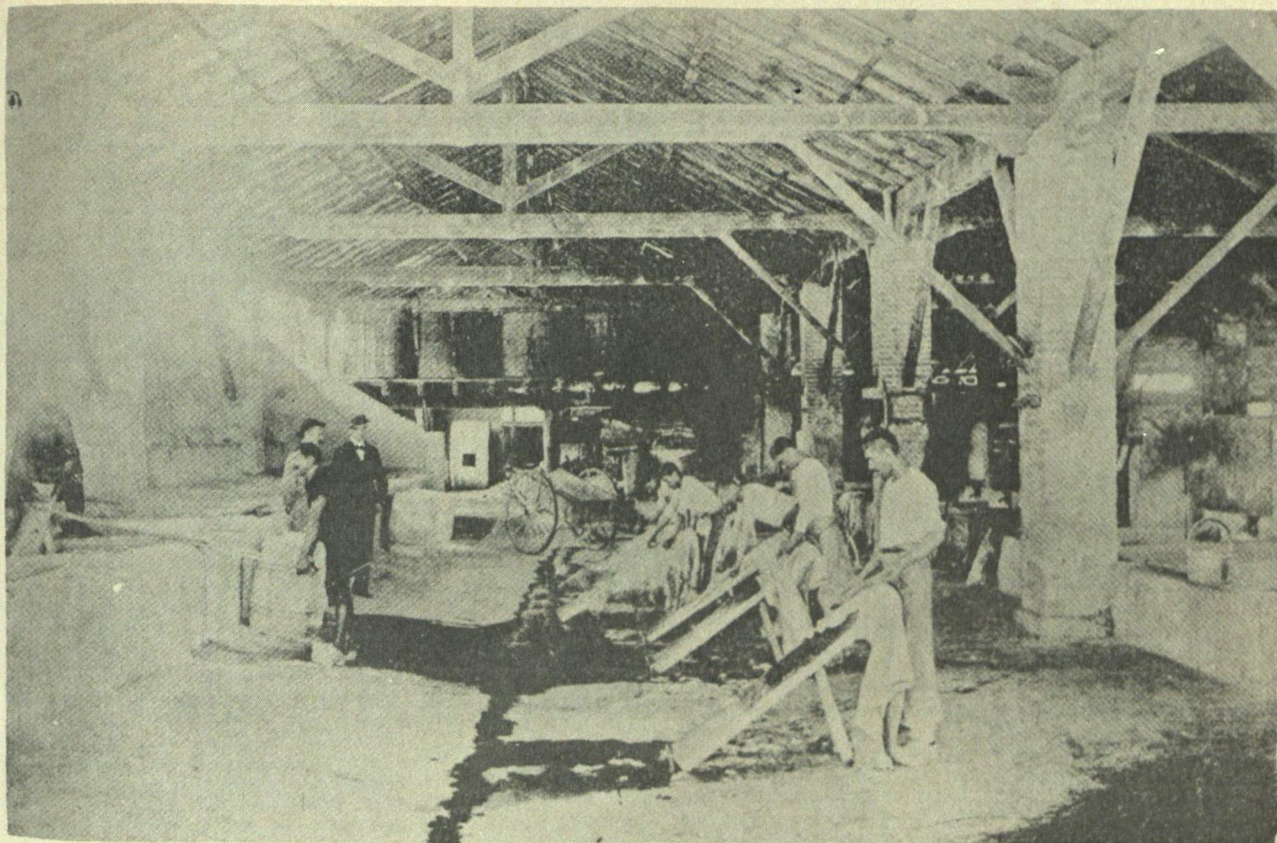
Ved lo que hacen ciertas industrias americanas: inventan un objeto, lo tienen á la mano para el consumo y después crean la necesidad de ese objeto por medio de las insinuaciones de la publicidad. Un día cada quien se despierta diciendo: "bueno sería que tal objeto se inventara. No lo tenemos." Y cuando el objeto, de antemano preparado, llega, es á buena hora. No es otro el método de acción. Si preguntáis qué hay que hacer, pedís que os indi-

quen un acto ya cumplido; os ofrecéis como un rutinario y no como un iniciador. ¿Creéis que al presente nada hace falta? Pero ved como el tiempo preciosísimo los simbolistas lo han despilfarrado en vez de emplearlo en vivir. Miradlo, inquieto, febril, desliziándose en su antigua política y en su antigua moral, viviendo de imaginación y de tragedia, esperando siempre que todo cambie al día siguiente. Envanecemos pues este tiempo en que "nada se hace," gasta á un hombre en cinco años con sus frenesíes y transportes, como el opio con la modorra y su letargo.

Escoged entre el opio de nuestros alegoristas y el frenesí de la vida activa. Vivid mucho por la sinceridad del corazón y entonces descubriréis lo que es necesario, lo que hay que hacer. Sea en las letras ó en la vida no hay sino un método verdadero. Lo que ha dislocado á nuestros amigos es la disparidad progresiva entre el talento y el carácter.

En cuanto á mí estoy persuadido de que esta generación tan inteligente se ha desviado por el exceso mismo de su inteligencia. Ella ha viciado todas sus cualidades; no ha vivido de una manera normal, le ha faltado el cumplimiento de un deber superior, le ha faltado la audacia de la afirmación. Yo he estado mezclado en todo esto, pero me he embaucado. Me he sentido tocado súbitamente por el hielo de la lógica, de la educación metafísica, del criticismo, del gusto, de la reticencia. Para qué tantas precauciones oratorias, tantos misterios, tantas diplomacias, tantas expectativas. Todos estos hombres me han parecido viejos, ó mejor dicho, en lugar de hombres no he encontrado sino literatos.

¿Pero la humanidad es por ventura de los literatos? Vivir por el corazón, soñar en perfeccionarse á sí mismo antes que perfeccio-



INTERIOR DE LA TENERÍA DE LOS SEÑORES J. BOCCARDO & CA.

nar el talento, crearse su propia colectividad, son principios tan sencillos que á uno le parece que todos los han practicado siempre. Pero examinad y veréis cuán pocos los han seguido. En cuántos de estos libros brillantes, de estos poemas modernos, tan ingeniosos, sentiréis lo que yo llamo el corazón, palabra obscura, pero que las mujeres interpretan á maravilla; palabra, gracias á la cual, las mujeres hacen todo el estudio de la vida de ellas; palabra de aquellas que los viejos poetas llamaban "los acentos del alma." Casi en ninguno; pero juegos de talento, eso sí, en abundancia. ¿Queréis más? Comenzad, pues, por arrojar de vuestra vida práctica ciertos principios.

Sabed amar la soledad. Hé ahí la primera "acción visible." Cuando hayáis sondeado suficientemente vuestro organismo por el sufrimiento del corazón y la sinceridad metódica, cuando podáis soportaros á vosotros mismos sin vergüenza ó enojo, podéis escoger en el mundo, como amigos y camaradas, aquellos cuya compañía creáis que os conviene. Tendréis pocos, pero es necesario tener pocos para saberlos apreciar. Yo he amado á todos los compañeros que la suerte, la época, los gustos literarios análogos me han dado; pero he tenido que separarme de ellos: de algunos con verdadero dolor, de todos con pesar. He conservado solamente dos ó tres y hoy me siento feliz. ¿Estáis espantados? Pensaréis que yo no soy exigente en materia de felicidad? No son necesarias muchas cosas para ser feliz. Pensáis que hay á mi alrededor, en París, ó al rededor vuestro en el pequeño círculo de provincia, muchos amigos que descubrir? Ensayad, y veréis por cuántos móviles diversos las gentes os estrechan la mano. Muy pocos séres al rededor de sí, y algunos buenos tónicos morales, ved todo el bagaje de un activo.

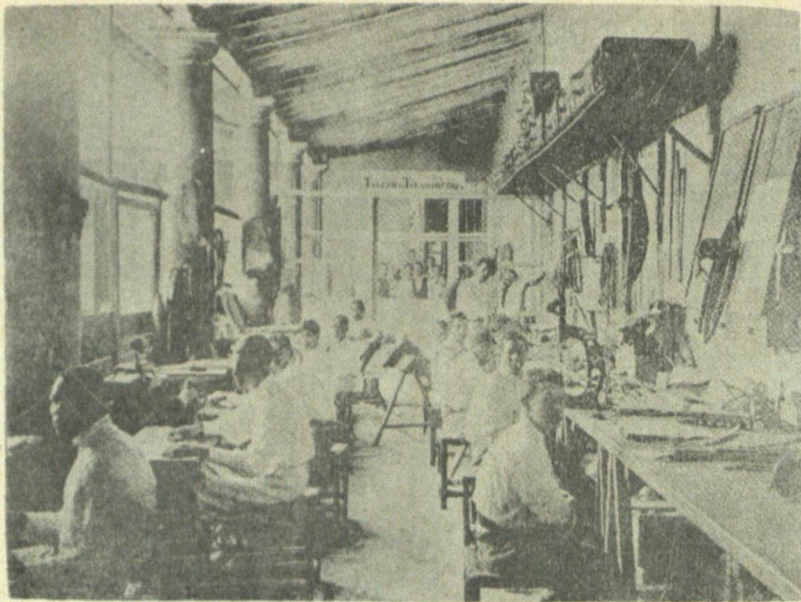
Yo adoro á Emerson porque jamás lo he abierto sin encontrar allí la frase dulce ó ruda que me aploma, por decirlo así. Leer *Confianza en sí mismo*, ó el ensayo sobre la *Com-*

pensación es para mí renovar mi sangre. Yo tengo también á Carlyle, Poë y Laforgue, y estos son, casi todos mis antídotos.

Vosotros encontraréis también vuestros tónicos y vuestros astringentes; pero aprended progresivamente á pasaros sin ellos.

Yo no quiero hablaros aquí sino de moral, pero como soy escritor, podría deciros algo más sobre el arte de nuestra generación. Lo que os molesta y os choea en su arte es el deterioro de su moralidad, que inspira este arte. Con la vida uniformada el carácter hace lo demás. El no da el talento, pero en aquellos que tienen el carácter lo dirige. Un hombre de cierto carácter puede hacer malos poemas; pero un hombre de carácter bajo no los hará nunca bellos. Para el uno hay una probabilidad, para el otro una certidumbre. Y si el primero tiene talento hará de su talento uso poderoso, mientras que el segundo no hará nada. *L'amoralité dans l'intention* de la obra de arte es una noción justa; pero la intervención del carácter del autor en la obra de arte es inevitable. Yo no admitiría jamás que se introdujesen las enseñanzas y el espíritu de un sermón en un poema; pero sin la enseñanza íntima del escritor habrá versificación no poesía. Esto es lo único que hay en las nueve décimas partes de nuestros amigos y es esto por lo cual sus obras no pueden interesarnos. Así, pues, si yo no he expuesto sino razones morales para separarme de una generación de artistas, es porque las solas razones morales tienen importancia en todas las ramas de la actividad material ó mental. Nosotros hemos vivido, tanto vosotros como yo, en medio de gentes á la verdad muy expertas en literatura, pero que no son sino niños envejecidos, hombres rudimentarios, hombres á quienes toda cuestión moral hace bostezar, y que no conciben la vida sino por metáforas. De resto la ideología es una enfermedad francesa. Pensad seriamente que nuestros poetas han visto una diferencia entre Dumas, hijo, é Ibsen, cuanto á la superioridad estética que preside á los dramas del se-

gundo. Pues bien yo que he tenido buen cuidado de interrogar á los primeros de arriba, dulcemente sin casi aparentarlo, yo aseguro que ellos no han tenido de ambos poetas impresiones muy diversas. Ellos han criticado á Dumas por sus bajos procedimientos escénicos; han loado á Ibsen, por la belleza exterior, los diálogos y disposiciones trágicas de sus dramas. Pero qué han podido ellos pensar de Nora, de Oswald, de Brand, de Hedda, de Borkuan,—entiéndase que digo pensar. Si penetráis en su moralidad descubriréis que es tan confusa como lo que les queda de Cesarina ó de Olivier de Jalín. Esto no ha hecho impresión en su conciencia y en su carácter, ellos no han prestado atención sino al talento, pero de ningún modo á lo que el talento exponía, es decir, á lo esencial. Y yo diría lo mismo de la Levine de *Ana Karenine* y de toda creación intelectual de este tiempo. Ellos consideran este orden de cosas humanas como una consecuencia enojosa de la educación; son colegiales que han detestado la clase de filosofía y no se acuerdan sino de la de retórica. Como podríais vivir con ellos? Desde el instante que no os habéis decidido por el budismo; y si deseáis vivir humanamente, vale más que os paguéis de las ideas que de las palabras. Uno de nuestros mejores novelistas, un carácter, habla en un prefacio reciente del deseo de ver una *emoción de pensamiento* elevarse por encima de la emoción de sensibilidad. El estima que la etnología, por ejemplo, puede dar, por el espectáculo de las luchas de razas, una emoción tan intensa, si bien generalizada, como el relato de un drama individual especializado. El hace de la intelectualidad una fuente emotiva digna de los tiempos presentes, y en todo caso de *l'élite*. Ninguno entre nuestros refinados ha levantado ni siquiera en un rincón de sus revistas donde las cuestiones de corrillo encuentran á menudo lugar, esta hipótesis que se dirige directamente á su solicitud de creadores. Habladles de sociología, moral, psicología de las multitudes; tratadles de una idea general, de una de esas ideas



TALLER DE TALABARTERÍA. — J. Boccardo & Ca.

que estrangulan las naciones modernas; llevad la conversación al pauperismo, el peligro amarillo, la agonía de la Europa central y de las razas latinas, ó tantos otros objetos de estos que son como el pan de la vida mental, para todo hombre de nuestro tiempo, y os responderán: "Esto no nos concierne, nosotros somos artistas. Y preguntadles en que consiste su arte; que ponen en él como elemento sustancial. Yo me lo he preguntado á mi mismo; yo no he encontrado alimento nutritivo de la inteligencia en esa variación de formas, en ese repertorio de procedimientos; yo no he encontrado el más ligero fuego al cual pudiera calentarse una alma inquieta. Ser artista así? No, yo prefiero ser un hombre; y ésto ellos no pueden enseñármelo; es por eso por lo cual yo los abandono, tomo mi ruta y sigo adelante, adelante.

Mi conclusión? preguntaráis vosotros; pues héla aquí. Aislados, volved uno por uno á vuestros antiguos hábitos, obrad como antes. Buscad el móvil de vuestras acciones; buscad su cohesión, buscad en ellas cierta unidad. Después ensayaréis el magnetismo de vuestros actos sobre otras personas. Me preguntáis si creo que se haya ocupado nadie sinceramente de individualismo, de verdaderas bases de solidaridad humana, de afirmación de sí mismo? No lo bastante, os respondo, no lo bastante todavía. Se ha repetido que es necesario ocuparse de esto, pero la actual generación no quiere ponerse á la tarea. Es por ello que esta generación se agosta, es por eso por lo cual tenéis deseos de abandonarla, y este deseo os viene precisamente á tiempo para vuestra salud; bien pronto no podríais respirar con tranquilidad.

Explicaos completa, plenamente por vuestro carácter, como si no os hubiese sido dado explicaros un día por vuestra literatura. No creáis que habéis tratado de vosotros mismos. Considerad reducidos á los medios humanos, sin poder recurrir á los medios literarios.

Vuestros libros serán los que puedan ser. Entra mucho del azar en el libro mejor trabajado. Vosotros al menos seréis lo que habéis querido, seréis hombres hechos, gracias al propio esfuerzo. Esto es un poco más difícil que hacer un volumen de versos libres, y proporciona bien distinto placer. Esto es lo que no comprenden nuestros jóvenes. Yo los he llamado "imprudentes y timoratos," todo junto; y esto os ha extrañado. Sí, imprudentes y timoratos porque ellos prefieren ser literatos á ser hombres, y detrás de sus paradojas se ocultan á sí mismo una completa carencia de verdades. Y mientras las paradojas llevan al exceso tocando en la declamación, la

carencia de verdades interiores, de las cuales todo el mundo tiene necesidad, conduce directamente á la timidez en las acciones. Hemos tenido los ironistas que se cierran todas las salidas *á priori*; tenemos los simbolistas que vuelven la espalda á la vida ordinaria por "aristocratismo"; tenemos ahora también los *arribistas*, llenos de descaro.

Observad bien como á todos les falta el carácter, y como tienen toda suerte de temores, temores desemejantes pero equivalentes todos á un pavor espantoso de la existencia real. Sabiendo todo esto, entrad en vosotros mismos, amad vuestro tiempo, y esperadlo todo de vuestra conciencia y de vuestras fuerzas naturales, nada de las escuelas."

Tales son las reflexiones que yo haría si el azar quisiese que uno de mis corresponsales estuviese delante de mí. Yo no pienso un punto que él se iría con una fe nueva. Has-

ta imagino que él partiría desconcertado porque no le puse en el bolsillo una cajita con un específico de la personalidad moral. Pero los teólogos dicen á los que van: preguntadles el modo de conservar la fe:

— "Observad los ritos.

— Yo no creo en ellos del todo.

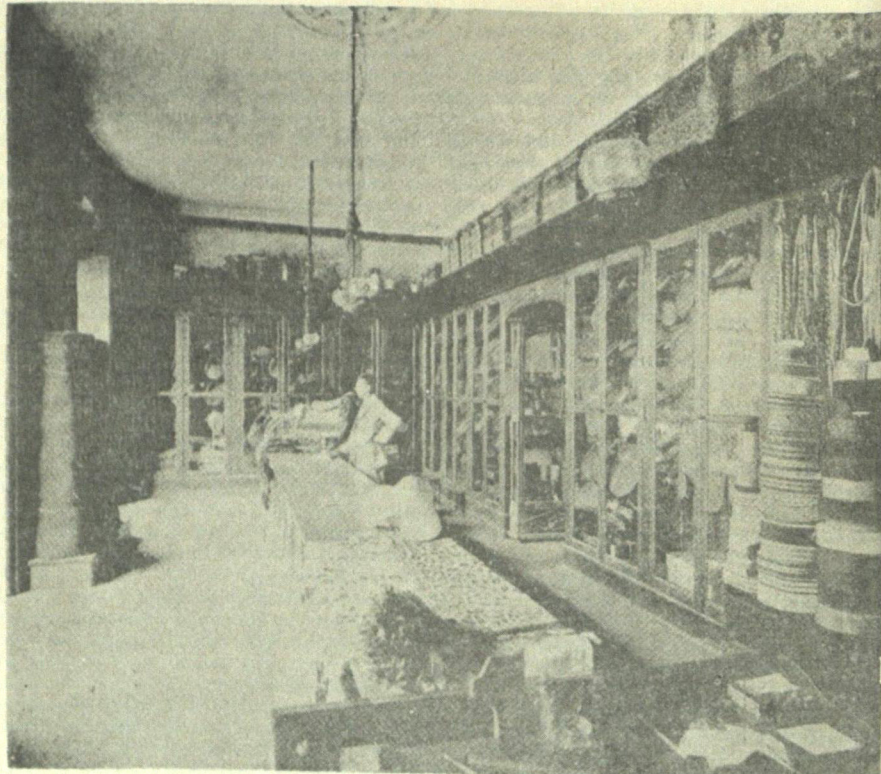
— Observadles siempre de buena voluntad comenzad por asistir á ellos.

La continua práctica de las fórmulas obrará sobre vos y, gracias á esta práctica, llegaréis á la creencia." Este es un método profundo. Para fortificar un carácter es necesario primeramente aplicarse al estudio de su estado presente. Esto es todo lo que yo tenía que decir. Cuando todos lo repitan lo mismo en el círculo que en los salones habremos llegado á buen término. Dando limosna á los pobres se retarda la justicia inmanente de las revoluciones. Nuestros "amores de cabeza" son la limosna que hemos dado desde hace años: esto es el capital que hemos gastado. Nuestra alma tiene hambre. Hemos compensado por medio de pequeñas adquisiciones sucesivas pequeños desperdicios sucesivos: detengámonos en este camino.

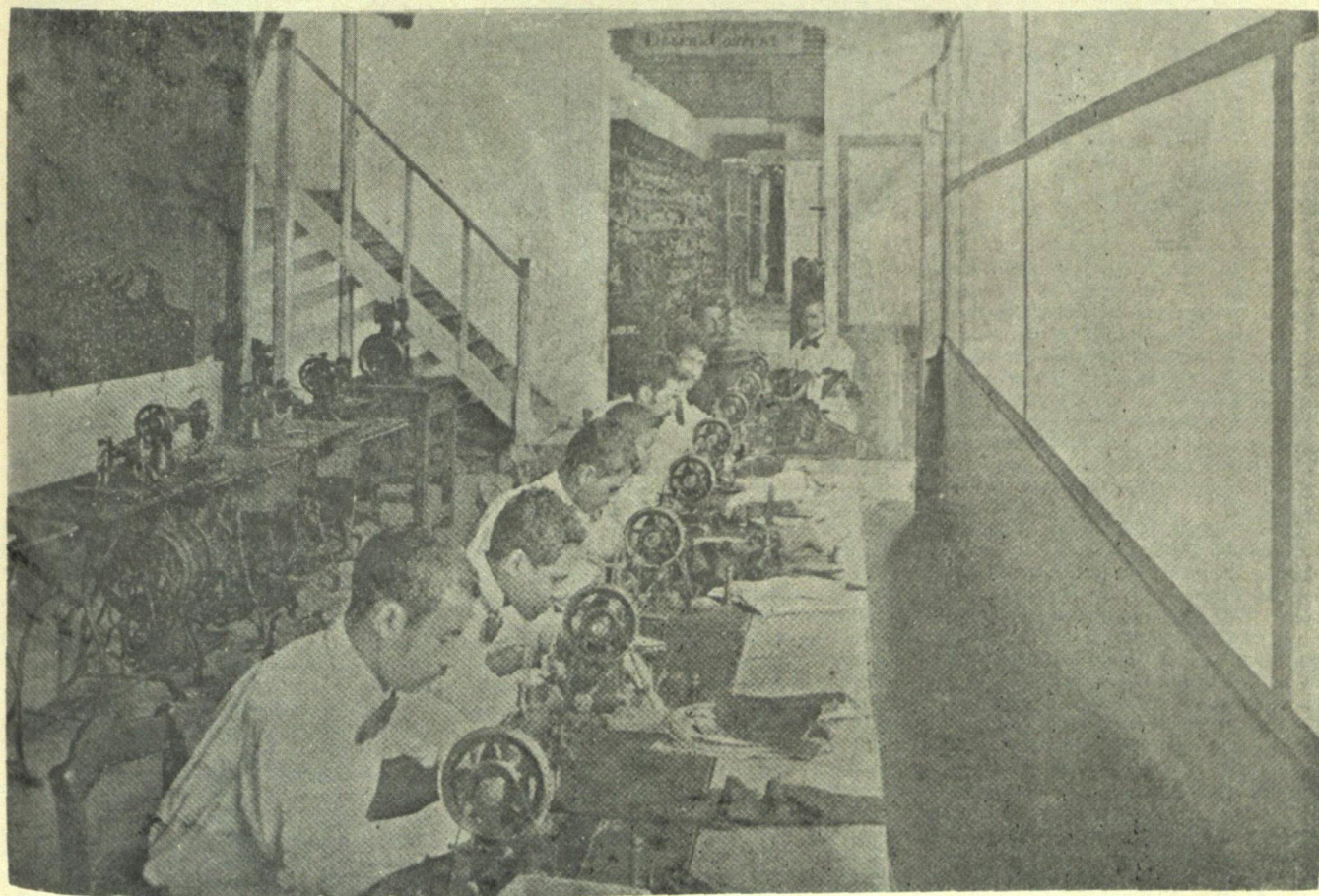
Es innegable que si nosotros hemos fabricado muchos libros, hemos elevado en medio de nosotros pocos hombres. Esta generación ha hablado bajo, los brazos contra el cuerpo en un salón ó en una capilla. Hay, sin embargo, otras tribunas. Es necesario una larga avenida, una fuente bella, para olvidar todo esto, y debe ser en nuestra propia época. Esta revelación latente es lo que yo nombro *l' Aventure*. Alguno me decía: "Esperad *l' Aventure*." Esto no es un grito de poeta. Nosotros entendemos sobre este nombre de poeta. Lo que yo sé es que esto es un grito de hombre.

Después de todo ¿qué es lo que nosotros pedimos al arte como á todos los medios de expansión? ¿Qué es lo que nos excita á trabajar? Una vida ordenada, larga, inteligente un empleo valeroso de nuestra sangre. Y nos murmura y utilizando como se llega a este fin. Es bueno limar poemas y novelas pero es mejor construirnos á nosotros mismos encontrarnos dentro de nosotros. Y este encuentro vale la pena de olvidar bastantes volúmenes, ó de no escribir ninguno.

CAMILLE MAUCLAIR.



DETAL DE TALABARTERÍA.—J. BOCCARDO & CA.



ZAPATERÍA DE LOS SEÑORES J. ECCARDO & CA.— Almacén de materiales, y taller de costura



SALON DE DETAL DE LA ZAPATERÍA DE J. BOCCARDO & CA.

CRONICA CIENTIFICA

Antigüedad del hombre.—Erróneas interpretaciones de los Libros Santos.—Investigaciones de Lartet.—Las obras del abate Bourgeois y de Monseñor Meignan.—La gruta de Aurignac.—Primeros progresos del hombre.

Cuestión ardua, y para las conciencias timoratas, expuesta á conclusiones anti-dogmáticas, ha sido siempre la de los primitivos orígenes del hombre y la fecha de su aparición sobre la tierra.

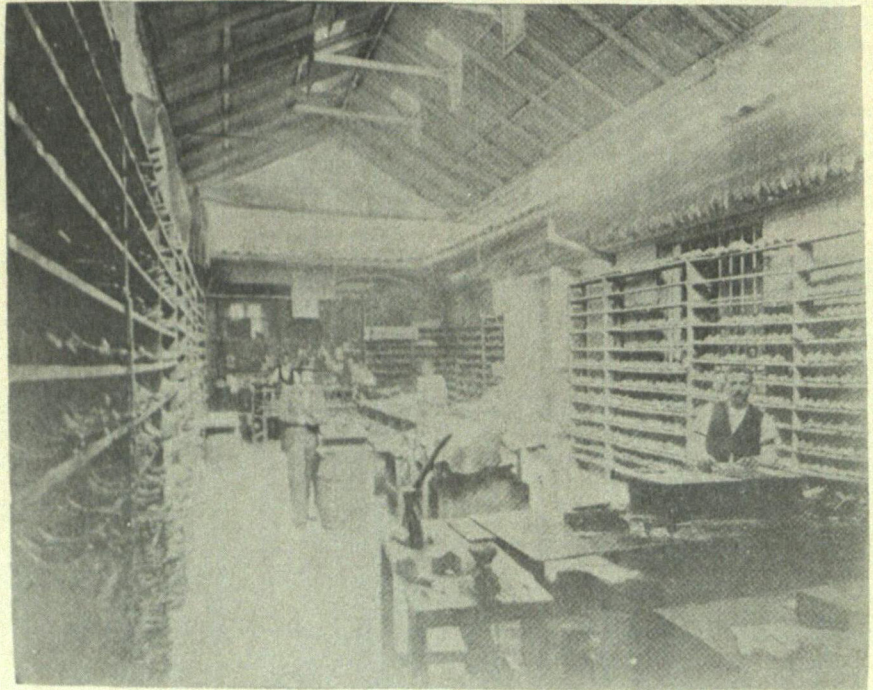
El estudio cronológico de los pueblos orientales, Egipto, China, India, ha quebrantado un tanto nuestra cronología histórica, pues los sabios que revolviendo el polvo de los siglos han interrogado las viejas civilizaciones no han podido, sin romper el proceso rigurosamente eslabonado del progreso humano, encerrarlas en el estrecho espacio de seis mil años; y han tenido, al menos en lo que hace á las razas orientales, que referir sus civilizaciones vetustas á millares de años atrás.

Esta idea ó presunción científica limitada solamente al estrecho círculo de los sabios orientales, no había cambiado en nada la opinión general que reduce á seis mil años la aparición de la especie humana; opinión consagrada por una interpretación errónea de los Libros Santos; creyendo leer en el Antiguo Testamento que éste fijaba en seis mil años la creación del hombre.

Nada de esto dice el Génesis; y sólo los comentadores, los forjadores de sistemas cronológicos, son los que han determinado esta fecha como la de la aparición primera de la humanidad.

M. Lartet, antiguo profesor de paleontología en el museo de historia natural de París, en una de sus más interesantes memorias sobre el asunto, dice así:

“No se encuentra en el Génesis ninguna fecha que limite el tiempo en que comenzó la humanidad; y han sido los cronologistas los que desde hace quince siglos se esfuerzan por subordinar los hechos bíblicos á la coordinación de sus sistemas. Y tanto es así que más de ciento cuarenta opiniones diferentes se han emitido sobre la fecha de la creación, habiendo entre las variantes extremas una diferencia de 3.194 años, y esto solamente para el período comprendido entre el principio del mundo y el nacimiento de Jesucristo. Desde el momento, pues, en que se reconoce que la cuestión del origen del hombre se desprende de toda subor-



TALLER DE CORTE DE LA ZAPATERÍA DE J. BOCCARDO & CA.

dinación al dogma, queda, *ipso facto* lo que debe ser, es decir; una tesis científica, accesible á todas las discusiones y susceptible por lo tanto de recibir la solución más conforme con las demostraciones experimentales.” (1)

De esto se deduce que la autoridad de los Libros Santos no entra por nada, ni está en tela de juicio, en los estudios é investigaciones dirigidos á fijar la época cierta de la aparición del primer hombre sobre la tierra.

En apoyo de este aserto podríamos aducir la circunstancia de que la Iglesia Católica no ha querido instituir como dogma que la aparición del hombre date de seis mil años. Así no es extraño que miembros autorizados del clero

(1) Investigaciones sobre la existencia del hombre y de los grandes mamíferos.—Anales de las ciencias naturales, por Ed. Lartet.

católico, como monseñor Meignan, obispo de Chalons, se entregaran con verdadero entusiasmo al estudio del hombre prehistórico; y que entre las obras más notables sobre dicho asunto figure la del citado obispo intitulada: *El mundo y el hombre primitivo según la biblia*; obra larga y bien documentada en la cual desarrollando los hechos adquiridos por la ciencia en lo relativo al hombre primitivo, establece la coincidencia de todos esos datos con la Revelación.

Y en fin para demostrar asazmente la absoluta independencia de esta cuestión del dogma católico basta citar la obra del abate Bourgeois que más realista que el rey, es decir más avanzado que la mayor parte de los geólogos contemporáneos trata de referir á la época terciaria la aparición del hombre.

Tres ciencias hermanas, por la identidad de sus tendencias: la geología, la paleontología y la arqueología han fijado límites más remotos á la aparición del primer hombre; y el espíritu retrocede admirado al considerar los millares de años que han transcurrido desde su creación.

Se preguntará: y en qué elementos se basa esta aserción? Qué testimonio podría citarse en apoyo de esa demostración?

El hombre en cualquier época en que haya existido ha debido dejar huellas de su existencia, en el sitio en que habitaba, en el suelo que pisaron sus pies; y por salvaje que fuera en su estado primitivo poseyó siempre instru-

mentos de caza y de pesca; armas de lucha y de defensa; girones de vestidos y utensilios más ó menos primitivos y groseros: una concha para tomar el agua, un instrumento cortante cualquiera para abrirse un abrigo en el tronco de los árboles, para triturar los huesos de la presa con que se alimentaba ó en fin un arma defensiva.

Estos instrumentos, estas armas, estos utensilios, buscados por la paciente investigación de los sabios se han encontrado en capas del terreno cuya edad precisa conocen los geólogos, anteriores unas, posteriores otras al cataclismo diluviano de la época cuaternaria.

De esta manera se ha llegado al conocimiento de que en la época fijada por la geología para estas capas, es decir en la época cuaternaria, existió una raza de hombres sobre la tierra.



Y cuando estos testigos mudos y testimonios irrecusables de la existencia del hombre, faltan en esas capas del terreno puede aún revelarse la vida humana por la presencia de los esqueletos, conservados á través de los siglos por incrustaciones calcáreas que los han petrificado, ó mejor dicho *fosilizado*.

Sin embargo, este medio de demostración es más difícil de verificar que los anteriores, porque las primitivas tribus humanas incineraban los cadáveres.

Otra de las pruebas más concluyentes para demostrar la existencia del hombre en una época geológica anterior á la era contemporánea es la mezcla que á menudo se encuentra de huesos humanos con los de animales antediluvianos. Y es evidente que al encontrarse al lado de las osamentas del mamouth, del oso y del tigre de las cavernas, esqueletos humanos ó vestigios de la industria del hombre como armas, instrumentos, utensilios, puede afirmarse con toda certidumbre que nuestra especie fue contemporánea de esos animales que vivieron en la época cuaternaria y que han desaparecido hoy.

La mezcla de estas distintas osamentas se ha encontrado en el fondo de las cavernas y en las capas profundas del terreno.

He aquí sucintamente expuestas las pruebas que han servido de fundamento para establecer el hecho de la presencia del hombre sobre la tierra en la época cuaternaria.

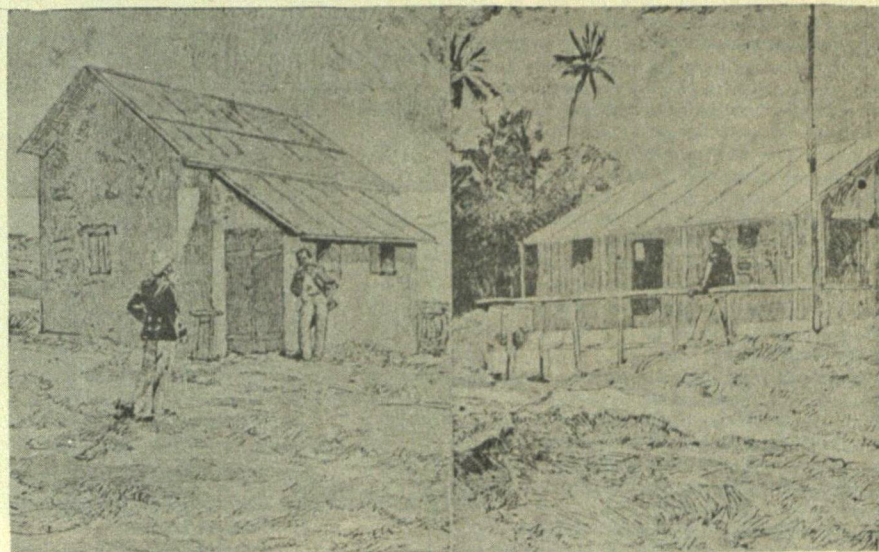
La ciencia de los orígenes positivos de la humanidad es reciente.

Algo más de medio siglo cuenta de existencia la paleontología; y apenas si se ha levantado un ángulo del velo que cubre los vestigios de un mundo ya extinguido; nada se conoce aún de lo que yace oculto en las capas terrestres subyacentes á los mares.

Vicisitudes sin cuento ha sufrido esta nueva ciencia por el largo espacio de tiempo transcurrido en vanas pesquisas para encontrar osamentas humanas, ó vestigios de la industria primitiva del hombre en los terrenos cuaternarios. Errores y decepciones que entibaron un tanto el entusiasmo de los naturalistas, retardando la solución del problema y haciéndolo pasar sucesivamente del soberano imperio del ridículo al dominio de la leyenda y de la fábula.

Todo el mundo conoce la historia de aquella salamandra fócil bautizada, bajo el testimonio de Scheuchzer, con el nombre de *homo diluvii testis* y que Camper reconoció que era un reptil.

El descubrimiento que más impulso dio á este género de investigaciones fue el de la



LA ISLA DEL DIABLO: Casa habitada por Dreyfus, y casilla de los centinelas

curiosa sepultura humana prehistórica de Aurignac en el alto Garona y las observaciones hechas en ella por M. Lartet.

Descendiendo la pendiente que bordea el camino de Aurignac, se nota sobre la vertiente norte de un pequeño montecillo, un hacinamiento de rocas, en uno de cuyos flancos existe una especie de nicho ó gruta de dos metros de profundidad y dirigido hacia el noreste. El descubrimiento de esta cavidad fue obra del acaso; un talud de detritus de rocas y tierra vegetal cubría y ocultaba la entrada, no distinguiéndose en ella más que el agujero de una cueva de conejos. Un labrador de la comarca, de nombre Bonnemaizon, ocurriósele un día introducir la mano por dicho agujero y extrajo del interior un hueso voluminoso; deseoso entonces de satisfacer la curiosidad que aquello le produjo, empezó á cavar sobre el talud por la parte inferior del agujero y después de algunas horas de trabajo, tropezó con una piedra plana (dalle) que obstruía una abertura abovedada. Quitada la piedra se encontró en presencia de una gran cavidad sembrada de osamentas humanas.

La noticia de este hallazgo no tardó en difundirse y de todas partes afluan los curiosos, tratando de explicar cada cual el origen de

aquellos restos humanos, cuya excesiva fragilidad atestiguaba claramente su remota antigüedad.

Los viejos de la comarca evocaron el recuerdo, ya casi extinguido, de una banda de monederos falsos que había explotado el país 50 años atrás. La explicación satisfizo al público y desde ese momento se consideró la caverna como un antiguo asilo ó guarida de malhechores, que queriendo borrar las más leves huellas de sus crímenes ocultaban los cadáveres de sus víctimas en esa gruta, de ellos sólo conocida.

El comisario de Aurignac hizo reunir todas aquellas osamentas y las inhumó en el cementerio de la parroquia; no sin notar antes que, además de los esqueletos se habían extraído también de la gruta cierto número de pequeños discos, formados por la concha de una especie de molusco (*cardium*); discos en todo semejantes á ciertos ornamentos de la antigüedad asiria, encontrados en Nínive.

Diez y ocho años más tarde pasó por Aurignac el profesor Lartet, se le refirió lo ocurrido, y como nadie, ni el sepulturero mismo, conservaba recuerdo del sitio preciso en que habían sido enterrados estos huesos, el citado profesor resolvió practicar excavaciones en la gruta misma encontrando en ella verdaderos tesoros inesperados. El suelo de la caverna estaba

intacto, cubierto de una capa de tierra húmeda y menuda mezclada con fragmentos de roca, y fuera de la caverna una capa de cenizas y carbón subyacente á una compuesta de detritus de huesos y tierra vegetal. El suelo interior de la gruta contenía osamentos de osos, de zorros, de rengríferos, de caballos, todo mezclado con vestigios de la industria humana primitiva, hachas, punzones, cuchillos de sílex y entre otros objetos un colmillo de oso groseramente esculpido en forma de cabeza de pájaro.

Profundizando las excavaciones se descubrieron esqueletos de osos, del gato salvaje, de la hiena de las cavernas, de lobos, de mamouths, de ciervos, de bueyes, de rinocerontes, en fin una verdadera arca de Noé.

De estos descubrimientos y después de largas y pacientes investigaciones dedujo el profesor Lartet que la caverna de Aurignac era un sepulcro humano; contemporáneo del mamouth y de otros grandes mamíferos de la época cuaternaria.

La fragmentación de los huesos practicada en el sentido de su longitud, demuestra claramente que aquella tenía por objeto la extracción de la médula ósea; las huellas ó estrías que presentan prueban que la carne á ellos adherida se desprendió, á favor de instrumentos cortan-

es y las cenizas indican la existencia de un hogar, de un fogón, donde se quemaban los huesos, que se encontraron calcinados.

Hé aquí los interesantes descubrimientos de cuyo estudio dedujo el profesor Lartet la coexistencia del hombre y de los grandes mamíferos antidiluvianos.

Pero el testimonio irrecusable de la existencia del hombre en la época cuaternaria no pudo verificarse hasta 1863 con el descubrimiento de un maxilar humano en el terreno diluviano de Moulin-Quignon; descubrimiento comunicado por M. de Quatrefages al Instituto de Francia y que produjo gran sensación entre los sabios ingleses más especialmente ocupados de la materia, como Christy, Cárpenter y otros que acompañados de varios miembros de la Academia de ciencias de París visitaron el yacimiento de Abbeville, reconociendo unánimemente la exactitud de las conclusiones deducidas por el infatigable arqueólogo de Abbeville.

El hallazgo, pues, de este maxilar humano en el terreno cuaternario de Moulin-Quignon complementó la demostración de una doctrina que contaba ya con un número inmenso de testimonios irrecusables; y á partir de ese momento, la prodigiosa antigüedad de la especie humana es un hecho científico perfectamente comprobado.

Respecto á la clasificación geológica del terreno que pisó por vez primera la planta humana, está también demostrado que el hombre vivió cuando los últimos representantes de las especies animales ya extinguidas como el mamouth, la hiena de las cavernas y el rinoceronte tiorinus, existían todavía.

¿En qué punto del globo apareció el primer ejemplar de nuestra especie? Casi todos los naturalistas están de acuerdo en admitir que el hombre surgió á la vida en las grandes planicies del Asia central, esparciéndose de allí á las diversas regiones habitables de nuestro globo; y la acción del clima, del medio físico, de la alimentación, determinaron por su influencia constante y secular las diferentes razas blanca, negra, amarilla y roja con sus infinitas subdivisiones.

Por más que pese á nuestro orgullo, el hombre al aparecer sobre la tierra, era un sér débil, miserable, arrojado indefenso, inerme, en el seno de una naturaleza inclemente y salvaje; y serían tan rudimentarias las excelencias de su intelectualidad que muy poco debió haberse distinguido de los brutos.

La satisfacción de sus necesidades era su única preocupación; todos sus esfuerzos convergían á un objeto único, asegurar la subsistencia cotidiana.

Careciendo de armas en su primitivo origen con que abatir los animales salvajes, su alimento primero debió haber consistido en raíces y frutas. Y cuando provisto ya de armas daba caza á alguna presa, devorábala sangrienta todavía, se cubría con su piel; las duras piedras de las selvas serían su almohada; tendría por techo el sombrío follaje de los árboles, ó algún antro oscuro y tenebroso como refugio contra los ataques de las fieras.

Cuánto tiempo duraría ¡cuántos siglos! ese estado miserable? nadie podría decirlo.

Pero el hombre es perfectible; el progreso es su ley suprema, su atributo más alto, el que le confiere la preeminencia y la soberanía sobre los demás seres que le rodean.

Pero cuán vacilantes é inciertos debieron haber sido sus primeros pasos en la ardua senda de su progreso y desarrollo! La primera adquisición de su espíritu inculto y rudimentario á precio de cuantos esfuerzos y fatigas produciríase!

Y sin embargo, cuando al principio de la época cuaternaria se cubrió de nieve toda Europa y las nieves polares invadieron el ecuador y del vértice de las montañas bajaron al fondo de los valles, avalanchas de hielo, período glacial que aniquiló un gran número de generaciones de animales y que debió haber atacado también al hombre, éste, tan mal defendido contra

este invierno universal y súbito, resistió á las inclemencias de aquella naturaleza convulsa y agitada.

Cuando las nieves fueron poco á poco retirándose hacia las latitudes setentrionales y sobre los vértices de las cordilleras, apareció una nueva generación de animales, otra fauna, que no difería mucho de la que acababa de perecer en el cataclismo de nieve.

Falange de fieras ante las cuales el hombre primitivo no podía pensar sino en huir.

El primer paso del hombre en la senda de su mejoramiento fue la conquista del fuego. El acaso entró por mucho en esta preciosa adquisición; quizás el hacinamiento de sustancias orgánicas en fermentación; quizás al roce de dos pedazos de sílex surgió la chispa que se propagó á una sustancia inflamable.

El procedimiento que más comunmente empleaba el hombre cuaternario para procurarse fuego, era el mismo que empleaban los indígenas de América, cuando Colón los sorprendió por vez primera en las riberas del nuevo mundo, frotando el uno contra el otro dos trozos de madera seca ó haciendo girar con rapidez una extremidad aguda cualquiera en un agujero practicado en el tronco de un árbol ya seco.

Con la adquisición del fuego nació la industria del hombre; él le servirá para confeccionar los primeros alimentos, para templar los rigores del invierno, para guarecerse en la noche tenebrosa de las selvas contra las fieras que le rodean en el silencio de las noches y en fin él congregará al rededor del hogar las primeras familias al amor de su lumbre.

ELÍAS TORO.

Caracas: Enero 1898.

ATOMOS

I

Como el buzo descende á lo profundo,
á tu alma bajé:
y cubrióse tu rostro de una intensa,
extraña palidez;
ufanada de hallarme en el enigma
un nombre pronuncié...
volvió la calma á tu alterado rostro,
sonreíste después...
como la antigua esfinge tu secreto
permanecía en pie!

II

Un año más del tiempo en la premura
Es átomo de arena
Que arrastra el huracán en la llanura...
¡Ay cuánta dicha pura,
Y enervadora pena,
Eslabonan del mundo la cadena!

..*

Mas un consuelo bienhechor nos queda:
Cual se deslizan del placer las horas
También las del pesar torturadoras
Lleva en sus giros la voluble rueda.
¡Bendita ley de la inconstancia humana
Que así el placer con el dolor hermana!

III

Buscada es la discreción
como perdido tesoro
pues cierra con llave de oro
las puertas del corazón.

Mas un tesoro se sabe
en este siglo es escaso
y se hallan á cada paso
los corazones sin llave.

POLITA DE LIMA.

Coro: 15 de Diciembre de 1897.



—Escriba usted para este número la Revista de nuestra fiesta—me dijo ayer Herrera.

—¿Con qué?—le pregunté.

(Herrera asombrado).

—Hombre, con qué va á ser? Con pluma, papel y tinta.....

—No sería mejor con pincel de seda?

—Con lo que usted quiera. Lo que yo necesito es la Revista.

—Es que.....

—Es que usted está entregado á una pereza vituperable, hace mucho tiempo, amigo. Saúdala usted y escriba.....

Latigueado por aquellas crueles palabras salí decidido á cumplir mi cometido para echárselo luégo en cara al señor Herrera.

Y bien sabe Dios que con la mejor voluntad del mundo acabo de sentarme frente á mi mesa de trabajo.

Tengo la pluma, el papel y la tinta antedichos.

Pero hoy es un día espantoso; uno de esos días en que, á mi pesar, palidezco ante un puñado de cuartillas, como periodista inválido al fin. Me amedrenta la faena, me horroriza la crónica. Estoy por maldecir la hora en que me comprometí á escribirla.

—Una cosa tan fácil, una crónica—dirán ustedes.

Eso es: una cosa que yo he hecho tantas veces jugando, como si dijéramos, en cuestión de momentos, apremiado por el tiempo. Ah! Por aquel entonces era yo dueño del buen humor, de la invectiva amable, de la frase flexible, de la idea nueva—sí no lo toman á mal los que hoy se creen con derecho á todo eso—Papel, pluma y tinta, nada más pedía yo. Ahora lleno de zozobra, desesperado, loco como el infeliz autor de *Boule de Suif* pido sobre estos chirimbolos “mis ideas,” y pregunto:

—“¿Dónde están; dónde están esas ideas mías. Alguno de ustedes las ha visto por ahí?”

Y las busco por los rincones del despacho, por sobre las mesas, detrás de los tinteros, en todas partes, como si fueran cosas tangibles las ideas, aquellas que salieron siempre retozonas de mi cerebro, sedientas de luz.....

Mis ideas! En solicitud de las muy pícaras salgo hoy á la ventana. Un sol potente, deslumbrador y bravío lanza destellos luminosos sobre la tierra regocijada y envuelve en magníficos oleajes las rojas techumbres de las casas, las blancas paredes, las estrechas calles y los árboles del jardín vecino; donde un pájaro despreocupado, irguiéndose sobre la rama de un naranjo puebla el espacio de una interminable serie de atronadores, acaloradísimos gorjeos. Dijérase que quiere echar los pulmones por la boca. Es un pájaro sin temor al que dirán, sin pizca de vergüenza: tiene algo de mi juventud ese pájaro, porque aturdido, esado, desenvuelto, como él, era yo en mis buenos tiempos de crónista infatigable. Yo escribía al modo que el pájaro cautaba: sin arte, sin respeto á la gra-

mática, pero con decidido amor á la gloria, con un caudal de ideas que ahora me hacen mucha falta para llenar estas cuartillas que destino á la Fiesta artístico-literaria celebrada por EL COJO el día de Año Nuevo en la Biblioteca Nacional.

* * *

Y ahora caigo en cuenta de que eso, precisamente fue lo que yo ofrecí á Herrera Irigoyen, cuando me brindó pluma, papel y tinta: la Revista de su gran fiesta.

Porque esa fiesta es suya, *suysima*; proteste él si le viene en gana de mi honrada afirmación, pero no me borre ni una línea de lo escrito. Ello sería un abuso; no lo autoriza la amistad, ni lo tolera mi dignidad de periodista, señor Herrera: así se enoje usted y se dé á todos los diablos.

La fiesta del día de Año Nuevo es suya.

Y por otro lado vamos á ver. ¿Qué quiere el director de EL COJO ILUSTRADO que yo haga? ¿La descripción del acto verificado en la Biblioteca?..... Pues ya es pedir gollerías pedir la revista de una fiesta que debía grabarse en el periódico, no con letras de imprenta sino con rayos de luz.

Había de venir á pintarla cualquiera de nuestros primeros artistas de la palabra y como no pusiera á contribución, para hacerla, otra cosa que las bellas y peinadas frases de uso en estos casos, no saldría de fijo de tan gravísimo aprieto ni con todo un empedrado de "esmaltes y camafeos." Aquí quisiera yo ver al escritor más calificado traduciendo en vocablos bizarros la voz angelical de la Budriesi; la ejecución maravillosa de la señorita Domínguez Olavarría que convierte el piano en orquesta y la no menos admirable de María Irazábal cuyos finos dedos de artista transforman el teclado en escala de murmullos de amor. Aquí quisiera yo verlos poniendo en prosa los acordes del violín soberano del señor Hass; aquí, diciendo como leyó Díaz Rodríguez el poema de Mata y como arrancó aplausos nutridos y sinceros Méndez y Mendoza con los frescos y delicados versos de Luz, de ese poema que tiene toda la inocencia de una virgen de quince años.....

Esas revistas no se hacen, ó se hacen en verso. Queda uno mal por más que pretenda quedar bien. La prosa es una cosa excelente, lo sé, y por ende se la recomiendo con toda mi alma al señor Herrera. Pero la prosa sólo puede copiar lo que ve en prosa. Y en la Biblioteca Nacional yo no vi ni sentí más que poesía..... Flores, músicas, elogios, aplausos y sonrisas de mujeres bellas, arrebatadoras, de formas juveniles y gloriosas, de ojos negros, melancólicos, desmayados, húmedos de emoción.....

¡Cuando digo que estas cosas no pueden hacerse más que en verso!

Una sola vez miré hacia un grupo cuyos trajes formaban todos los colores de una paleta y tuve que volver la cabeza al sitio donde Rufino Blanco acababa de sentarse. La abundante cabellera del poeta empezaba á descender y en breve tiempo logró cubrirle parte del rostro. A poco rato sobre la silla del joven laureado no se distinguía sino una cascada de cabellos.

Juanito estaba representado por una melena.

* * *

No representado por una cabellera de artista sino por la cabeza pensadora de un

hombre eminente, del señor doctor Rafael Villavicencio, estubo allí el Presidente de la República.

Y "el señor Presidente—dijo su ilustre representante—que no ha podido concurrir á este acto como lo deseaba, por habérselo impedido el cumplimiento de deberes oficiales, me ha encargado presentarnos, con tal motivo, sus excusas; al mismo tiempo que, al entusiasta y progresista director de EL COJO ILUSTRADO, señor Herrera Irigoyen, sus calurosos parabienes porque, no contento con fomentar la cultura en Venezuela por medio de la pro-

nalmente vencedores y vencidos, pudiendo decir cada uno de ellos:

—“Yo también soy poeta: yo también pulso “una lira en cuyas cuerdas vibra el canto “triumfal que enaltece la gloria de mis hermanos en el Arte.—Yo también soy poeta; y ni “jamás los lauros de otra frente asombraron la “mía, ni las tristezas de la envidia la tificaron “de mortal palidez.”

“Sí, señores: hemos presenciado un acto verdaderamente civilizador.

“Y como el civilizar no es pasatiempo estéril, ni mera presunción, ni alarde vanidoso; síguese de ahí que tal acto no se ha efectuado para que caiga sobre él triste silencio, sino á fin de levantar los espíritus á la serena región de la verdad, de donde llueve la belleza, y á donde tiende con fuerza irresistible la inspiración del genio, para manifestarse luego en obras de arte, símbolos de progreso, las únicas que perduran en el tiempo y constituyen título de inmortalidad.

“Los magistrados de la antigua Roma en los buenos tiempos de la República, al despojarse de la autoridad, juraban haber respetado la majestad de las instituciones; y nosotros, los honrados para constituir este Tribunal, cumplido ya nuestro encargo, juramos no haber tenido en mira sino los fueros del arte propiamente dicho, á saber:—el libre ejercicio del ingenio en el orden; la manifestación de la verdad en la belleza; el vaticinio de venideras formas superiores que acerquen cada vez más y más las sociedades á la pacífica posesión del bien.

“Del bien, señores:—atributo supremo de la Divinidad y testimonio de su presencia entre los hombres.

“Aunque ello lastime la modestia de los propietarios de EL COJO ILUSTRADO, no parece justo prescindir de presentarles públicas felicitaciones por haber promovido este acto, é iniciado con él juegos literarios que acaso habrán de conaturalizarse entre nosotros para honra y fama de nuestros ingenios nacionales.

“En nombre del JURADO que me ha tocado presidir y en el mío propio, saludo y felicito á los poetas y á los escritores laureados, y les deseo nuevos y nuevos triunfos para prez del Arte y gloria de la Patria.”

Y tiene razón el Presidente del Jurado exigiendo á esos jóvenes nuevos triunfos; porque en Venezuela, como en casi todos los pueblos latinos, se padece de una enfermedad nativa que Sellés con su gran talento ha calificado admirablemente de *Meridionalismo espiritual*! una enfermedad que no se cura.

Y el meridionalismo—según él—es “el entusiasmo pronto y el cansancio fácil: el pasar rápido del holocausto al olvido”.....

Que no se figure esa juventud que lo ha conseguido todo y que es dueña del mundo porque ha alcanzado una pluma de oro en buena lid y en buena lid ha conquistado una medalla que disputaron muchos.

Quiera Dios que á ninguno de esos jóvenes se le suba la medalla ó la pluma á la cabeza, porque entonces estamos perdidos: tendríamos que declararlos genios y los genios en estos tiempos no se usan, no están de moda, ó por lo menos no se dan como las cosechas de café, ni entran muchos en libra.

* * *

Para concluir.

Me autorizo los presentes consejos por dos razones, á saber: porque estoy en vena de un



ANITA BUDRIESI

paganda hecha á diario en su periódico, ha tenido la feliz idea de promover esta lid en que han cruzado sus armas nuestros inteligentes adalides; no, empero, armas destructoras, sino armas creadoras y civilizadoras, que el astro sombrío de la discordia se retira, y hunde en el horizonte ante el sol radioso de la civilización que se levanta. Lucha ésta, gallarda, magníficamente coronada por tan simpática fiesta en que todo concurre al cultivo del espíritu y al encanto del sentimiento. De mí sé decir que es uno de los momentos más agradables de mi vida.”

Luzgo se puso en pie don Marco-Antonio Saluzzo y se expresó en los siguientes términos:

“Hemos presenciado, señores, un acto verdaderamente civilizador.

“Protegió el amor al Arte; lo realizó el ingenio; y el culto pueblo de Caracas lo ha prohijado para registrarlo, de seguro, en sus anales como hecho plausible.

“¡Looor á los Mecenas! ¡Gloria al numen patrio! ¡Aplauso al pueblo que así sabe galardonar con laurel y encina como con mirto y rosa!

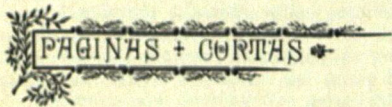
“Tras galano torneo en que gallardos caballeros de la lira se han emulado para alcanzar la prez de la victoria, confúndense frater-

darlos— lo cual es una razón concluyente— y porque sé que no lo echarán á mala parte ni Mata ni Blanco Fombona, á quienes resueltamente le enderezo á título de amigo y compañero..... Juntos toda la vida, marchando en una misma peregrinación, alentados por idénticas creencias, con iguales ó muy parecidas ambiciones, derrotados ó victoriosos en un mismo campo de batalla, apenas si en las rabiosas faenas de la vida se ha visto interrumpida la comunidad entre nosotros. Mis repentinas excursiones al extranjero me distanciaron de ellos en varias ocasiones; á ratos la política da un estirón y nos separa: la literatura nunca!

Por eso el día de la fiesta organizada en honor de estos muchachos, al pasar yo revista al mundo literario allí reunido y ver que faltaban muchos de nuestros sabios, muchos de nuestros poetas egregios, muchísimos de nuestros críticos insignes, estuve á punto de echarme á llorar.

Afortunadamente las antedichas eminencias fueron ventajosamente sustituidas por lo mejor y más bello de nuestro mundo femenino. Entonces comprendí que no hacían falta y que no todos nuestros sabios son ilustres, ni todos nuestros poetas insignes. Hay algunos que la opinión pública señala como tales, pero ya saben ustedes que la maledicencia en Caracas no respeta nada. No hubo allí "egregios," es verdad, pero hubo, según dije antes y me complazco en repetir ahora, mucha poesía, muchas flores, música, aplausos de manos menudas, canto de ángeles y ojos negros, desmayados, brillantes, húmedos de emoción.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.



La Mariposa y el Caracol

Hallábase una pintada mariposa sobre los brillantes pétalos de una flor, abanicándose lentamente con sus alitas y bañando su cuerpo, avaro de los besos de la luz, en los tibios rayos del sol.

Yo no sé como, es decir, sí lo sé: arrastrándose y manchándolo todo con su baba, llegó hasta la flor misma que servía de sede á la mariposa, un pardo caracol.

Lanzó la sorprendida mariposa un grito de desagrado al ver tan cerca de sí al repugnante bicharraco, y voló rápida hasta otra más elevada rama.

—¡Miren la necia!; ¡miren la orgullosa!— exclamó el ofendido caracol, al ver la fuga de su antigua amiga.—¿Te olvidaste ya de nuestros hermanos, los de la tábula inmortal? ¿Ya no te acuerdas de cuándo, más repugnante que yo, eras un torpe gusano que se honraba con mi amistad al arrastrar su cuerpo por los fangales, medio escondido entre la maleza? . . .

—¡Si me acuerdo, amigo mío! Me acuerdo de todo ello con repugnancia, con asco y hasta con vergüenza. De lo que no te acuerdas tú, es de la penitencia que para purificarme me impuse dentro de mi capullo; abandonando el fango; huyendo del bullicio de la libertad; abrasando mi sér en ansias de nueva vida; sorda y ciega á todo lo que no fuese regeneración. . . Ignoras mi dolorosa transformación en crisálida; mis padecimientos valientemente sufridos y heroicamente soportados para clavar en mi cuerpo estas alas que ahora admiras; mis constantes desvelos para romper la cárcel en que voluntariamente encerréme; mi acción de gracias, en fin, al verme libre de tu grosero medio de vida, que lo tue mío. ¿Qué has hecho tú mientras tanto? . . . ¡Seguir arrastrándote por el lodo!

—*Mírame, pues, como soy, y no te canses en recordarme lo que fui. . .* En vez de avergonzarme, puedes dar lugar á que me enorgullezca . . .

Nostálgicas

EXPRESAMENTE PARA «EL COJO ILUSTRADO»

Á LINO BETANCOURT E.

—Adiós—la dijo él con voz llena de ternura infinita.

—Adiós—respondió ella, arrasados en lágrimas los ojos.

Se estrecharon las manos en un trémulo apretón; se miraron apasionadamente; él espoleó el manso caballo y partió con el corazón repleto de tristeza; ella quedó como electrizada mirándole alejarse hasta que su silueta se perdió en lontananza.

El no lloró en aquel momento porque era hombre; pero una vez en el camino, fuera de la ciudad, iba secándose los ojos con el pañuelo.

El negro mismo que le servía de espaldero y que había presenciado la tierna despedida, llevábase de vez en cuando á los ojos la manga de la camisa.

Media hora anduvieron sin pronunciar una palabra, que á veces lo más elocuente es el silencio.

Por fin Emilio interrumpió su mudez preguntando al negro:

—¿La viste llorar, José?

—Sí, señor—dijo el negro con voz entrecortada—y usted también como que lloraba hace poco—agregó con aire de franqueza y de temor.

—¿Quién no se emociona, José, en un momento como ese? Decir adiós por vez primera á la mujer que se ama . . . Sería necesario no amar de veras. Las lágrimas se agolpan involuntariamente á los ojos cuando dejamos atrás, sabe Dios hasta cuando, acaso para siempre, á un sér que nos es tan querido.—¿Tú no te has enamorado nunca, José?

El negro se turbó todo con aquella inesperada pregunta.

—Yo sí me he enamorado, señor, y fue cierta vez que una india me jizo tilon entre pecho y espalda. Pero yo no sé dame cuenta como usted de lo que es eso.

Emilio sonrió maquinalmente.

—Dichoso tú que no lo sabes. Pero nada haría yo con explicártelo si no puedes entenderlo. Sin embargo, tú eres hombre como yo y como los demás, tienes un corazón, y es allí donde reside ese gran sentimiento que llamamos amor. ¿Quieres saber lo que es? Enamórate sinceramente de una mujer, pero de una sola, y luégo auséntate de ella como yo: verás como te sucede lo mismo que á mí.—El verdadero idioma del amor no se compone de palabras como los idiomas de los hombres, sino de miradas y de lágrimas. Así es que la mejor explicación que te puedo dar de lo que es amor, ya la has tenido en esta despedida.—Amarse y despedirse, sabe Dios hasta cuándo, acaso para siempre. . . Una vez dijo un gran poeta: "¡Cuán triste está el alma cuando está triste por el amor! ¡Qué vacío produce la ausencia del sér que por sí solo llena el mundo."—Dichoso tú, José, que no lo entiendes, porque tu rusticidad no te lo permite.

Hubo otros instantes de silencio, durante los cuales ofase ran sólo la marcha de las bestias. Luégo llegó la noche, y mientras los dos viajeros dormían, el negro soñaba que ya entendía lo que el amor era, y suspiraba por su perdida felicidad.

RAFAEL VILLAPOL.

San Fernando:—1897.

UNA CARTA DE MUJER

Nunca sabrás cuánto me cuesta contestar á tu carta. No es que renueve en mí dolorosas memorias; es que al fijarlas para escribirte, caigo en la cuenta de que son memorias de cosas pasadas, cuando mi pensamiento no sabía diferenciar el recuerdo de la esperanza. De un largo amor que vive la vida entera del amor; con sus torpezas y balbuceos de niño, primero; con fogosos arrebatos de joven, después; reflexivo y prudente, más tarde; al cabo, fatigoso, desengañado, para morir como viejo, con cualquier pretexto más que de enfermedad; de este completo amor sólo puede quedarnos el recuerdo que de los muertos queridos nos queda. Pero un amor que no ha envejecido ni ha muerto en nuestro corazón, un amor juvenil que sin tristezas ni desengaños ni cansancio huyó de nuestro lado, ¿cómo recordarlo sin que el recuerdo acaricie como una esperanza? Pasó..... ¿Para siempre? ¡Si era todo vida y juventud! ¿No le quedará vida para volver? ¡Dices que se acuerda de mí! ¡Como que asegura con su risa burlona, esa risa que parece el llanto de los que no pueden llorar, que he sido uno de los amores más largos de su vida! ¡Ocho días! Una eternidad para él, que cuenta los días por los amores. ¡Pobre amiga mía! ¿Crees seriamente que no es D. Juan tan temible para los hombres ni para las mujeres como pregona la fama escandalosa de sus aventuras? ¿Dices que en esa ciudad no ha dado muerte á nadie ni ha enloquecido á ninguna mujer? ¡Y si al final fueras tú la enloquecida, y tu digno esposo y señor, el muerto? No burlas con D. Juan, no halagues tu vanidad de mujer juzgando que puedes humillarle y vengar con su humillación á cuantas infelices fuimos víctimas suyas. D. Juan lleva en su alma todas las energías del hombre y todas las sutilezas de la mujer. En su alma ve reflejada la nuestra como en un espejo. Quieres fingir con él, y ganándote por la mano, antes de que tú llores, llora; antes de que le pidas celos, te da satisfacciones; antes de que tú puedas aparentar un dolorcillo de cabeza, te obligará á velar á su cabecera toda una noche, porque desenejado y convulso te dirá que ha tomado un tósigo. Con él no es posible prevenir quejas ni caricias, resistencias ni favores; siempre apercebido, te desconfiada, te enloquece, y en una hora jura y golpea como un rufián, y suspira madrigales como un trovador, y te acobarda, y se postra á tus pies, y blasfema, y reza, y ríe burlón, y llora como un niño..... No es un hombre, no; no es un amor; es todo el amor..... Desde que huyó de mi lado, á mi lado está siempre, rival de todos mis adoradores, impidiendo que un nuevo amor borre su amor de mi memoria. ¿Qué podrán decirme que él no me dijera? Cada uno de los que me enamoran es sólo un aspecto de D. Juan. Huye, huye de él si aún es tiempo; no le conoces, no sabes quién es... Ya ves, al darme sus señas me dices que sus ojos son negros..... Yo estoy segura de que eran azules.

JACINTO BENAVENTE.

PRINCESAS ITALIANAS

(POR JEAN LORRAIN)

Regnier Grimaldi, señor de Mónaco, regresaba de la conquista de Londres á favor del Rey de Francia; volvía á sus Estados á través del ducado de Borgoña y el reino de Provenza; y hacía alto en Avignon. Tenía entonces allí nuestro Santo Padre el Papa su alegre corte de sonetistas y baladistas; trovadores todos de los llamados de la Compañía de la Gaya Ciencia. Encontrábase entre ellos un cierto Galeas Alesti, florentino de origen y poeta de ocasión, que en la tarde, á la mesa de Su Santidad y acompañado del bandolín, iba á celebrar la beldad de una genovesa incomparable y ya famosa en toda la Provenza y las Marcas de Italia por su cabellera opulen-



SECCION RECREATIVA

Espíritus

Según lo que dicen los espiritistas, los espíritus tienen bien poca cosa que hacer en el otro mundo. No solamente se complacen en obedecer á los caprichos del primer medium que se presente, llámese Mahomet ó Carlomagno, y en detallar las mayores necesidades, sino que también siguen con curiosidad de tontos póstumos las vulgares distracciones con que se divierte por algunos instantes la debilidad humana. Por lo menos esto es lo que afirma un medium muy conocido en Londres: *Mme. Brencley*.

Ella va mucho al teatro y siempre ve moverse, alrededor de los principales actores, un cortejo de espíritus atentos y conmovidos. Irving, por ejemplo, es tan apreciado en el otro mundo como en el nuestro y con la misma impaciencia esperan en cada sesión, la reapertura del Liceo.

Siempre que *Mme. Brencley* ha oído á Irving, ha notado, particularmente entre la multitud de sus pálicos auditores, un anciano encorvado, de nariz gruesa, y el cabello mal peinado; que se coloca á corta distancia del actor. En los momentos patéticos eleva las manos en señal de admiración y desaparece momentos antes de caer el telón.

—*Miss. Ellen Terry* seduce particularmente á “los espíritus de niños” que forman á su alrededor los más graciosos grupos.

En las piezas donde hay un traidor, el actor encargado de este papel está rodeado generalmente “de espíritus de aspecto miserable y malvado” que acaban siempre por hacer huir á los inocentes y jóvenes admiradores del talento de *Miss. Terri*.

—*M. Wilson Barrett* no atrae sino un solo espíritu del otro mundo: “un individuo de cuarenta á cuarenta y cinco años, alto, gordo, blanco, que siempre tiene favoritos”; pero se ve tan claro que á veces no se sabe si es un espíritu ó un personaje real, y tiene tanta gracia y una presencia tan natural que *Mme. Brencley* no duda que ha sido actor.

Las representaciones teatrales no son las únicas distracciones á las cuales los espíritus se complacen en asistir, ellos van á todas las fiestas.

En la última conmemoración de Nelson, *Mme. Brencley*, pasando por Trafalgar Square, vio por encima de la multitud al célebre Almirante que se destacaba entre un numeroso grupo de marineros ingleses; notó también que Nelson, el héroe de la fiesta, “había recobrado el brazo perdido en la batalla y que la mayor parte de los marineros estaban mancos.” El autor señala simplemente esta particularidad y no la explica.

La mayor altura alcanzada en una montaña

Ha sido practicada por primera vez la ascensión del Aconcagua cuya enorme cima, aunque situada á 150 kilómetros del Océano, se ve desde alta mar. El guía guizo Zurbriggen es quien ha verificado esta hazaña. Partió con un turista inglés, *M. Fitzgerald*, pero éste no pudo llegar hasta la cima, y Zurbriggen, después de dos ensayos infructuosos, subió solo. La ascensión presentó grandes dificultades. Los profundos valles y las cadenas de montañas sobre las cuales se eleva el Aconcagua, fueron de penoso acceso. En cuanto á la parte superior de la montaña, forma un soberbio cono sobre el zócalo que le hacen las grandes altiplanicies. Un ancho páramo cubre la base. Aunque está lleno de hendiduras, se puede atravesar sin muchos esfuerzos; y más arriba, estas asperezas son difíciles de trepar por la poca densidad del aire y por la frecuencia de tormentas. En 1883, *M. Gussfeldt* ensayó subir, pero no pudo pasar de 6.560 metros. A esa altura dejó su tarjeta en una caja de hoja de lata. El guía Zurbriggen la encontró, y alcanzó la cima, que pasa de 7.000 metros. Este es el punto más elevado que se ha podido trepar hasta hoy.

El movimiento de población en Nueva York

En 1886, cuando se temía la invasión del cólera, se fundó en Nueva York una *Oficina sanitaria* que desde entonces presenta todos los años una relación muy detallada del movimiento de población de la gran ciudad americana y de su estado sanitario.

El último informe de esta oficina es relativo al año 1896. Allí se ve que la población de Nueva York, el 31 de diciembre último, era de 1.934.077 habitantes; que los nacimientos del año fueron 55.623, los matrimonios 20.513, y las defunciones 41.652.

Los nacimientos representan pues 28,78 p. 1.000 de la población total. Comprenden 1.032 varones para 1.000 hembras. A propósito de este número de nacimientos,

un tanto, una tarde que Regnier se encontraba en París, en el Palacio de la Reina, los cortesanos,—aicalados, eucos, lucidos, exhalando finos olores del justillo de espejeante seda,—trabaron torneo de bullangueras vanidades, de galante garrulería, de jactancias amorosas, á cual más orgulloso de su éxito; y detallaban las bellezas milagrosas y los secretos de las señoras de sus pensamientos y galanteos, cada quien pretendiendo superar á los otros. Grimaldi, sentado á distancia, se conservaba taciturno, cerrados los labios á todas aquellas fanfarronadas.—“Y tú, Mónaco! dijo de pronto la Reina, interpellando á aquel hombre sombrío, tú no tienes una beldad á quien alabar, valiente como eres y vives sin amor, ociosa la mirada y cosida la boca? Qué! No amas? Hé ahí una mezquindad para un bravo como tú! A lo que Regnier contestó, haciendo un desdenoso movimiento de cabeza: “Y qué tendrías yo que responder á Vuestra Majestad? En mi país las mujeres tienen balanceo de olas en las caderas, todo el sol en la sonrisa y todo el cambiante azul del mar en los ojos: yo soy de Provenza, Señora!” Y como todos los mirlos y papagayos de cortesanos se sonriesen de aquel Mónaco enamorado de todas las mujeres de su Provenza y que no tenía una para sí, agregó: “La princesa de Mónaco, señores, es tan bella, que para ir á encontrarla en Génova, á casa de su padre que vendía hierro viejo, fleté galera en Marsella, aunque jamás la había visto; pero su fama de bella había atravesado el mar. La princesa de Mónaco es célebre en todas las costas de Provenza y de Italia, y entre otros tesoros y rarezas, posee la más ligera, ondulante y abundosa cabellera que ha ostentado jamás mujer alguna después de santa Magdalena..... Es éste, por lo menos, el dictado de un país de azul.” “He contestado, Señores!” A lo que la Reina, un tanto picada, puesto que también se enorgullecía de poseer largos y finos cabellos de oro, repuso: “En verdad, Mónaco, tengo curiosidad de ver esa famosa y magnífica cabellera; no podrías traerme á la corte ese vellón luminoso?” Grimaldi se incorporó recto ante el trono de la graciosa Majestad: “Señora, respondió, los deseos de Vuestra Majestad son órdenes; voy, pues, señora á buscar esos cabellos que deseáis ver.” Y haciendo una gran reverencia, abandonó el palacio, yendo escoltado hasta el umbral por un súbito silencio.

Estuvo ausente dos largos meses, durante los cuales los cortesanos, á quienes había mortificado, reprendieron sus censuras á la presunción y arrogancia de Mónaco. “Ese, sin duda, ha encomendado esa princesa de cabellera feérica, á alguna hechicera de su país de Provenza. Qué disfraz irá á traernos? Algún negroito..... esos provenzales!..... alguna morita comprada á piratas!” Y así seguían los maldicientes, y la Reina comenzaba á prestar oídos á aquellas murmuraciones maliciosas pues era mujer aunque reina y de humor travieso y denigrante. Una hermosa tarde de agosto, los heraldos de servicio anunciaron de pronto á Regnier Grimaldi.

La rubia Majestad se levantó de su trono; Mónaco estaba solo. “Solo! Mónaco, acaso te has burlado de nosotros?” Solo no, pues dos valets, vestidos con los colores del señorío, llevaban por las asas un pesado cofre de hierro cubierto con terciopelo de Venecia carmesí.

Depositaron el cofre ante el trono; Mónaco lo abrió y sacó de él una larga y pesada cadena de seda dorada, luciente, bruñida y fluida, una pesada cadena de oro vivo, un manto de luz y de ámbar perfumado,—se habría dicho la aurora tejida,—y todo el palacio oscuro fue iluminado de pronto.

Mónaco, de pie, peinaba con sus dedos morenos el vellón de luz.

La Reina había comprendido: “Te había pedido la princesa, no su cabellera; Mónaco, como has podido cometer semejante sacrilegio, semejante crimen de lesa-beldad? Qué! Has cortado los cabellos á tú mujer?”

Entonces, Grimaldi replicó: “Vuestra Majestad me ordenó traerle la cabellera y no la princesa; en primer lugar, la mujer es para mí y la guardo; habéis deseado conocer los cabellos; estáis satisfecha, no es cierto?”

Y como la Reina, juntas las manos de éxtasis, los ojos desmesuradamente abiertos, deslumbrados, no cesase de repetir: “Cortar esos cabellos es un atentado, un delito, un crimen de lesa-beldad!”

—Tranquillizaos, Majestad, interrumpió aquel hombre terrible, no he cortado sino un mechón!

ta, ligera, blonda y larga, la más maravillosa guedeja de mujer que se vio jamás en las costas del Mediterráneo después de la de Santa María Magdalena; la cual, como se sabe, es la patrona de Provenza y reposa en la gruta de Sainte-Baume, en las perfumadas soledades del llano de Aups, á los pies del Pilou.

Isabel Asinari era el nombre de aquella beldad encasquetada de oro escarlata, como el mismísimo duque Aquileo, proclamaban los versos del florentino;

y que á modo de espléndido atavío llevaba sobre el seno de alabastro

del sol de agosto el resplandor bravío...

añadía á guisa de ribete cierto rondel de ministril turenés, de histrioncillo de Languedoil, venido no se sabe cómo á la corte de los Papas. En suma, Isabel Asinari era el delirio de todos los punteadores y quimeristas del Palacio de Avignon. Su nombre y su elogio estaban en todos los labios; y el señor de Mónaco, devoto ferviente, como todo buen provenzal, de santa Magdalena, intrigado por Aquella Asinari rival en cabellera de la pecadora muy amada, acosado por extraña curiosidad y acaso por naciente amor, supo que Isabel Asinari era hija prudente y pia, y que vivía honestamente en Génova, en casa de su padre, comerciante en hierro viejo del barrio del puerto.

Deseó conocer aquella belleza encasquetada de oro como un héroe de Homero; y despidiéndose de su Santidad, abandonó á Avignon en la noche, llegó impaciente á Marsella, en donde fletó galera y sin tocar siquiera en su peñón de Mónaco, enderezó hacia Génova, presa ya, el pobre, de furiosa fiebre de amor.

Grimaldi encontró á la bella en el domicilio paterno, la rueca en la mano. La casa de Génova daba para el puerto y la sala en donde estaba la joven recibía la luz por una ventana desde la cual se veía el mar. Cuando el señor de Mónaco fue introducido en aquella sala, todo el azul del cielo y el del océano entraban por el hueco de la celosía abierta á causa del calor. Un gran lis rojo, colocado en un vaso en el rincón de la ventana, se estremecía luminoso á compás de la brisa. La hija del genovés, creatura de marfil, tal era de mate su piel, entornados los párpados, serena la frente, se mantenía inmóvil bajo sus cabellos de oro rojo, en medio de aquel intenso azul en donde flameaba una flor. Y Grimaldi encontró que los poetas no habían mentido.

No, el florentino no había mentido, ni tampoco el rondel del poeta turenés; ni unos, ni otros. Firme y pálida, con sus cabellos y sus largas pestañas caídas, Isabel Asinari era bella como la estatua de una santa embutida en una vidriera; pero ésta era para Isabel todo el azul mediterráneo. Así nimbada, sonriente, velados los ojos, se habría dicho que Isabel dormía; Grimaldi, palpitante de emoción, la contemplaba en silencio, cuando la bella levantó lentamente, muy lentamente, los párpados. El señor cayó de rodillas y la saludó como un moro habría saludado á la Aurora, pegada la frente á las baldosas y los brazos abiertos.

Para él, para Grimaldi, el alba acababa de anunciarse; el alba de amor empezaba. Fue un minuto de eternidad..... Pero como Grimaldi era tan devoto de las santas como ferviente adorador de las jóvenes hermosas, pidió la mano de Isabel á su padre; y como era un muy poderoso señor, de alto linaje é insolentemente rico, aquel consintió en que se casasen en el día siguiente, en tanto que ya Grimaldi se había apoderado de la mano rosa de la joven y la devoraba á besos.

Las nupcias fueron magníficas; su esplendor asombró al siglo. Luégo que terminaron, Grimaldi condujo á su esposa á su peñón de Mónaco. Los habitantes mismos, habituados al más radiante de los soles, saludaron deslumbrados el acontecimiento y un heraldo recorrió el país, pregando la belleza esplendorosa de la princesa rubia: “Ahora es en Mónaco en donde se levanta la aurora de Génova.” Después, Regnier volvía al mar y á sus aventuras de corsario, al servicio de los Lys de Francia, y la blonda Asinari permanecía un tanto triste en presencia de la mar azul, en medio de la embalsamada y florecida soledad de cactus de su peñón coronado de torres.

Por más enamorado que se fuese en aquel tiempo, se estaba antes que todo al servicio del Rey; y los Lys pasaban primero que el amor.

Ahora bien, durante una de aquellas cortas treguas en que ingleses y franceses se reponían

nótase que la mayor parte provienen de matrimonios mixtos (americano inmigrado y americana); pues los matrimonios entre americanos son cada vez más infrecuentes.

Los nacimientos ilegítimos son solamente 1.092; pero ya se sabe que en Nueva York el matrimonio de costumbre, admitido en el derecho común, se limita a una asociación libre de dos personas, sin ninguna otra ceremonia. Los niños nacidos de gente de color no son sino 751.

La proporción de los matrimonios es de 21,22 sobre 1.000 habitantes.

En fin, la proporción de las defunciones es de 21,54 p. 1.000. Comparando esta proporción a la de 33 p. 1.000, que era normal en el momento en que fue fundada la *Oficina sanitaria*, se tendrá una idea de los progresos realizados en el dominio de la higiene pública en Nueva York.

Sin embargo, todavía hay mucho que hacer, pues las dos quintas partes de los muertos son niños de menos de cinco años; y sobre todo, 1.763 han sido atribuidos a la difteria.

Una carta de Molière

De un periódico europeo, tomamos la siguiente traducción de francés antiguo:

"De España sabía poco, pero la admiraba..... Hoy advierto que se ha representado en el Teatro de la Princesa de Madrid mi *Don Juan*.

He leído también las notas críticas, razonadas unas, crueles otras, insignificantes algunas, con que han registrado en las alcabalas literarias de España el nuevo género de que soy introductor.

Mucho agradezco su elogio a los críticos que quisieron regalármelo, como de buena fe perdono y acepto, porque mi condición es franca y risueña, las sabias lecciones fundadas en antigua experiencia del carácter español y de su teatro, que se han servido darme autorizados juicios.

Pero tengo un resquemor que me punza y atosiga, y quiero quitármelo de encima y cedérselo a dos ó tres criticones de la corte.

Durante mi vida accidentada y errante vi mucho de lo que es el mundo, y en él no poco sufrí.

Con mis cómicos y danzantes estuve a punto de morir, víctima del hambre, muchos días, y de dormir al raso algunas noches, presa del sueño.

Allá en el tabladillo de Pezenás, donde escribí y representé algunas *faras* y subrayé con mis propias espaldas palizas y mojicones de que luego gustosamente hice partícipes a los personajes de mi teatro, aprendí a conocer el sufrimiento, tanto de lo de dentro del cuerpo, es decir, del alma, como de lo de fuera, ó sea la piel.

Supe apreciar lo que es un tirón de dentista lugareño y un recorrido de barbero aldeano, y en mi historia tales desahucos escritos están.

Luego en París, y ante la corte, la gente dorada me castigó con rigores iguales a los que la gente del bronce me había inferido. Porque es el mundo, hay que convenir en ello, "bola ruin que rueda sin cesar, y cuya corteza es igual por todas sus partes," sin que a ella salgan accidentados ni promotorios marcados por distinciones y preeminencias sociales.

De cuanto sufrí en el mundo y me prometí sufrir en la inmortalidad a que me han condenado mis obras, nada se parece al nuevo tormento que me aguardaba.

Si antiguos críticos y pedantes rebajaban mis méritos, el valor que concedían a mi persona curábase abiertas heridas.

He recorrido el mundo apretando bondadosas manos y sufriendo dolorosos puntapiés, recibidos con sonrisas en un lugar, con gesto ceñudo y *donjuanesco* en otro: mi nombre es universal, y hasta mis enemigos se interesan por mí y me miden por la importancia que tengo, gracias "al favor de *Mr. le Roy* y de las naciones de Europa."

Había de venir a España para que algunos críticos y subterfijos de éstos, menospreciadores de lo que ignoran ó enemigos del ajeno bien, y que como los criados de un teatro repiten lo que oyen al amo, me tratasen, transcurridos ya doscientos años de mi fama, al igual de como me trataron en mis principios de cómico andante ó de la *legua*, allá por los pueblos y aldeas de Francia.

Créy yo entonces cosa de plebeyos, de bárbaros y de rústicos aquel menosprecio de lo mío; pero hoy veo que tales sentimientos de indiferencia se acogen por parte insignificante, pero muy volandera de la crítica cortesana y presumida.

¿Sueño, pues? Soy Poquelin, cómico aún, blanco de insultos, de escupitajos y de cáscaras de fruta, ó soy Molière, el Molière de mármol que desde la escalinata de la comedia francesa alegra a Francia toda y rejuvenece diariamente el espíritu galo con burlos y eterna sonrisa?

En tales dudas sigo al ver que hoy día se me descubren en Madrid, y una vez descubierto, no falta quien

se aburra ó se duerma con aquellas pesadeces y ridículas inocentadas que entusiasmaron al pobrete de Mozart y mantuvieron en honda preocupación a ilustrísimos críticos.

Soy, pues, un primerizo, innovador del teatro, pobre autor mendicante a quien se niega lo que pródigamente se concede a los autores de "género chico."

En mi vida, según cuentan mis biógrafos, me sucedió una escena famosa, aquella del *médigo* en que inspiré la del *Don Juan*.

Quiero dedicársela a ciertos críticos de espulque, por que soy un poquito rencoroso.

Al pedirme limosna en París un pobre, equivoocadamente le dí dos luises de oro, que el honrado mendigo se apresuró a devolverme.

Entonces no pude menos de exclamar, movido á respeto:

—Virtud, ¿dónde te anidas!

Al ver, pues, cómo van las cosas hoy por lo que respecta á cierta crítica, digo:

—Crítica, ¿dónde estás?

J. B. POQUELIN (antes Molière.) París."

Por la copia,

BRANTOME.

Hallazgos arqueológicos

La Sociedad arqueológica de Atenas hace desde algún tiempo excavaciones en Etolia, con el objeto de descubrir algunos vestigios de la antigua ciudad de Thermos, donde se convocaba todos los años el congreso panetoliano; estas excavaciones acaban de tener un resultado inesperado. Los obreros han encontrado una placa con una inscripción, perfectamente conservada, que indica el lugar donde está situada la ciudad de Thermos.

Y en efecto, el inspector de la sociedad que presidía las excavaciones, descubrió en seguida una galería de cinco treinta metros de largo y cree que debe ser el recinto donde se reunían los representantes de la Etolia.

En el fondo de la galería se encontró una segunda inscripción que tiene el nombre de Agólais de Neupacte, general de la liga etoliana, citado en las obras de los antiguos Griegos.

Esta es la Historia exhumada poco á poco.

Erupción de un ventisquero en Islandia

Hace algunos meses, un viajero que atraviesa las arenas de Sakeitara, en el sur de Islandia, fue testigo de una curiosa erupción. De repente, oyó ruidos que salían de un ventisquero situado á 3 kilómetros distante de él, y vio enormes masas de hielo lanzadas del ventisquero en los aires; esto fue seguido de la irrupción de un raudal de agua que descendía hacia la arena. Naturalmente nuestro hombre huyó y habiendo vuelto una semana después, encontró una banda de olas de hielo que se extendían del ventisquero al mar, sobre 40 kilómetros de largo, ó de ancho y treinta metros de altura.

Ingenio de los animales

Se acaba de descubrir en el sur de la bahía de Hudson un curioso pez, cuyo nombre científico no está determinado; en el dialecto de los Indios tiene el nombre local de *amadós*, que significa "cargador de piedras."

Estos animales tienen, en efecto, la costumbre de amontonar en el fondo de los ríos, piedras que pesan hasta una libra.

Cada otero encierra por término medio el valor de una carretada de piedras, traídas todas por estos peces, y constituye un pequeño monumento cuyos intersticios reciben los huevos.

Las lluvias y las tempestades; su distribución en el globo

El director del observatorio de Odessa, después de largas y pacientes observaciones meteorológicas y climatológicas, ha presentado un curioso trabajo relativo á la distribución de las lluvias y de las tempestades sobre la superficie del globo.

Según lo que él dice, de ambos lados del ecuador existe una zona de actividad eléctrica intensa que corresponde exactamente á la región de las mayores lluvias. En toda esta región las tempestades pasan de ciento por año. A partir de esta zona determinada—de 0 á 20 ó 25° de latitud en los dos hemisferios—las tempestades son menos frecuentes, y en los climas templados no pasan de treinta por año.

También hay países donde no solamente no se conocen las tempestades, sino que no llueve jamás. Estos países privilegiados son: Finlandia, Islandia, el norte de Siberia, el Turkestan oriental, Nueva Zembla y todas las tierras árticas. El frío es quizá más fuerte en la mayor parte de estos lugares, pero es mucho más saludable.

Coloración sin colores

Coloración sin colores? Si, señor: pueden obtenerse colores sin la menor pintura. A primera vista, el enunciado parece absurdo; pero no lo es, en absoluto. ¿Acaso se le han aplicado colores al nácar? ¿Se le han aplicado tintas á las bombas de jabón? ¿A las alas de las mariposas ó á las irrisaciones del acero? Y, sin embargo ¡cuán hermosos tintes! qué vivos colores!

Es la luz la que hace los tintes. Que un cuerpo absorba todos los rayos del espectro, menos uno, y aparecerá con un color único: aquel que su constitución le permita reflejar. Un cuerpo es rojo, por ejemplo, sólo porque no refleja sino los rayos rojos, mientras que absorbe los otros que componen la luz blanca. Lo mismo acontece con los cuerpos azules, verdes, amarillos, etc. Se comprende, pues, que para colorar un cuerpo sin la intervención de sustancias tintóreas, bastará modificar su superficie de manera que pueda reflejar á voluntad tales ó cuales rayos de los que forman la luz blanca.

M. Charles Henry, del laboratorio de psicología de la Sorbona, ha tenido la buena idea de modificar directamente la superficie de los cuerpos, creando así la industria nueva de la tinte sin colores. A decir verdad, en este procedimiento de M. Henry, se trata sobre todo de producir irrisaciones de vivos colores, á fin de obtener artificialmente lo que la naturaleza ha hecho en las alas de las mariposas, etc. La causa de estas irrisaciones es muy conocida de los físicos. Cuando la luz cae sobre una lámina delgada, se forman en la superficie reflexiones múltiples y como los rayos componentes tienen diversas longitudes de ondas, llegan al ojo aisladamente y los tintes se distinguen como á través de un prisma.

Para obtener la completa separación de esos tintes, es preciso que la luz caiga sobre una película muy delgada, de algunos milésimos de milímetro.

M. Henry ha pensado obtener esas películas delgadas con esencias en suspensión en el agua. Este impregnado refleja admirablemente los colores espectrales, pero el agua se evapora y desaparece el tornasol. Es preciso fijar luego la capa. M. Henry ha llegado á ese resultado disolviendo en las esencias ciertas resinas que después de la evaporación se insolubilizan bajo la acción de la luz y depositan una capa sólida extremadamente delgada. Las resinas empleadas son, según las aplicaciones, resina de Damar ó betún de Judea, y el disolvente, benzina ó esencia de trementina. Estas capas delgadas se aplican sobre papel, vidrio, etc., y las irrisaciones son muy vivas. La *tricomatina*, como se llama la nueva industria, podría propagarse para papeles de tapicería, vidriería de lujo, etc.

El precio de fábrica sería ínfimo, puesto que sólo se tendría en cuenta la obra de mano. Es claro que los colores físicos tienen más brillo que los colores pigmentarios y que la luz no ejerce sobre ellos acción química ninguna; pueden, pues, conservarse indefinidamente.

Falta saber si podrán variarse suficientemente los tintes y obtener otra cosa que simples irrisaciones.

El procedimiento apenas nace, pero promete.

Curioso lago en Alaska

Un periódico de Quebec habla de un lago extraordinario, que está situado en la región atravesada por el Yukón, célebre ahora por los ricos *placeres* del Klondyke.

Este lago, al cual un misionero que lo descubrió, el P. Tossi, dio el nombre de Salawik, ofrece el fenómeno extraño de no helar en invierno, como lo hacen todos los de esta región del extremo Norte. Además, aunque no se le conoce comunicación con el mar, su nivel sube al mismo tiempo que la marea en las costas del océano Glacial.

Si el lago Salawik no hiela, no es porque sus aguas sean muy saladas (no lo son absolutamente) sino porque su temperatura se eleva en invierno de tal modo que sería agradable bañarse.

Las aguas de este lago [que mide 60 millas de ancho] se convierten entonces en refugio para todos los peces de los ríos que lo alimentan y la afluencia de ellos es tan grande que se podría cogerlos con la mano y matar una cantidad considerable con un palo.

Fotografías sin luz

M. Russell acaba de descubrir á la *Sociedad Real* de Londres, curiosas observaciones relativas á la influencia ejercida, en la oscuridad, sobre placas sensibles, por ciertos cuerpos y metales.

M. Russell ha probado, en primer lugar, que el mercurio, el zinc, el magnesio, el cadmio, el níquel, el aluminio, el plomo, el bismuto, el estaño, el cobalto y el antimonio, después de estar expuestos una semana en completa oscuridad, frente á una placa sensible, producen una impresión muy visible sobre esta placa; mientras que el oro, el hierro y el cobre tienen una acción muy poco marcada.

Si se opera sobre una superficie de zinc grabado, la imagen obtenida reproduce muy claramente los

dibujos del grabado, aunque el metal y la placa estén separados por una delgada película de gutapercha ó de celuloide. La operación, repetida con diez metales untados de barniz copal, da resultados muy superiores á los obtenidos con metales solos.

El físico inglés ha encontrado, además, que el cartón, y sobre todo el cartón de paja ordinario emite también radiaciones activas. La madera, verde ó seca, se encuentra en el mismo caso; así, una rama de alerce produce una excelente imagen, mostrando todos los detalles de sus capas modulares y corticales. El carbón de madera activo también en un estado ordinario, pierde esta propiedad especial cuando se calienta durante varias horas en un crisol cerrado.

También hay que notar los resultados obtenidos por M. Russel con las tintas de imprenta.

Con tintas de cierta composición, las reproducciones han sido de una claridad notable.

La naturaleza del fenómeno que permite la fotografía en la oscuridad está todavía muy mal definida. Sin embargo, dos puntos están bien establecidos: el primero es, que el aumento de temperatura de los cuerpos activos aumenta notablemente su influencia; y en seguida, que el vapor de agua no favorece absolutamente su acción. Cuerpos que á 0 grados no tenían acción ninguna, dieron imágenes muy claras á 70 grados centígrados.

En resumen, en el estado actual de la ciencia, parece que este fenómeno se puede atribuir á alguna forma ignorada de la energía, más ó menos análoga á la que descubrió y estudió hace algún tiempo M. Gustave Le Bon, con el nombre de *luz negra*.

Nuevo perfeccionamiento de la radiografía

M. Abel Duguet, profesor en Rouen, acaba de presentar un nuevo sistema para la radiografía.

Cuando se trata de obtener la fotografía de un objeto algo grueso, se necesita un tiempo bastante largo. Los rayos X irradian de todos lados sobre la placa y acaban por impresionarla tan bien, que la imagen carece de claridad.

M. Duguet ha vencido esta dificultad colocando detrás de la placa fotográfica una hoja de plomo, metal difícilmente atravesado por los rayos X. La placa, garantida de este modo, no sufre la influencia de los rayos fuera de la imagen, y ésta sale muy clara.

El autor de este procedimiento ha radiografiado el interior de un reloj con hoja y sin hoja de plomo. En el último caso, la prueba es apenas visible, mientras que en el primero, todo el mecanismo del reloj aparece con claridad perfecta. Lo mismo ha sucedido con las municiones de un fusil Lebel; con la hoja de plomo la imagen de las balas se reproduce perfectamente.

Cosas inglesas

Parece que el príncipe de Gales no es ya el árbitro de la moda en Inglaterra. Ahora es Miss Vesta Tilley, cantante de *café concierto*, que aparece siempre á la escena vestida de hombre y se aprovecha de la inmensa fama de que goza en el sexo fuerte para presentar corbatas, cuellos, puños, calzado, chaquetas, levitas, vestidos de *lawn-tennis*, de ciclista y hasta pañuelos de nuevo modelo. Su reputación ha llegado á ser tan grande, que un periódico de Londres creyó que debía hacer interrogar á Miss Vesta Tilley.

"Atribuyo mi éxito, ha declarado miss Vesta [nombre predestinado], á que estudio mis vestidos de hombre con la misma atención que una mujer se pone á estudiar sus trajes.

Los hombres no pueden hacerlo, y además, ellos no tienen iniciativa en esto. Por otra parte, los sastres me sirven con entusiasmo porque saben que yo les hago adquirir gloria y fortuna. Un día vi llorar de emoción á un sastre que me vio con unos pantalones salidos de su sastrería. Este era un espectáculo nuevo para mí, pues hasta entonces no había visto llorar á otros sastres, que aquellos á quienes no les era pagada la factura.

Monos obreros

Se ha hablado ya de la utilización de los monos en las minas para organizar los cuartos extraños; conviene pues reconocer que esta no es la primera vez que las cualidades del mono han sido utilizadas.

Los Chinos, por ejemplo, emplean este animal para la recolección del té, y en América están tratando de utilizarlos para recoger la cosecha de algodón!

A propósito de esto, un oficial de marina dice que posee hace mucho tiempo un mono muy hábil para maniobrar el cabestante; otro calentaba el horno y buscaba al cocinero en cuanto el fuego estaba preparado.

Fabricación de relojes en Suiza

Suiza produce tantos relojes como los otros países del mundo reunidos, y el valor de esta producción puede ser estimada en 100 millones por año. En 1896, la exportación fue de 93 millones, 9 más que en 1895.

El número de los relojes de oro, plata níquel y de los aparatos sin cajas fabricados el año pasado ha sido de 5.695.579, y á esta cifra hay que agregar 5.315 piezas complicadas como cronógrafos, repeticiones, etc. Esta producción es mayor en 700.000 piezas á la del ejercicio precedente.

Entre las piezas exportadas, los relojes de oro entran por 30 por ciento, los de plata por 48 por ciento y los de cualquier otro metal por 22 por ciento.

Distribuyendo por día el movimiento de exportación de estas piezas, se encuentra que Suiza envía todos los días á Alemania 3.671 relojes; á los Estados Unidos 1.345; á Austria, 1.243; á Rusia 1.217; á el Asia Oriental 1.063, á Italia 915 y á Francia 319.

En tanto que Alemania recibe, sobre todo, relojes de oro y de plata (39 y 25 por ciento de la exportación total), la Gran Bretaña pide relojes de metal (29 por ciento), y los Estados Unidos piden movimientos acabados, sin cajas (78 por ciento.)

Quedan las piezas complicadas, de las cuales la Gran Bretaña recibe 46 por ciento, Francia 24 por ciento y Alemania 11 por ciento.

Agreguemos á estos objetos las piezas de música, siempre de moda en Alemania que absorbe en ellas, más de 3 millones de bolívares [25 por ciento de la producción.]

Los Estados Unidos no son tampoco insensibles á los encantos de estos objetos y piden casi como Alemania [22,5 por ciento.]

El reloj de oro tiende decididamente á democratizarse: su precio baja en razón del adelgazamiento de las cajas que va en aumento.

En 1885 tenía el precio medio de 66 bolívares, y en 1896 ya no valía sino 54.

En el mismo espacio de tiempo, el precio del reloj de plata ha bajado de 20 á 13 bolívares y de metal ordinario de 12 á 9 fr. 50.

Grandes incendios

Con motivo del espantoso incendio que hace poco destruyó un número considerable de edificios en Londres, dice un periódico europeo, lo siguiente:

"Si se exceptúan los incendios ocasionados por las guerras, tales como el de Moscú en 1812, el de París en 1871 ó bien los de las ciudades del nuevo mundo como Nueva Orleans ó Charlestown, donde las construcciones de madera estaban en mayoría, no se conocen sino dos siniestros del mismo género, el de Hamburgo en 1842 y el de Londres en 1866. Es verdad que en estas dos ocasiones el desastre fue incomparablemente mayor de lo que es hoy día.

El incendio de Hamburgo duró tres días enteros; redujo á ceniza varias iglesias, el Hotel de Ville, la Bolsa y cerca de cinco mil casas.

El de Londres, más terrible aún, duró cinco días y consumió noventa iglesias y catorce mil casas. Entre los edificios destruidos, se encontraba el palacio de Whitechapel, cuyos techos estaban pintados por Rubens; era una de las más bellas é importantes decoraciones que ha hecho el maestro flamenco. Quedó completamente destruido, de manera que esta ha sido una de las pérdidas más sensibles que ha sufrido el arte moderno.

El incendio de Hamburgo consumió también obras de arte de gran valor. La vieja y opulenta ciudad hanseática poseía, en efecto, admirables monumentos de la Edad Media y del Renacimiento, testigos de su gloriosa historia, que contenía tesoros artísticos; gran cantidad de estos monumentos fueron destruidos por las llamas de 1842.

Diversas Enciclopedias escriben con este motivo que el incendio "no fue una calamidad para Hamburgo," pues estando aseguradas la mayor de las casas, en nada sufrió la riqueza de la ciudad. Al contrario, el fuego "hizo desaparecer multitud de calles estrechas y tuertas, casas mal construidas y permitió hacer magníficas calles, canales, puentes y bellas tiendas."

Dos inmensas correas

Un periódico de electricidad de New-York menciona la fabricación de dos correas de inmensas dimensiones.

La primera tiene 2,100 m de ancho, 60 metros de largo; pesa 2.500 kilos y ha necesitado el empleo de 569 pieles de buey.

La segunda—una correa articulada—tiene también 60 metros de largo, 1,30 de ancho, 2 centímetros de grueso, pesa 2.000 kilos y está formada por 400.000 eslabones.

Alimentación de un hércules

Se trata de Eugenio Sandow que se considera como "el hombre más fuerte del mundo."

En un momento en que estaba en perfecta salud y no seguía ningún régimen se examinó lo que comía en un día y se calcularon las diferentes materias útiles que encerraban sus alimentos. En el desayuno, compuesto de sopa, papas, ternera, guisantes, rosbif, pudín, torta y cerveza, absorbe 63 gramos de proteína, 25 de grasa y 72 de materias hidrocarbúreas. En el almuerzo las cantidades respectivas de estas sustancias nutritivas son 77, 63 y 154 producidas por ostras, sopa, peces, papas, granos, tomates, pan, rosbif, pollo, un helado, un sorbete, tortas, bizcochos y mantequilla. En fin, su comida encierra 244 gramos de proteína, 151 de grasa y 502 de materias hidrocarbúreas. Agreguemos que Sandow no come nunca hasta saciarse.

Antropología

EL PITHECANTHROPUS ERECTUS

Ni el hombre es mono, ni éste es hombre: verdad evidente. Pero el mono grande es un predecesor, casi un antepasado. A lo menos, así nos lo reza una multitud de antropólogos. Se contesta:—anatómicamente no es así: existen cuantas diferencias son posible entre el chimpanzú y el propio hombre prehistórico. Y replican: esas diferencias no son definitivas, son estadas en la evolución que ha hecho pasar progresivamente al mono al estado de hombre. En fin, á este respecto habría mucho que decir. Vale más seguir á los antropólogos en su argumentación. Si hay evolución, en alguna parte debe encontrarse el tipo intermedio entre el hombre y el mono. Pero en vano se ha registrado en las capas terrestres; no se ha encontrado por todas partes sino osamentas decididamente simianas, ó perfectamente humanas. Ello era bastante grave para los partidarios de la evolución. Ahora se nos anuncia decididamente el descubrimiento del tipo intermedio, de aquel que dejó de ser mono y comenzó á ser hombre. El descubrimiento es de un valor inapreciable para la ciencia antropológica. Su origen es el siguiente:

El doctor Eugenio Dubois, médico militar holandés, encontró en 1891—92 en Java, extraña osamenta fósil, que atribuyó incontinenti á una especie intermedia entre el mono y el hombre. Bautizó esta especie con el nombre de *Pithecanthropus*. El hallazgo hizo gran ruido: primero fue negado, luego confirmado. La sociedad de antropología de París resolvió pedir á Java un vaciado de la osamenta. El doctor Dubois contestó cortemente que no sólo enviaría vaciados del cráneo y de los dientes, sino que él mismo sería portador de las piezas originales.

Así lo ha hecho. Los huesos recogidos se componen de un fémur, dos dientes y un casquete craneano. Estos huesos están petrificados, lo que hace presumir en su favor una gran antigüedad. La petrificación es en todo análoga á la de otros huesos de especies diversas, en parte extintas, y provenientes de las mismas capas. Es ello una garantía de la identidad del yacimiento y una prueba de que el todo pertenece á lo menos al cuaternario. Este yacimiento se extiende en una gran longitud de varios kilómetros; sin embargo, los cuatro huesos recogidos por el doctor Dubois lo fueron en una sola y misma capa muy poco espesa y en un desarrollo de 15 metros solamente; en el resto del yacimiento no se encontró nada análogo. Es, pues, una presunción más de que los cuatro huesos pertenecen á un sólo y mismo individuo.

A este respecto, dice M. de Mortillet: "El fémur, que según los dibujos y las fotografías, parecía ser, si no idéntico por lo menos muy próximo al fémur humano, se distingue de éste cuando se examina el original." Parece que existen otras diferencias que ha caracterizado M. Manouvrier. La más notable á primera vista es la gracilidad del hueso con relación á su longitud. Nosotros tenemos fémurs más gruesos. A pesar de esa delgadez, el sér á que perteneció el hueso era francamente bípedo y de andar recto. Fue por esto que M. Dubois agregó á la denominación de *Pithecanthropus* el epíteto de *erectus*.

El examen del casquete craneano demuestra también que el nombre genérico de *pithecanthropus* es exacto. Semejante casquete, en efecto, no es humano; menos aún simiano. Es, como ha opinado la escuela de antropología de París, incontestablemente una especie intermedia: los dos tipos á que más se aproxima son: por una parte, los cráneos neanderthaloídes; y por otra, los cráneos de los gibones, pero gibones mucho mayores que los actuales. De todo se deduce formalmente que el descubrimiento de Java viene á llenar un vacío entre el mono y el hombre.

Nuestro abuelo sería decididamente el *Pithecanthropus erectus* de M. Dubois. Los antropólogos pue-

den tener razón y el descubrimiento de este sér transitorio, tan buscado ha tiempo, señalaría una época importantísima en paleontología como en filosofía. Pero el hallazgo es único: ya se ha objetado que el individuo es quizá un caso patológico. ¿Por qué se ha encontrado en Java ese sér y no en otra parte hasta ahora? ¿Tiene aquella región el monopolio de la especie? Seamos prudentes en nuestras conclusiones. Antes de afirmar de modo absoluto la realidad del sér intermedio entre el mono y el hombre, sería conveniente que se solicitasen todavía osamentas más numerosas que no dejasen dudas. Cuando hayamos coleccionado doce..... acaso comenzaremos á convenernos.

Henri de Parville.

Literatura moderna

Por contener referencias á Venezuela, en el orden intelectual moderno, creemos útil dar á conocer algunos párrafos que encontramos en un notable diario francés. Dicen:

Alemania, Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Serbia y Venezuela creen todas á la vez que los simbolistas son toda la literatura francesa, que el arte dramático reside en la Obra, que Viélé-Griffin ó Gustavo Kahn son grandes poetas y que Camille Mauclair tiene talento. De igual modo, la Francia, cuando se ocupa de cosas del extranjero, está persuadida de que los escritores de la "Joven Alemania" son, en país germánico, los únicos dignos de atención y que en Alemania no hay otra literatura sino aquella. La Francia se equivoca, así como se equivocan Serbia y Venezuela. Viélé-Griffin, Gustavo Kahn y los discípulos de Hauptmann tienen poco más ó menos igual importancia. Los últimos no son para sus compatriotas más que los primeros para nosotros. Aquellos y éstos son profetas fabricados para la exportación. Uno de los mejores críticos de Ultra-Rhin ha escrito un interesante artículo, publicado ya en la *Revue des Revues*, que confirma una vez más nuestras ideas. Es á propósito de una pieza nueva de George Hirschfeld, *Agnès Jordan*. "La joven literatura dramática alemana, dice el crítico, que toma el pseudónimo transparente de Rudolf Scharf, no hace mucho progreso. Se obstina en marchar por los rastros de Ibsen y no tiene ni el valor ni el talento de abrir nuevos senderos. De vez en cuando se nos anuncia, á tambor batiente, la ascensión de alguna estrella, no catalogada aún, al zenit de la gloria, en donde está destinada á brillar con poderosa intensidad, pero apenas aparece la estrella, defrauda las promesas de los astrónomos que habían medido su altura con teodolitos muy complacientes y la oscuridad en medio de la cual fulguró un instante, vuelve á hacerse más espesa. El teatro alemán se ensombrece, en efecto, por un fastidio voluntario, tanto más insoportable cuanto que los autores se creen obligados á no llevar á la escena sino tesis psíquicas, ó mejor, psiquiátricas, que no tienen ni siquiera el mérito de la originalidad.....

"Lo que sobre todo debe echárselos en cara á estos autores jóvenes, venidos después de Hauptmann, es que no son sino *acodajes*. Ya se sabe lo que es acordar: enterrar los retoños de una cepa para que arraigue y forme otra cepa.

Hauptmann mismo no es sino un mugrón de Ibsen; los que intentan hacerse de renombre en nuestros diversos teatros, los que tienen acceso los jóvenes, no son,—con una excepción acaso,—sino *acodos* también. Goethe, en una carta á Hegel, pedía plantas nuevas, capaces de dar mejores frutos. Yo busco en vano esas plantas, en la Alemania dramática contemporánea; no existen, no veo tampoco quién nos las pueda traer."

Rumores de diputación

Se ha preguntado á M. Zola si es cierto que él tiene la intención de presentar su candidatura como diputado.

—Absolutamente, ha respondido; y no me puedo explicar de dónde viene este rumor, de que se ha apoderado la prensa. Por el momento, no tengo ninguna ambición parlamentaria y probablemente no la tendré jamás.

—Sin embargo, usted estaría en la Cámara bien acompañado.

—Sí, yo bien sé que escritores como M. Vogué (por quien tengo gran aprecio) saben dirigir á un tiempo la política y la literatura. Yo no podría hacer como ellos: si me dejo seducir por aquélla, abandono ésta, y me costaría mucho semejante sacrificio.

No obstante, yo quizás me resolvería—á lo menos por cierto tiempo—si estuviese seguro de encontrar compensado mi sacrificio. Pero así es de presumir que el parlamento no me reserve sino disgustos. Para brillar allí, es necesario ser orador, hacer vibrar las Asambleas y desgraciadamente yo no tengo este dón. Yo limito, pues, mi ambición á permanecer siendo escritor y merecer las simpatías que algunos han querido manifestarme.

Tratamiento conservador de los dientes

El Congreso de medicina reunido recientemente en Moscú ha indicado un nuevo tratamiento que interesa al público, pues el número de las víctimas de caries dentaria es inmenso. Hasta ahora, para curarla, se tenía que matar el nervio, y en seguida emplomar la muela, lo que exige cierto número de visitas al dentista; y tiene, además, el inconveniente de transformar la muela tratada en un verdadero cuerpo extraño.

Un médico ruso parece que ha inventado una preparación particular, llamada la *formagène*, y gracias á ella, el tratamiento de la caries dentaria ha sido simplificado y puede hacerse de una sola vez; lo que tiene la ventaja de suprimir inmediatamente el dolor y no matar el nervio. Agreguemos que este tratamiento, aplicado por varios médicos rusos en cierto número de casos, ha dado resultados excelentes.

Qué es, pues, la *formagène*? Un cemento compuesto de cierto polvo y de un líquido. El polvo es formado de cal obtenida por la calcinación del mármol y de sales yodadas; el líquido es una mezcla de *eugenol* de ácido fócnico cristalizado y de *lysol*; y los dos están saturados de *gas foemaldehído*.

Mezclándolos se obtiene un cemento que se solidifica en pocos instantes.

En menos de diez minutos, se obtiene la acción calmante y *microbicida* de este cemento, y entonces se puede emplomar la muela y conservarla viva.

El lago Nemi

Próximamente se hará en Roma, en pública subasta, por orden de la autoridad, una venta singular; es la del lago Nemi. Sucede en Francia ó Italia, muy á menudo, que se venden lagos y estanques; pero lo que se vende con ellos, lo que remata el martillo del comisario tasador no es ordinariamente, sino peces. Hay en el lago Nemi tantas cosas, en aquella agua muerta, rodeada de cañas rumorosas y poblada de tantos recuerdos!

En los tiempos antiguos, cuando el bosque cubría las orillas del lago solitario, brillante y sin ondas, era, para la imaginación religiosa de los hombres, el espejo de Diana. *Speculum Diana*. Un templo formidable se elevaba cerca del lago sagrado, y no solamente sacrificaban allí víctimas humanas á la virgen feroz, que desde la ribera de Tauro hasta aquella cadena de montes latinos, "hacía humar la sangre," sino que también una costumbre extraña hacía más sangriento el templo de Nemi. Cada sacerdote, para ser legítimo, tenía que matar con su misma mano á su predecesor, y hecho *Rex Nemorensis*, vivía con la espada en la mano y en la angustia del día fatal en que lo degollaría un rival á quien le esperaba á su vez la misma suerte.

Más tarde, cuando las almas enternecidas de los pueblos del Lacio olvidaron los sacrificios humanos, el agua trágica y casta reflejó las fiestas y los excesos imperiales. Allí flotaban triremes suntuosos, donde se embarcaba Tiberio con familiares, misticos y cortesanos; y el silencio y la inmovilidad del lago eran turbados por los cantos, las risas y la agitación de los remos.

Hace poco tiempo que se han descubierto restos sumergidos de estos triremes, ocultos allí desde hace muchos siglos; se han encontrado también piezas de metal, cabezas de lobos y de leones; cabezas de Médus, de bronce, cuyo trabajo y belleza son admirables, y en fin, inscripciones que atestiguan que uno de los triremes estaba dedicado á Diana: la memoria de la diosa sobrevivía á la decadencia de su altar. Lo que ha sido encontrado no es nada comparable con lo que hay oculto bajo las ondas ilustres de Nemi.

Y todo esto, y la sombra de Tiberio, y el culto sangriento, y la misma Diana, va á ser vendido en pública subasta.....!

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

GENEROSIDAD

I

El hombre de mérito, el hombre que vale, en cualquier sentido que sea, es siempre generoso. Goza en dar, y da siempre de lo que tiene, sea lo que fuere. Si es sabio, da lecciones de sabiduría.

Si es poderoso, da protección.

Si es rico, da dinero y todo lo que con dinero se obtiene.

Si es anciano, da experiencia, da consejos.

Si es viril, da apoyo.

Si es joven, da regocijo y esperanzas.

Si es juicioso, da cordura, da ejemplos de prudencia y sensatez.

Si tiene corazón, da consuelo, da amor, da caridad, que es bastante dar.

Si posee dos ó más cualidades reunidas, da á la vez de todas.

Si se encuentra que nada particularmente posee, ofrece su persona y presta voluntario sus servicios, ora moral, ora intelectual, ora materialmente.

El gran Cervantes dijo: "El honrado da honra, sin poder hacer otra cosa"

II

Este es un termómetro seguro para valorar el mérito verdadero de un hombre.

Quien no es generoso, quien no da siempre y constantemente, y á manos llenas de todo lo que posee; es mentira, ése no puede ser hombre de mérito ni de ningún valor, en sentido alguno. Dice el adagio: "Manos generosas, manos poderosas".

Pero bueno es tener presente las palabras del Evangelio: "Que tu mano izquierda ignore el bien que hace tu derecha".

Textos. "La más noble de las grandezas humanas, es la que huye de la gloria y hace el bien oscuramente". (KLOPSTOCK. *Mesfía*, canto XII).

"Los mejores hombres y mujeres nunca han sido egoístas. Se han dado siempre á los demás, sin consideración por la gloria ó la fama. Han encontrado su mejor recompensa en la conciencia propia del deber cumplido". (SAMUEL SMILES. *El Deber*. Traducido del inglés por D. Emilio Soullère).

"Dar un elevado ejemplo es el más rico legado que uno puede dejar tras de sí; y ser el ejemplo de un noble carácter es la más valiosa contribución que un hombre puede dar en bien de la posteridad". (IBÍDEM).

"L'homme généreux craint de dépenser et aime à donner". (LE MARQUIS D'ARGENSON).

AVARICIA Y EGOÍSMO

I

El avaro por extensión es siempre egoísta; y vice-versa.

Uno y otro vicio son opuestos á la virtud de la generosidad, y á la honradez en general.

Quevedo dijo: "Es de ver si puede ser cruel el dádoso, y justo el avariento".

Texto. "Los hombres que se dejan electrizar por el interés del oro, siempre serán abyectos, y no rehusarán ni el crimen para satisfacer la avaricia que les devora las entrañas. El avaro es egoísta y el egoísta es el peor enemigo de la humanidad". (DE UN PERIÓDICO).

II

El dinero en unos es premio y recompensa; en otros, castigo y tormento.

El castigo del avaro está en su misma riqueza, y Dios para confundirle y mejor castigarle, permite que cada día acumule más y más; pues mientras más bienes posee, más crece en él el ansia de aumentarlos, más desvelos y cuidados le ocasionan, más peligros le rodean, y más le atormenta el temor exagerado, característico en ellos, de perderlo todo.

Hay también avaros pobres, ó pobres que son avaros; pero estos no son sino embriones. El perfecto tipo es el avaro colmado de riquezas, y codicioso de aumentarlas.

"Piensa el avaro que es dueño de su dinero, y es su esclavo". (BARALT. *Dicc. de Galic. Tener*).

Unos cifran su ventura en ser dueños de su dinero; otros en ser sus esclavos. De todo hay en la vida del Señor.

III

El mezquino y el egoísta jamás han sido sino seres despreciados y despreciados, ludibrios de la humanidad. Ellos dicen:

"Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada".

Juzga el avaro en su concupiscencia, que es grande habilidad el no saber ni poder hacer uso de su dinero, ni aun para proporcionarse con él los goces más legítimos y naturales.

Olvida que: "Todos los que necesitan ayuda tienen derecho de pedir á sus semejantes; y ninguno que tenga el poder de concederla puede rehusarla sin faltar". (WALTER SCOTT).

IV

El avaro y egoísta de peor calidad es el que agrada la hipocresía ó gatzmoñería, haciendo intervenir á Dios y á la religión; y cuando llega el caso de favorecer á un necesitado, se excusa é invoca textos sagrados, tergiversándolos á su conveniencia, en apoyo y defensa de su conducta.

Al encontrarse con un indigente dice muy compungido: "Dichoso él, que no le será difícil la salvación, pues escrito está que más fácil es pasar un cable por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los Cielos. ¡Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos!"

O bien dice: "Dios que cuida de las aves que vuelan por el aire, y las alimenta sin que ellas siembren ni sieguen, cuidará de él"; y pasa impávido de largo.

Si tropieza con un afligido exclama: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".

Si con un hambriento: "Bienaventurados los que han hambre, porque ellos serán hartos".

¡Horribles sarcasmos! ¡Sacrillega profanación!

"Pobre es de solemnidad.
Quien no tiene caridad"

B. RIVODÓ.

lágrimas los ojos, veían extinguirse aquella existencia que les dio, junto con la vida material, esa otra vida del espíritu que se manifiesta en ejemplos, consejos y cariño.

Reclinóse para siempre la blanca cabeza de donde sólo brotaron cristianos pensamientos; se cerraron los ojos que miraron compasivos el dolor y la desgracia; enmudecieron los labios prontos á bendecir y perdonar; y dejó de latir el gran corazón que supo inspirar á los suyos la bondad del carácter, la rectitud del alma y la firmeza de las convicciones.

La sociedad de Caracas hizo acto de presente en la desgracia que aqueja al señor doctor Aveledo, testificando así el aprecio en que siempre le ha tenido.

Goce la buena madre de las venturas del cielo!

"Diario de Avisos."—El ilustrado colega, decano de nuestros diarios, consagró su número de año nuevo, impreso en papel de lujo, á festejar la entrada de EL COJO ILUSTRADO en el séptimo año de su existencia. Inserta en su primera página el poema épico intitulado EL COJO, con el cual concurre á ciertos que promovimos, el laureado poeta J. M. Monasterios Velásquez; y en la parte editorial dedica honrosos conceptos á nuestra revista y á la empresa.

La entusiasta manifestación de simpatía de que hemos sido objeto por parte de nuestros amigos y colegas los señores Manuel María Fernández y Monasterios Velásquez, Redactores del *Diario de Avisos*, obliga nuestra gratitud para con ellos; obligación que se hace tanto más grata cuanto que ambos siempre han gozado de nuestra estima por sus cualidades personales y por el fervor patriótico con que rinden su tarea civilizadora en el campo del periodismo nacional.

Don Miguel Ustáriz.—Descendiente de patrios que ilustran los fastos de nuestra magna historia, heredó de ellos la más rica herencia; herencia de virtud que es astro luminoso en la conciencia y savia fortalecedora en el carácter. Llegó á la edad en que se dobla el cuerpo al peso del tiempo y se blanquean los cabellos con la escarcha del invierno; pero todo ello no fue suficiente á amortiguar su fe ni á debilitar su espíritu, que hasta el último momento tuvo plácidas irradiaciones en el seno del hogar.

Fundador de una familia que es honra y prezo de la sociedad caraqueña, llevó á ella la honorabilidad de sus antecesores y la propia hombría de bien, que fue distintivo de su vida de esposo y de padre. Se despidió de los suyos cristianamente, con la satisfacción de haber dirigido su existencia por el camino luminoso del bien. Cuando cerró sus labios, acostumbrados al beso amoroso y al consejo amable, tuvo la fortuna de recoger en lágrimas sinceras, perlas del alma, la recompensa de sus afectos y afanes.

Al presentar á sus numerosos deudos la más sentida expresión de nuestra condolencia, elevamos al cielo una plegaria por el descanso eterno del honorable padre de familia.

Música.—Por distracción al imponer las páginas musicales del número de año nuevo, apareció sin la dedicatoria que trajo en el original el valse intitulado *Sin nombre* de que es autor el señor J. M. Hurtado Machado. Al frente de esa pieza venía el nombre de nuestro ilustrado colaborador señor don Felipe Tejera, lo que nos es grato hacer constar, tanto por el amigo como por el compositor que tuvo la idea de dedicarle su obra.

Pedro Pablo Melo.—En los postreros días del año que acaba de caer en los abismos del tiempo, falleció en esta ciudad el General Pedro Pablo Melo, propietario en los Valles de Aragua, muy relacionado en el alto comercio de la Capital.

En su carrera pública desempeñó puestos

de significación; y últimamente se hallaba investido con el cargo de Diputado al Congreso Nacional por el Estado Miranda.

Presentamos nuestro más sentido pésame á la viuda, hermano y demás deudos del finado.

Club Agrícola.—Hemos recibido la nota que con gusto insertamos á continuación:

CONGRESO DE AGRICULTURA

Caracas: diciembre 23 de 1897.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Con el fin de estudiar y resolver cuestiones relativas al estado general de nuestra agricultura, el Club Agrícola ha promovido la reunión de un Congreso de delegados del Gobierno Nacional, las sociedades idénticas ya establecidas, los gobiernos y municipalidades de los Estados, la Cámara de Comercio y la prensa de la capital. Dicho Congreso se reunirá aquí del 15 al 20 de enero entrante, de modo que tenga tiempo de formular los planes que para la protección á la agricultura haya de presentar á la Legislatura Nacional.

Las cuestiones fijadas á la orden del día, son las siguientes:

Proyecto de formación de un Banco de Crédito Hipotecario, según la última ley expedida por el Congreso de 1896, que modifica las hipotecas en el sentido tantas veces pedido por los promovedores de dichos Bancos.—Formación de Sociedades agrícolas cooperativas en los Estados.—Granjas modelo en cada capital.—Primas á los introductores de nuevos cultivos, á los que mejoren los existentes y á los exportadores de nuevas producciones.—Conferencias periódicas.—Ferias anuales, locales, con premios para las buenas producciones.—Aprovechamiento de los terrenos incultos adyacentes ó pertenecientes á fundos establecidos.—Reglamento rural, policía, contratos entre dueños ó arrendatarios, conservación de bosques, regularización de las talas, etc.—Movilización de las producciones á los centros de venta y de exportación.—Caminos carreteros y vecinales.—Bancos agrícolas cooperativos en los Estados.—Colonias, inmigración y distribución de tierras baldías.—Canalizaciones, conservación de bosques y vertientes naturales.—Reglamentación del servicio militar con el fin de impedir el reclutamiento.

El pensamiento tiene la más favorable acogida, y hay esperanzas de que se realice.

Se espera que usted se ponga de acuerdo con los demás directores de periódicos de la capital, para el nombramiento de un solo delegado representante de la prensa en dicho Congreso.

Soy de usted atento servidor,

R. F. SELJAS.

Josefina.—Llevaba ese nombre la agraciada niña de nuestro amigo el doctor Antonio Ramella, quien en la entrada del nuevo año, en las horas de íntimo regocijo, no pudo apartar de su corazón de padre el golpe con que lo hirió la desgracia.

Nos asociamos al duelo del amigo, y en la lápida que guarda los despojos de Josefina esculpimos el dístico de Cecilio Acosta:

"Lindísimo botón partido en dos,
hojas dio al mundo y el perfume á Dios."

"La Pluma."—Es el título de una revista literaria que han empezado á publicar en Táriba, Estado Los Andes, los señores Miguel Antonio Villamizar, José Gregorio Noguera M. y José Manuel Colmenares P., jóvenes que concurren con bellos esfuerzos al progreso de las letras patrias.

La *Pluma* consta de diez y seis páginas, circula mensualmente, y luce un bello número de colaboradores entre los cuales figura el gallardo poeta doctor Pedro María Morantes.

Saludamos la aparición del colega, que hace honor á la ciudad de Táriba, y celebraríamos que viese recompensada su misión civilizadora.

Leopoldo Díaz.—Insertamos en esta sección nuestra, la carta que ha recibido del eminente psicólogo Mauricio Barrés, el poeta argentino Leopoldo Díaz, apreciado colaborador de esta Revista.

La carta de que hacemos mención fue enviada por el escritor francés al poeta americano con motivo de su reciente y hermoso libro de traducciones, publicado hace poco.

SUETOS EDITORIALES

Reconocimiento.—Impreso nuestro número de gala con anticipación al día de la fiesta del Certamen, no nos fue dado cumplir con el grato deber de protestar nuestro reconocimiento á todas aquellas personas que nos prestaron su valiosa cooperación en la efectividad del concurso y de la fiesta ideada para celebrarlo del modo más lisonjero para las letras patrias, á la cual venimos consagrando con decisión todos nuestros mejores esfuerzos.

Los señores Marco-Antonio Saluzzo, Felipe Tejera, Manuel Díaz Rodríguez y Eloy G. González, que muy atentamente accedieron á nuestra excitación de formar el Jurado, pueden abrigar la firme convicción de que sabemos agradecer el servicio prestado.

La Dirección de EL COJO ILUSTRADO queda una vez más obligada con aquellos ilustrados colaboradores.

Grato es también á la dirección presentar testimonio de reconocimiento á las señoras Mercedes Domínguez Olavarría, Anita Budries y María Irazábal, quienes se prestaron á darle brillo á la fiesta de las letras, alcanzando su objeto del modo más halagador para la concurrencia que premió sus facultades en la música y el canto con nutridos y entusiastas aplausos. De esas merecidas palmas participó el estimable caballero señor R. Hass quien, con talento digno de los mayores encomios, contribuyó á darle esplendor al acto ejecutando con maestría difíciles piezas para el instrumento que inmortalizan Sarazate y White.

Mención especial hacemos en estas líneas, de nuestro apreciable amigo señor Emilio J. Mauri, por su valiosa cooperación en aquel acto.

No terminaremos sin dar las más cumplidas gracias al Ejecutivo Nacional por haber-nos cedido el local de la Biblioteca para la realización de la fiesta y por la parte que tomó en ella la Banda Marcial.

Acepte también la prensa de la capital y del interior, el homenaje de nuestro reconocimiento por los honrosos conceptos con que se ha congratulado con la Dirección de nuestra Revista.

Adelaida Tovar de Aveledo.—Cargada de años y de merecimientos se ha dormido en la tumba, para despertar en las excelsas claridades de lo infinito, la venerable matrona Adela Tovar de Aveledo, madre de nuestro respetado amigo el señor Doctor Agustín Aveledo.

Fundadora de un hogar donde impera la virtud y resplandece el saber, como aquellas santas mujeres de que nos habla el Libro Sagrado, la anciana señora entregó su alma al Creador rodeada de sus hijos y nietos, quienes, oprimido el corazón y bañados en

Octubre 97

París—Neully—Sur—Seine.

Monsieur Léopoldo Díaz.

Consul General—Genève.

Monsieur:

Je vous remercie de vos traductions. Je n'ai vérifié jusqu'à cette heure que les poèmes du Maître magnifique Leconte de Lisle. Il vous a exprimé la satisfaction; Vous ne pouvez espérer un suffrage qui vaille celui-là.

Permettez moi de vous féliciter de l'avoir mérité, et veuillez recevoir mes sympathies très distingués,

Maurice Barrès.

Certamen conmemorativo.—Llamamos la atención de nuestros lectores al siguiente programa para el certamen que próximamente se efectuará en Huelva por iniciativa de la Sociedad Colombina Onubense.

PROGRAMA PARA EL CERTAMEN CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

que se ha de celebrar en Huelva

el 2 de agosto de 1898

en conmemoración de la salida del Puerto de Palos de la expedición que descubrió el Nuevo Mundo

1º El Certamen se celebrará el día 2 de agosto próximo, á la hora y en la forma que designará el correspondiente programa.

2º Podrán tomar parte en el Certamen cuantas personas lo deseen.

3º Los asuntos sobre que éste ha de versar serán siete. Para cada uno de ellos habrá un premio, reservándose la Sociedad conceder también un accésit á las obras que considere dignas. Se reserva así mismo el derecho de imprimir las. Los autores de las composiciones conservarán, sin embargo, la propiedad literaria de ellas.

4º Los temas elegidos son los que á continuación se expresan:

PRIMER TEMA

Una oda á la Unión Ibero-Americana.—Premio de S. M. la Reina Doña Isabel II. Una figura de bronce, representando á CRISTOBAL COLON.

SEGUNDO TEMA

Himno á los descubridores del Nuevo Mundo, para canto, con acompañamiento de orquesta. Forma popular seria, de fácil ejecución y ésta de duración de 20 á 30 minutos. Letra y música á la vez. Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, un precioso FAUNO de bronce.

TERCER TEMA

Canto épico al descubridor del Nuevo Mundo.—Premio de S. M. la Reina Regente, consistente en un ejemplar encuadernado en tres tomos de la obra titulada: COLECCION LITOGRAFICA DE CUADROS DEL REY DE ESPAÑA.

CUARTO TEMA

Reseña histórica de todos los actos y fiestas públicas celebrados en el mundo para conmemorar el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo continente.—Premio de S. A. R. la Serma señora Infanta Duquesa viuda de Montpensier, dos preciosos jarrones.

QUINTO TEMA

Examen crítico sobre el sistema de colonización de los españoles en América y sobre sus ventajas ó inconvenientes respecto del empleado por otras naciones en esta región del globo.—Premio de S. A. R. el serenísimo señor Infante Duque de Montpensier (g. s. g. h.), consistente en un magnífico alfiler de corbata, de brillantes y turquesa.

SEXTO TEMA

Proyecto completo para un monumento á los hermanos Pinzones.—Premio de S. M. la Reina Regente, un notable busto de Otolo, tamaño natural, en bronce.

5º La calificación de las composiciones que se presenten corresponderá á un Jurado de cinco jueces, bastando el voto unánime de tres de éstos para tomar acuerdo.

6º Las composiciones deberán ser presentadas ó remitidas al Secretario de la SOCIEDAD COLOMBINA, antes del día 15 de julio inmediato.

7º Estas composiciones serán inéditas y escritas en lengua castellana, y su presentación se verificará en la forma siguiente:

En un pliego cerrado se incluirá la composición, llevándolo por única firma un lema.

Otro pliego, también cerrado, contendrá el nombre del autor y su domicilio, y en la cubierta se consignará el asunto de la composición y el mismo lema puesto al final de ella.

8º Los pliegos que contengan los nombres de los autores no premiados se inutilizarán sin abrir, quedando, por tanto, ignorados dichos nombres.

9º Llegado el día del Certamen (2 de agosto), se constituirá el Tribunal, compuesto de la Junta Directiva de la Sociedad y del Jurado, y abierta la sesión, el Presidente pronunciará ó leerá el discurso de apertura. Acto continuo se irán leyendo, por el orden que se detallará en el respectivo programa, las composiciones que hubieren merecido premio ó accésit, así como las que obtengan mención honorífica. La lectura de cada uno de los trabajos se efectuará por el respectivo autor ó por la persona á quien éste designe, y en otro caso por la que señale el Presidente.

10. Para dar lectura á cada una de las composiciones se abrirá previamente por el Presidente el pliego que contenga el nombre del autor, el cual publicará el Secretario de la Sociedad, siendo llamado por éste á ocupar el puesto que le corresponda.

11. Leídas todas las composiciones, los autores premiados, con asistencia del Jurado, se presentarán ante el Tribunal y recibirán del Presidente el premio concedido á cada uno de ellos.

12. Tanto las composiciones premiadas como las que no hubiesen obtenido premio, se depositarán en la Biblioteca de la SOCIEDAD COLOMBINA.

13. Antes de levantarse la sesión se publicarán los temas que han de optar á premio en el Certamen de 1899.

Huelva: 3 de agosto de 1897.

El Presidente,

FRANCISCO HERNÁNDEZ QUINTERO.

El Secretario,

Emilio Sánchez Hernández.

Mercedes Machado de Tirado.—Víctima de cruel dolencia que se acrecentó cuando la joven esposa llegó á conocer el sentimiento de la maternidad, durmióse en el seno de la muerte de donde no pudieron arrebatarla la ciencia y el afecto de su amado compañero, los constantes desvelos de la familia y la favorable temperatura de nuestras vecinas aldeas.

Suba al cielo el alma de la joven muerta y del cielo baje la resignación para el alma de sus deudos.

“La Odisea de Grau.”—El autor de este canto épico es el señor Teobaldo Elías Corpancho, poeta peruano, de la generación anterior á la que hoy paga tributo á las innovaciones del modernismo. Rememora el poeta en rotundas estrofas el principal episodio de la Guerra del Pacífico; y levantando el cadáver de Grau, que baña en sangre la torre del Huáscar, colócalo en el altar de la Fama como excelsa encarnación del patriotismo, como el primer paladín de la bandera:

“que el Perú tremoló con heroísmo sobre las ondas de la mar artera.”

Agradecemos al señor Corpancho el envío de su opúsculo que, á pesar de no pocos prosaismos, constituye una encomiable ofrenda de la poesía peruana al “adalid de espada sin mancuella, y

“alma henchida de amor y de ternura.”

María Antonia L. de Elizondo.—Excelente esposa y cariñosa madre fue la señora de Elizondo, quien falleció en esta ciudad el día 3 de los corrientes. Generalmente estimada en el seno de sus valiosas relaciones, numeroso cortejo asistió al acto de su entierro.

A su esposo, hijos y deudos presentamos nuestra sentida condolencia.

Obsequio.—En los días de pascua fue galantemente obsequiada la Dirección de esta Revista por el estimable caballero señor Lorenzo de Montemayor con dos botellas del Superior Brandy C. Devos & Cº ***; producto del cual es agente general en esta ciudad.

Conocido el crédito de que goza en el país la citada marca, suprimimos todo elogio á este respecto. Réstanos sólo dar las gracias al señor Montemayor por su obsequio y así lo hacemos con cariñosa complacencia.

Bibliografía.—Lujosamente editada en Nueva York, por nuestro compatriota el señor M. M. Hernández, excelente tipógrafo; y con atenta dedicatoria del autor, hemos recibido un ejemplar de la obra intitulada *Santo Tomás de Aquino y la Juventud estudiosa*, escrita por el Rev. P. Fr. Ildefonso M. Izaguirre Valero, inteligente joven venezolano, de la Orden de Predicadores, quien la dedica á las nuevas generaciones latino-americanas.

Lamenta el autor que nuestra juventud vague, como el pueblo de Israel, por el desierto de estos tiempos en que todo es esterilidad para el alma; y quiere que la Filosofía Cristiana reconquiste el dominio que en nuestras inteligencias le pertenece; pues sólo así—dice—veremos aumentarse la luz de la Verdad y disiparse las tinieblas de la ignorancia; los derechos y los deberes no se confundirán más; el bien reemplazará lo útil, penetrará en el santuario de la conciencia, la purificará, dará vida y creará las fuerzas morales que dan dominio sobre sí mismo. Lo bello, en fin, aparecerá anunciando que la barbarie ha pasado enteramente y que la civilización ha establecido su reinado en todos los pueblos de la tierra.

Juzga el entusiasta tomista que para llegar á tal fin es útil el estudio é imitación de las obras y vida de Tomás de Aquino, el incomparable teólogo y filósofo profundo, á quien llama la iglesia *El ángel de las escuelas*.

Agradecemos al Reverendo Padre Izaguirre Valero el ejemplar de su obra con que bondadosamente nos ha favorecido.

El Cojo Ilustrado—1897.—El índice correspondiente al tomo VI de esta Revista se envía á los suscriptores con el presente número.

Folletos recibidos.—*Universidad de Valencia: Inventario de sus muebles, gabinetes, bibliotecas y demás útiles y objetos, practicado el 26 de noviembre de 1897.*—Valencia, 1897.

Acta de acusación en el proceso seguido al titulado Carlos Radford, por el delito de homicidio en Carlos H. Simmonds.—Medellín, 1897.

Explicaciones necesarias, por Rafael Yepes.—Maracaibo, 1897.

Informe que presenta para la definitiva en primera instancia, el Doctor Juan C. Fuenmayor, abogado representante de la acusación, en el juicio criminal seguido á William Warnekros, por el delito de homicidio perpetrado en la persona de Romón Yepes Paredes.—Maracaibo, 1897.

Corona fúnebre á la memoria del malogrado joven Jesús A. Lyon Dautant.—1897.

Mensaje del Presidente Constitucional del Estado Lara, General Aquilino Juárez á la Asamblea Legislativa del mismo en sus sesiones ordinarias de 1898.—Barquisimeto.

Clausura de estudio del Colegio de Ocaña en el año de 1897.—Ocaña.

Damos las gracias á los remitentes.



NUESTROS GRABADOS

Anita Budriesi

Sirve de brillante marco al retrato de la señorita Budriesi el artículo descriptivo de la fiesta del Certamen suscrito por nuestro estimado colaborador señor Miguel Eduardo Pardo.

Desde que fijó su residencia entre nosotros, la señorita Budriesi viene prestando su valioso concurso á todas las obras en que se ha necesitado del prestigio de sus facultades. Por eso la vemos con frecuencia en las fiestas organizadas por el sentimiento de la caridad y en los actos que ponen de relieve el adelanto de la inteligencia nacional. En la fiesta del Certamen entusiasmó al selecto auditorio con su bella voz de mezzo-soprano dramático.

La señorita Budriesi nació en Turín el año de 1873; hizo sus estudios en el Conservatorio de Milán bajo la dirección del maestro Ronzi y de la célebre Isabella Galetti; debutó con la maravillosa obra de Bellini, interpretando á *Adalgisa* con gran éxito, en la ciudad de Pola, el 26 de octubre de 1892; y luego recorrió en triunfo las ciudades de Padua, Mesina, Bergamo, Livornia, Milán, Parma, Corfú y Fiume. También en la capital y demás importantes poblaciones de Sicilia fue justamente celebrada.

En Caracas nos fue grato aplaudirla en todas las óperas en que tomó parte.

Hoy desempeña el cargo de profesora de canto en el Conservatorio de Música del Instituto Nacional de Bellas Artes y cuenta con numerosas discípulas entre los más cultos de nuestra sociedad.

Agraciada y modesta, la señorita Budriesi sabe conquistar vivas simpatías.

La panderetera

Este cuadro figura entre los más aplaudidos que ejecutó el pintor francés Pedro Luis de Coninck, discípulo de Cogniet. En 1855, en el concurso para la pensión en Roma, ganó un segundo premio por su cuadro *César en la barca*. Presentó por primera vez una obra suya en el Salón de París el año de 1857, *Más Eva en las rodillas de su tío Tom*, cuadro de género; figuró después en casi todos los salones anuales con composiciones muy variadas; y obtuvo medallas en los años de 66, 68 y 73. Cuenta entre sus mejores pinturas: *Bañista en Capri*, *Suplicio de la reina Brunquilda*, *Cristo bendiciendo á los niños*, *Confidencia*, *Ave María* y *El amigo de los pájaros*. Nació en Meteren el 22 de noviembre de 1828.

La serpiente oculta

La pintura del artista inglés empieza por halagar el sentido de la vista y acaba por amedrentar el espíritu. Al fijarse la mirada en la serpiente que artera se acerca al desnudo brazo de la hermosa víctima, se siente el calor que precede al desarrollo de una tragedia inevitable. El autor de este lienzo, que despierta temores en el ánimo, es uno de los famosos pintores del siglo pasado. José Reynolds estudió en el Vaticano las grandes obras de Miguel Angel y Rafael; y después de Roma visitó los otros principales centros artísticos de Italia. De Turín pasó á París, donde estuvo poco tiempo, y luego llegó á Plymouth, su ciudad natal, en 1752. Al año siguiente se efectuó en Inglaterra la primera Exposición de pintura en el Salón de la Sociedad de Artes y allí figuró Reynolds con cuatro lienzos notables. En el número de sus mejores obras figuran *Garrick entre la Tragedia y la Comedia*, *El Conde Ugolino y sus hijos* y *la Musa de la Tragedia*. Fue un teórico distinguido. Sus *Discursos sobre la Pintura*, pronunciados en la Academia, constituyen un modelo de elegancia, energía y análisis.

Los Glanceuses

El pintor francés Juan Francisco Millet, autor de *Los Glanceuses*, fue discípulo del famoso Delaroche. Primeramente hizo ensayos con poca fortuna en la pintura de género y en la histórica; pero más tarde limitóse al estudio de las costumbres rurales y las escenas campestres, sobresaliendo en ellas de modo notable. Murió en 1875 y sus obras lo colocan en lugar distinguido entre los más celebrados pintores del siglo. El lienzo de Millet, que damos en copia en el presente número, reproduce una de las escenas de su predilección: el momento de la rebusca de espigas después de la siega.

El triunfo del Amor

Esta obra, junto con *La oración*, *Cupido*, *El Almirante Exmouth* y *El Amor ocioso*, constituye la nombrada del escultor irlandés, quien tuvo comienzos tristes, como la mayor parte de los artistas de genio. Aprendió dibujo con un grabador de su pueblo y, para librarse de la miseria, tuvo que emplearse en un humilde oficio. Un escultor francés, en cuya casa se albergaba, observó sus felices disposiciones para las artes y le facilitó modelos para copiar. Luego tuvieron alguna aceptación sus obras y pudo dedicarse por completo á sus inspiraciones. Después de exponer algunos bustos en la Academia intentó la composición ideal; y una de sus obras le valió la protección de Beaumont, quien le proporcionó numerosos trabajos y lo envió algunos meses á Italia á sus expensas. En 1846 fue elegido individuo de la Academia y en 1855 obtuvo mención honorífica en la Exposición Universal de París.

Patricio Mac-Dowell murió en Londres el año de 1870.

Caracas

Aparece en las páginas del presente número, el grupo de jefes y oficiales que forman el Cuerpo de Policía de la capital, jefes y oficiales que en muchas ocasiones han dado pruebas eficaces de atender fielmente las obligaciones encomendadas á su celo y actividad, desde que en estos últimos meses está á su frente el señor general Hipólito Acosta.

Río Caribe

Traemos á las páginas de la edición de esta quincena tres vistas que reproducen diferentes panoramas de la pintoresca ciudad oriental, donde la vida agrícola ensancha las otras fuentes de riqueza de aquella fértil región.

El sitio denominado de *Los jabillos*, paraje rústico, está cruzado por el Nivaldo, río de mansa corriente que presenta bellos paisajes en su curso.

Zapatería Boccardo

Manifestación elocuente del desarrollo de las industrias en nuestro país, es el establecimiento de los señores J. Boccardo & Ca., del cual establecimiento insertamos ocho vistas que unidas á los datos que trascribimos á continuación bastan para dar una idea del crédito y ensanche de la casa.

Fue fundada ésta el año de 1860 por el señor Gerónimo Astengo, quien se separó en 1877, quedando el negocio bajo la razón social de A. Delfino S. & Ca. Este último se separó á su vez en 1889 y desde entonces figuran como únicos dueños los señores J. Boccardo & Ca. En 1860 tenía la casa 40 operarios; hoy viven de sus talleres 4.000 individuos que elaboran diariamente de 6 á 700 pares de calzado y 100 docenas de alpargatas, todo hecho á la mano.

A la firma de Boccardo & Ca. pertenecen los siguientes establecimientos:

Caracas.—Fábrica de calzado, alpargatas y artículos de talabartería.—Venta de materiales y detal de zapatería y talabartería.

La Guaira.—Fábrica de calzado y alpargatas y detal de calzado y talabartería.

Ciudad Bolívar.—Mayor y detal de todos estos artículos.

París.—Casa de Comisión. En Catia y Maiquetía posee dos buenas tenerías. La primera, al vapor, cuesta á sus propietarios más de medio millón de bolívares, incluyendo el edificio.

La casa de Caracas ha sido premiada en las exposiciones de Filadelfia (1876); París (1878); Buenos Aires (1882); Caracas (1883); Nueva Orleans (1885-1886); y Chicago (1893).—En la Exposición del Centenario de Bolívar obtuvo primer premio, y lo mismo en la Colombina de Chicago en los ramos de calzado, talabartería y tenería.—La suela y el calzado obtuvieron medalla de plata en la Argentina.

Isla del Diablo

Dos de nuestros grabados reproducen la casa habitada por Dreyfus y la casilla de los centinelas que vigilan al prisionero, condenado á reclusión en la Isla del Diablo por el Consejo de guerra que lo declaró culpable de haber proporcionado á Alemania secretos relacionados con la organización del ejército francés.

La inocencia de Dreyfus es hoy tema principal en la política francesa. Trabajan por la libertad del condenado, además de su esposa, el Vicepresidente del Senado, M. Scheurer-Kestner, y el famoso novelista Emilio Zola. Este cree que á Dreyfus se le persiguió por ser judío y espera que al fin se le haga justicia.

Dreyfus está siempre solo en la isla, y no se le permite que pase á tierra firme ni que coma con los otros presos.—De allí es imposible toda escapatoria, por las manadas de tiburones que circulan en la costa y por estar la isla guardada por un torpedero.

A tu salud

Es un brindis alegre. Sonríe satisfecho el buen viejo y al levantar la copa siente bajo las arrugas de su frente el calor de la juventud que encienden los recuerdos placidos.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplificado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasitico, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

EL IDEAL para las señoras es tener una bella encarnación y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni arrugas, ni granos, ni pecas, la epidermis sana y limpia, tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la **CREMA SIMON**, de los **Polvos** y del **Jabón Simón**.

Esta Crema calma muy pronto los efectos de las picaduras de mosquitos.

Exigir la verdadera marca.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.



ARTICULOS DE ESCRITORIO

Excelente surtido en EL COJO

TABLAS DE MONEDAS

De venta en EL COJO



MARCO-ANTONIO SALUZZO

Los Tres Máximos Oradores Griegos

3 bolívares el ejemplar

Las mejores tintas de escribir y de copiar se venden en La Empresa El Cojo

Vitalidad Debilitada, Sangre Empobrecida.

Léase lo que la Zarzaparrilla del Dr. Ayer ha hecho por el reverendo padre L. P. Wilds, muy conocido misionero de la ciudad de Nueva York y hermano del difunto y eminente juez Wilds:

"Por muchos años padecí de diviesos y otras erupciones de carácter semejante causadas por sangre empobrecida. Mi apetito era escaso y la extenuación se había apoderado del sistema. Conociendo las propiedades valiosas de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer por la experiencia del bien que había producido en otros, procuréla y empecé á tomarla. Mi apetito mejoró desde la primera dosis y la mejoría se extendió á mi salud en general, que la actualidad es excelente. Me siento un ciento por ciento más fuerte, cuyo resultado lo atribuyo á la Zarzaparrilla del Dr. Ayer, medicina que recomiendo con toda confianza como la mejor que jamás se haya preparado para la sangre."

Para todos los desarreglos originados de sangre empobrecida ó viciada y debilidad general, tómesela

Zarzaparrilla del Dr. Ayer.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Manual de Historia de Venezuela POR FELIPE TEJERA

IMPORTANTE OBRA EXORNADA CON 74 GRABADOS

PRECIO

Empastada. . . . 14 rls. el ejemplar
A la rústica. . . . 10 rls. el ejemplar

DR. FELIPE GARCIA CAÑIZARES Médico - Cirujano

ESPECIALISTA EN PARTOS Y CIRUGIA

Llegado de París, ofrece al público sus servicios profesionales.

Trata las enfermedades de las vías urinarias, respiratorias, del hígado, estómago, etc., etc., con arreglo á los adelantos de la ciencia.

Consultas y operaciones, de 2 á 5 p. m. Gabinete Médico-Quirúrgico: Avenida Sur, Núm. 28, frente al "Banco Caracas."

Teléfono viejo número 892. Apartado número 314.

DE MIS ROMERIAS

POR

M. Díaz Rodríguez

De venta en la Librería Española, Librería Francesa, Carranza Hermanos y Empresa "El Cojo" á 5 reales el ejemplar.

Para el Interior, 5 y medio reales.

Véase lo que dice una de nuestras eminencias medicas:

"Indudables y conocidos como son los buenos efectos del aceite de bacalao y de los hipofosfitos, combatiendo el vicio escrofuloso, el raquitismo, la tuberculosis, etc., y producido siempre la reconstitución del individuo, sólo faltaba una preparación de sabor agradable, y condiciones digestivas que fuera accesible hasta á los estómagos mas delicados.—Estas excelentes cualidades las posee la Emulsión de Scott, que por ello ha adquirido justa fama y general aceptación.—Me complazco en manifestar que en mi larga práctica son muchos y notorios los casos en que con su uso he obtenido muy felices resultados.—Dr. M. DURÁN—Médico Cirujano de la Universidad de Caracas; Decano del Cuerpo Médico en Santo Domingo; Antiguo Rector de las Cátedras de Medicina y Cirujía, &c., &c., &c., Santo Domingo, R. D."



El Dr. M. Durán.

es sorprendente la rapidez con que los enfermos adquieren fuerzas, carnes, y salud completa, tomando la

Emulsión de Scott

de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos que desde luego no tiene rival para curar el Raquitismo en los Niños, la Tisis, la Anemia, la Escrófula, y toda forma de Extenuación y Debilidad, Tosas, &c.

Exíjase la legítima. Se vende en las Boticas y Droguerías.

Scott y Bown, Químicos, Nueva York.

**LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS
DEL DR. ROSA**

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

PORQUE

- Son un TÓNICO para el cutis.
- Son MEDICINALES.
- El Borato es SALUDABLE.
- El Azufre es PURIFICADOR.
- Curan todas las ERUPCIONES.
- Curan todos los GRANOS.
- Si son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciamiento perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos.
Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado.
Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., E. E. UU.

151.

TABLAS PARA CALCULAR DERECHOS DE ADUANA De venta en EL COJO



Estos se venden en El Cojo

MIS VERSOS

— POR —

Víctor M. Racamonde

DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS

á 3 reales ejemplar

En el Interior de la República: en todas las Agencias de EL COJO ILUSTRADO, á 3½ reales ejemplar (½ real más por el porte.)